

**LA FASE FINAL
DE LA PREHISTORIA RECIENTE
EN EL ALTO VALLE DEL EBRO.
ESTADO DE LA CUESTION Y
NUEVOS PLANTEAMIENTOS**

José Angel Borja Simón

Lan honetan, 75 urtetan Ebroko Goi Haraneko Brontzeko Azken garaia eta Burdin Aroari buruz egin den ikerketaren joera teorikoak eta planteamenduak biltzen ditugu. Aro horretako eremu eta laboretegi lanen eragina ebaluatzen saiatu gara eta haietan bai aldizkatzeko eta bai kulturaren inguruan erabili diren irizpideei buruzko gogoeta egiten da. Bestalde, J. K. a. I. milurteko «Pirinioz handiko inbasioak» galaren inguruko ikerketaren egoera aztertzen da eta, hala gai honetan nola lehen aipaturikoetan, etorkizunerako ikerketa ildoak planteatzen dira.

En este trabajo recogemos las tendencias teóricas y planteamientos que se han venido desarrollando durante 75 años de investigación del Bronce Final y Edad del Hierro en el Alto Valle del Ebro. Intentamos evaluar la incidencia de los trabajos de campo y laboratorio para este periodo y se hace una reflexión en torno a los criterios periodizativos y culturales utilizados en ellos. Por otro lado se hace una revisión del estado de investigación en torno al tema de las «invasiones ultrapirenaicas» del primer milenio a. de C. y se plantean posibles líneas futuras de investigación para éste y los temas anteriormente citados.

In this work we retake the theoretic tendencies and plans that it has been developed in 75 years of the Final Bronze and Iron Age investigation in High Ebro's Valley. We purpose evaluate the incidence of field's and laboratory's works in this period and we make a reflexion about the periodizative and cultural criteria using in they. In other side, we make a revision of investigation's situation about ultrapirenaical invasions in the first millennium b.C. and we plan future investigation's ways for these and for the themes anteriorly said.

Indice	Pág.
I. INTRODUCCION	15
1. La elección del tema	15
2. El marco cronológico	16
3. El ámbito espacial	17
II. ANALISIS HISTORIOGRAFICO..	18
1. El marco teórico	18
1.1. La extendida postura positivista.	18
1.1.1. Las primeras investigaciones: Desde los comienzos hasta 1939	18
1.1.2 El desarrollo del modelo positivista: de 1940 hasta 1960.	19
1.1.3. La fase de estancamiento y el comienzo de la crítica al modelo: de 1970 hasta hoy.....	20
1.2. La revisión y crítica del paradigma invasionista.	22
— Arteaga y Molina.	22
1.3. La propuesta funcionalista.	23
— R. J. Harrison	23
1.4. Las nuevas aportaciones	24
— F. Burillo.....	26
— G. Ruiz Zapatero.....	26
— Síntesis de las nuevas aportaciones	27
2. El Marco Metodológico	29
2.1. El Parámetro Schiffer	29
2.2. La recuperación de la evidencia arqueológica.....	31
2.2.1 La prospección.....	31
— Las prospecciones intensivas.	
Prospección en el término municipal de Lerín (Navarra).	
La prospección de las Bardenas Reales de Navarra.	
Prospección en el reborde occidental de la Sierra de Ujué	31
— Los trabajos de prospección extensiva	
Prospecciones del Instituto Alavés de Arqueología/ Arkeologiako Arabar Institutoa.	
Los trabajos del Departamento de arqueología de la Universidad de Navarra.	
Las prospecciones arqueológicas del Departamento de Prehistoria de la Sociedad de Ciencias Aranzadi en Gipuzkoa	34
Las prospecciones del Patrimonio.....	36

2.2.2. La excavación.....	37
— Las excavaciones hasta 1970.....	38
El Alto de la Cruz, Cortes - Navarra (1947-1958).....	38
El Castro de las Peñas de Oro, Valle de Zuia -Alava (1964-1971)	39
— La década de los 70.....	40
Castillo de Henayo, Alegria/Dulantzi - Alava (1969-1975)	40
El Castro de Berbeia, Barrio - Alava (1972-1975)	41
— La década de los 80 y comienzos de los 90.....	42
La Hoya, Laguardia/Biasteri - Alava (1973-1990)	42
El Castillar de Mendavia - Navarra (1977-1986)	43
Partelapeña, El Redal - La Rioja (1979-1987)	44
Moncín, Borja Zaragoza (1979-1987).....	45
Castros de Lastra, Caranca Alava (1979 - 1991).....	47
Alto de la Cruz, Cortes - Navara (1983-1991).....	47
Sansol, Muru Astrain - Navarra (1987-1988).....	48
Monte Aguilar, Bardenas Reales Navarra (1988-1991).....	49
2.3. De la analítica a la inferencia.....	50
2.3.1. La cultura material como paradigma.....	51
2.3.2. Las dataciones radiocarbónicas.....	54
— Comentario	59
2.3.3. Las dataciones relativas: Aportaciones estratigráficas	63
2.3.4. Los patrones de asentamiento y las propuestas de las reconstrucciones históricas del poblamiento.....	65
2.35 Los recientes aportes a la investigación: La novedad de los análisis arqueozoológicos y paleobotánicos y sus reconstrucciones económicas.	68
2.3.6. El desarrollo del proceso cronológico, histórico y arqueológico-cultural	72
— Las periodizaciones referentes a la Edad del Bronce	74
— Las periodizaciones referentes a la Edad del Hierro	74
— Las periodizaciones basadas en criterios culturales	74
— Periodizaciones basadas en aspectos cronológicos.....	74
— Discusión	75
2.4. El Problema de las «invasiones».....	77
2.4.1. Características.....	77
2.4.2. Las causas de las migraciones.....	79
2.4.3 Las rutas	80
2.4.4. Los cálculos	82
2.4.5. La aportación antropológica al estudio y sus dificultades.....	83
2.4.6. La etnia en la documentación arqueológica.....	84
2.4.7. El problema de la lengua.....	86
III. PROPUESTAS DE DESARROLLO INVESTIGATIVO	88
1. El desarrollo teórico	88
2. Metodología	88
3. El proceso cultural	89
4. El proceso histórico.....	90
5. El desarrollo cronológico y temporal.....	91
6. Ideas sobre los nuevos aportes poblacionales.....	92
7. Puntualización Final	93
IV. BIBLIOGRAFIA	95
V. CARTOGRAFIA.....	105

I. INTRODUCCION (1)

1. La elección del tema

Han sido muchos los trabajos de campo desde que Bosch Gimpera diera las primeras pautas para el desarrollo de la investigación del llamado Bronce Final - Hierro I en el valle del Ebro. Estos mismos trabajos han hecho que la literatura sobre dicho ámbito cronológico, haya sido muy abundante.

Haciendo un somero análisis del desarrollo de las distintas investigaciones efectuadas en este marco espacio-temporal, podemos observar que los planteamientos primigenios de Pere Bosch Gimpera y después de Juan Maluquer de Motes han sido difícilmente superados, salvo en alguna ocasión.

El tema de las invasiones centroeuropeas), que ya planteara Bosch Gimpera para nuestro periodo de estudio a comienzos de los años veinte, han podido quedar más o menos matizado por recientes investigaciones, en lo referente a su incidencia en los pasos orientales del Pirineo, pero no han sido objeto de una investigación o una crítica seria para los pasos pirenaicos occidentales. Es asimismo destacable la existencia de planteamientos globales sobre el tema o que defienden también la necesidad de estudiar de los pasos Pirenaicos centrales por su importancia como otras posibles vías de penetración (Beltrán 1960).

Distintas investigaciones han venido dando como un hecho estas penetraciones de gentes en algún oscuro siglo -algunos autores lo creen en el siglo IX a. C. (Maluquer de Motes et alii 1988: 327). de comienzos del primer milenio, sin contar con las evidencias que puedan llevarnos a constatar tal extremo. Por todo ello, podríamos hablar de una investigación llevada a cabo hasta ahora sin importantes planteamientos teóricos, que si en algún momento han existido, han estado basados fundamentalmente en los paralelismos y las simples comparaciones, consecuencia del papel predominante y novedoso que han tenido los trabajos e investigaciones de fuera de nuestro ámbito geográfico de estudio. La aceptación de los planteamientos de Bosch Gimpera sin una crítica previa ha supuesto a lo largo de los años que el centro de atención fueran fundamentalmente los trabajos de investigación realizados en Centroeuropa; éstos han sido casi los únicos modelos válidos de estudio que han llevado una infravaloración de los elementos autóctonos que hoy se nos muestran como fundamentales en el estudio del proceso protohistórico.

(1) Este artículo es un resumen de la tesina de investigación dirigida por el Dr. D. Francisco Burillo Mozota (Colegio Universitario de Teruel) y que fue leída el día 11 de Junio de 1992 en la Universidad de Granada ante el tribunal compuesto por los Sres. D. Arturo Ruiz Rodríguez (catedrático de la universidad de Jaen), Pedro Aguayo de Hoyos (Universidad de Granada) y D. Gabriel Martínez Fernández (Universidad de Granada). Obtuvo la calificación de apto por unanimidad.

En definitiva, hoy día, la transición del Bronce Final al Hierro I creo que no ha sido suficientemente definida para el Alto Valle del Ebro, y uno de sus pilares fundamentales, las «invasiones indoeuropeas», no han sido constatadas arqueológicamente. Han sido dadas por supuestas sin tener en cuenta aspectos tan fundamentales como dónde se originan, sus causas, las posibles rutas de penetración y de qué modo se llevan a cabo. En este trabajo no pretendo dar una solución a todos estos interrogantes, sino más bien poner unas bases a las mismas. Para ello planteo una revisión de los distintos trabajos (no de los materiales arqueológicos que en ellos aparecen), desde el punto de vista de la evolución de los distintos criterios interpretativos en el estudio del Bronce Final-Hierro I en el Alto Valle del Ebro. De este modo configuraré el estado de la cuestión sobre el tema.

2. El marco cronológico

A pesar de los muchos estudios realizados, en el Alto Valle del Ebro, no contamos con claros elementos cronológicos para sus distintos periodos que nos permitan marcar el límite superior de nuestro trabajo. De este modo, nos encontramos un Bronce Tardío todavía no definido arqueológicamente y un Bronce Final que en su definición se nos presenta ambiguo, no pudiendo diferenciarse claramente del primer Hierro. Esto ha sido a mi entender, consecuencia de la adopción de términos culturales importados, que a veces no reflejan una realidad material.

Algunos estudios (Arteaga 1978:13-14; Burillo en prensa; Ruiz Zapatero 1983-85: 48-51) pueden aportarnos luz al tema, permitiendonos con ello acotar cronológicamente nuestro ámbito de estudio, con el consabido riesgo de aplicar un elemento de generalidad al particularismo de nuestro límite geográfico.

A finales del segundo milenio (más concretamente entre el 1100 y 1000 a. de C. según los distintos autores) parece ponerse el inicio del comienzo del Bronce Final I, que quedaría marcado fundamentalmente por la llegada de los Campos de Urnas al valle del Ebro (Burillo, en prensa). El límite inferior (el final del Primer Hierro o Hierro I), parece estar para los distintos investigadores algo más claro. Algunos autores (Castiella 1977:405; Maluquer de Motes 1954;1958), definen el final de este momento con la llegada en el primer caso, o generalización en el segundo(2), del torno alfarero, que vendría a marcar el inicio del momento (celtibérico o del Hierro II). Otros (Burillo en prensa)mas que centrar este cambio en aspectos únicamente materiales, defienden la existencia de una «ruptura en el proceso de iberización (proceso que podría entenderse como cultural), con numerosos yacimientos que se destruyen o abandonan». Estas realidades vienen a coincidir para todos ellos en torno al siglo VI-V a.C. según las distintas regiones, momento en el que marcamos nuestro límite cronológico de estudio.

Adoptar estas referencias temporales no quiere decir presuponer una uniformidad cultural dentro de ellas. Es decir, que todos los procesos que veremos no tienen que ser simultáneos para todo el valle del Ebro, ni tienen por que darse necesariamente en todas sus zonas. De este modo, somos conscientes de la existencias de particularismos que deberemos tener siempre presentes. Está claro que para el terreno en que nos movemos, todas las cronologías articuladas a las distintas realidades culturales son artificiales, pero éstas a su vez, son unas referencias que delimitan nuestra investigación, simplificándola en muchos aspectos. Es cierto que el proceso histórico no entiende de límites ni de rupturas artificiales, por ello

(2) Maluquer de Motes sugiere ante la calidad de la cerámica del Pllb de Cortes (650-550 a.C.), que los ceramistas de este lugar conocieran alguna especie de rudimentaria rueda, que pudiera consistir en una superficie que giraba (Maluquer de Motes 1958: 96-97).

deberemos tener gran flexibilidad tanto en el momento sobrepasarlos por sus límite inferior como por el superior. De este modo podremos conocer mejor los distintos procesos y las particularidades de la realidad que podamos encontrar.

3. El ámbito espacial

Dentro de la unidad geomorfológica del valle del Ebro, vamos a marcar los límites geográficos de nuestro trabajo. Estos, en líneas generales vienen a coincidir con lo que es geomorfológicamente el Alto Valle del Ebro, aunque por razones de investigación no coincidan exactamente,

Al igual que en el apartado anterior, indicamos que estos límites nunca pueden ser rígidos, pero sí un punto de referencia para facilitar nuestro trabajo.

Dentro del Alto Valle del Ebro dos límites naturales se imponen (Mapa 1). Los Pirineos por el N. y el Sistema Ibérico por el S., delimitan en forma de cuña la cubeta central por la que discurre la principal arteria fluvial, que es el río Ebro.

Resulta mucho más complicado establecer unos límites para el E. y el O., puesto que todo el valle del Ebro es una única unidad geomorfológica clara. De este modo nuestras referencias orientativas van a estar en accidentes naturales, tales como cursos fluviales o rebordes montañosos. Así, para el límite E. tomaremos como referencia la línea transversal N.S., que forman los ríos Gállego y Huerva, en su confluencia Ebro a la altura de la ciudad de Zaragoza.

Para el O., los límites se nos presentan algo más complicados de establecer, porque además de estrecharse el valle del Ebro, aparecen claras unidades geomorfológicas como son los Montes Vascos-Cordillera Cantábrica, que se encajonan en su parte oriental en las primeras estribaciones pirenaicas y del Sistema Ibérico. Estas unidades considero de gran interés incluirlas dentro de lo que hemos llamado Alto Valle del Ebro. De este modo el límite marcado para este sector sería el trazado que marcaría la línea desde el Mar Cantábrico, siguiendo el Río Nervión hasta los pasos naturales meseteños de Pancorbo, ya de nuevo dentro del Sistema Ibérico.

Así nuestra unidad geográfica de trabajo quedaría englobada por las actuales provincias de Bizkaia, Gipuzkoa, Alava, Navarra, La Rioja, y parte de las de Huesca y Zaragoza, teniendo también presente a Iparralde (actualmente Francia) hasta el límite que marca el río Gave de Olorón, por considerar a esta en una clara unidad con el N. de Navarra y Gipuzkoa.

Como esta unidad de trabajo ha sido definida por nosotros, es evidente que va a tener que ser sobrepasada continuamente. La investigación general de todo el Valle del Ebro y del otro lado de los Pirineos incide de manera importante en la de nuestra región; así, no podremos obviar planteamientos generales que han sido aplicados aquí de modo particular, y no incluirlos dentro de una revisión bibliográfica sería un grave error.

II. ANALISIS HISTORIOGRAFICO

1. EL MARCO TEORICO

1.1. La extendida postura positivista

Desde los comienzos de la investigación en el Alto Valle del Ebro, nos encontramos casi ante un único planteamiento teórico en relación al periodo del Bronce Final- Edad del Hierro Antiguo. Este es el defendido fundamentalmente por la arqueología tradicional y que hemos denominado como «positivista». Esta postura ha encontrado su principal preocupación en la clasificación artefactual, la elaboración de tablas tipológicas y la desesperada búsqueda de «fósiles guías». Ello ha hecho que los restos arqueológicos respondan siempre a unas mismas normas, dentro de este planteamiento, de modo que podremos llegar a conocer una cultura sólo si conocemos su realidad material.

Los primeros investigadores, fundamentalmente Bosch Gimpera, han sido una firme e insuperable base para el desarrollo de nuevas formulaciones, pues han planteado toda una teoría de la cultura basada en la simple comparación formal de los objetos arqueológicos. Estas teorías pretenden llegar a un conocimiento real de la supuesta cultura objeto de estudio por el único medio por el que podemos llegar a conocer algo objetivamente: por sus evidencias materiales y más concretamente por el «fósil director», que será la plasmación ideológica común de todas las culturas que tengan un mismo elemento antes definido. Es por ello que esta postura reduciría la «cultura» a una serie de normas repetitivas y determinadas por el posible hallazgo, o no, de un elemento aislado que nos permita identificar y «conocer» toda una cultura. Las teorías que pretendían afirmar o contradecir las bases puestas por Bosch Gimpera(3) desde un punto de vista positivista han estado centradas en el interés de un hallazgo cerámico nuevo, que al parecer contradecía todo el sistema, o en una revisión de materiales sin un claro valor cultural, por estar normalmente descontextualizados. Estos planteamientos, junto a la consideración aún hoy común de contemplar a los yacimientos como unidades aisladas, hacen que los defensores de posturas positivistas, según mi punto de vista, se encuentren hoy en un callejón sin salida.

1.1.1 Las primeras investigaciones: Desde los comienzos hasta 1939

Si profundizamos en la historiografía de los trabajos de investigación marcados por los planteamientos positivistas podemos distinguir claramente tres periodos, de los que haremos una somera referencia, y que son:

- Las primeras investigaciones: Desde los comienzos hasta 1939.

(3) ver el punto 1.1.1. de este trabajo: «Las primeras investigaciones: desde los comienzos hasta 1939»

- El desarrollo del modelo positivista: de 1940 hasta 1960.
- La fase de estancamiento y el comienzo de la crítica del modelo: de 1970 hasta hoy.

El primero de ellos, que hemos denominado como «las primeras investigaciones», está marcado por los trabajos relacionados con el tema de la invasiones centroeuropeas que realizan Bosch Gimpera (1915; 1921; 1923a; 1923a ;1932 a; 1932 b; 1933; 1939 y 1944), Cabré (1929); Almagro Basch (1935) y Martínez Santaolalla (1946). Estas investigaciones las podemos enmarcar dentro de un planteamiento de investigación geográfico y cultural de carácter general, mientras que los trabajos realizados en este mismo periodo por otros investigadores como Joxe Migel de Barandiarán y Enrique de Eguren los encontramos dentro de un contexto más local (Llanos en prensa).

Teóricamente, estas investigaciones sientan de un modo sólido las bases para todo el desarrollo de la investigación posterior en el Alto Valle del Ebro. Se definen aspectos fundamentales que, desde los modelos positivistas aún en boga, todavía no han sabido ser superados o no están lo suficientemente aclarados.

Se afirma la existencia de invasiones y su carácter «céltico» (Bosch Gimpera 1921; Almagro Basch 1935). Se determina la cerámica excisa como «fósil director» (Cabré 1929), muy relacionada con el tema de las invasiones y definidor de las distintas culturas, y se especula sobre los distintos pueblos que habitan el Valle del Ebro o que llegan a él.

Por otro lado hay, que destacar que entre los investigadores existe un gran conocimiento general de los hallazgos de cultura material encontrados hasta el momento. Tienen casi todos ellos una gran capacidad de síntesis y dan gran importancia a los estudios lingüísticos y de toponimia. Por ello, creo que, salvando las distancias, tienen una visión creativa, pero quizás demasiado condicionada por sus posicionamientos, a veces lejanos de la realidad arqueológica. De todas formas, considero que aún desde el positivismo, este periodo supone un auténtico avance en el desarrollo de la investigación.

1.1.2. El desarrollo del modelo positivista: de 1940 hasta 1960

Este periodo va estar marcado por las consecuencias de la discusión teórica del periodo anterior. Como muy bien observa Ruiz Zapatero (1985:90), «tras las teorías de Bosch Gimpera el interés de los investigadores, se dirigió a determinar si se trataba de una única o de varias invasiones, distorsionando en gran parte las investigaciones».

El «enfrentamiento», fundamentalmente entre Almagro Basch y Bosch Gimpera, comenzado años atrás, va a seguir vivo a pesar del exilio forzado de este último hasta los años 60.

Es de destacar en este periodo la figura, entre otras, de Juan Maluquer de Motes que debido a su interés, ya en este periodo, por los temas sociales y culturales hace que sea difícil enmarcar su figura dentro de un posicionamiento teórico positivista. A pesar de este paréntesis se puede afirmar, sin embargo que su planteamiento teórico es evidentemente normativista pero que, con una base de trabajo de carácter positivista, ahonda bastante en aspectos que son olvidados desde estos mismos planteamientos (preocupación por los procesos sociales, las condiciones ambientales -fundamentalmente de tipo edáfico - que se dan en Cortes; realiza inferencias de tipo histórico y tiene una clara visión diacrónica y sincrónica de los distintos procesos generales ocurridos en este yacimiento, que él, a pesar de todo, denomina Hallstático).

Haciendo una breve sinopsis de este periodo de 30 años, podemos concluir, en definitiva, lo siguiente:

Por un lado hay una clara continuidad en los planteamientos en referencia al periodo anterior, lo cual no quiere decir que haya un verdadero avance, Las teorías invasionistas siguen en boga, alineándose los investigadores, de este modo, en torno a las figuras de Bosch Gimpera o Almagro Basch en líneas generales.

Se produce un aumento de los trabajos de campo, fundamentalmente excavaciones, orientadas (tal y como reflejan las distintas publicaciones del momento) a la detección de materiales arqueológicos en el más estricto sentido positivista de la palabra.

Comienza en este periodo, y para esta región, a utilizarse la palabra «prospección», aunque normalmente esté referida a actuaciones puntuales en un yacimiento o a la recuperación de objetos que tengan un cierto valor museístico.

Empiezan a generalizarse algunos términos de connotaciones que pueden interpretarse equivocadamente, que serán paulatinamente revisados y algunos, aunque a veces utilizados aun (Beltrán, dir. 1980), van a ir cayendo paulatinamente en desuso.

Por las razones políticas del momento, estando además Bosch Gimpera arrinconado en su exilio, hay un fuerte empuje de la arqueología «oficialista», que será encabezada fundamentalmente por Almagro Basch y Santaolalla, que deciden potenciar el elemento «céltico», como algo «Español» y «formativo de nuestra razas» (Martínez Santaolalla 1946; Almagro Basch 1952:3). Santaolalla llega en este sentido a un marcado radicalismo, que el mismo Beltrán define como «postura radical panceltista» (Beltrán 1960:110)

La ausencia empírica en la arqueología lleva a que éstas y otras consideraciones, vengán de donde vengán, sean algo muy generalizado prácticamente hasta muy entrados los años 70.

Finalmente hay que destacar que, si en la fase anterior la iniciativa en el desarrollo de la investigación había sido llevada, a nuestro entender por Pere Bosch Gimpera, es ahora que asistimos a un cambio generacional en que Juan Maluquer de Motes toma claramente el relevo.

1.1.3. La fase de estancamiento y el comienzo de la crítica al modelo: de 1970 hasta hoy

En líneas generales, asistimos en este periodo a una doble trayectoria en los procesos teóricos desarrollados. Por una parte, la mayoría de las investigaciones, y normalmente más las de carácter oficial, siguen arraigadas en el más profundo positivismo. No existen más planteamientos, que los de localizar y publicar materiales de cierto valor formal y normalmente descontextualizados, o en el mejor de los casos, sugerir alguna que otra estratigrafía, que por cierto no son muchas en relación al número de excavaciones. No observamos que exista una superación de las líneas generales que ya marcaran anteriormente Bosch Gimpera, Almagro Basch o Maluquer de Motes. El único fin de estos trabajos está en ir llenando huecos de tipo cronológico con el fin de conocer mejor una «historia del arte arqueológico», secuenciada por las distintas modas de cada momento. Su «patrón de conocimiento» serán las tipologías y los «fósiles guías» que establecerán las semejanzas y diferencias entre los distintos grupos culturales. Su idea de la cultura es normativa, de modo que los restos de cultura material, responderán siempre a las mismas normas, estableciendo idénticas condiciones en el surgimiento de distintos grupos. Su medio de expresión más importante van a ser los distintos Congresos Nacionales de Arqueología, que a partir de los 80, irán entrando en una clara línea descendente. Una alternativa a ellos, va a estar planteada por Maluquer de Motes con la celebración en los años 60 de los primeros «Simpósium», teniendo éstos una continuidad algunos años después.

Por otro lado nos encontramos con una serie de trabajos que comienzan una seria revisión del sistema montado hasta ahora y que tendrán, a mi entender, un desarrollo teórico que se origina en las «Primeras Jornadas de Metodología de la Investigación Prehistórica» celebradas en Soria en 1981. Estas serán el antecedente del inicio de los distintos congresos de Arqueología Espacial, que comienzan en 1984 en la ciudad de Teruel, y que serán la ruptura definitiva y oficial con los planteamientos positivistas.

Como un antecedente de todo esto, deben también señalarse algunos trabajos que han supuesto una seria revisión y crítica de las distintas posturas invasionistas con aportaciones de nuevos datos novedosos, como pueden ser, entre otros, la importancia que van tomando las teorías del sustrato indígena (Molina y Arteaga 1976; Arteaga y Molina 1977; Arteaga 1977;1978). Asimismo, estos autores aquí citados hacen, en sus dos trabajos en conjunto, una profunda revisión de la importancia de la cerámica decorada excisa que van a marcar casi definitivamente las pautas de estudio de este elemento (Molina y Arteaga 1976; Arteaga y Molina 1977). Por ello, hemos creído necesario dedicarles un espacio específico en nuestro estudio, ya que sus publicaciones suponen una novedad en el desarrollo de los planteamientos del tema y una crítica a las directrices investigativas, que en un primer momento marcará Bosch Gimpera y aun no habían sido superadas.

Es importante destacar también la aparición en escena, por primera vez para el Alto Valle del Ebro, de posturas de carácter funcionalista traídas de la mano por los trabajos que Harrison realiza en Moncín, transplantando en ocasiones modelos del Sudeste Peninsular a esta zona del valle del Ebro.

En un intento de ir configurando poco a poco este tema, comenzamos a conocer en el Alto Ebro las primeras secuencias estratigráficas que presentan diferenciaciones de niveles Protohistóricos en un mismo yacimiento. Así, también contamos con la aparición de niveles que se han señalado como correspondientes al «Bronce Tardío» (Harrison et alii 1987; Burillo en prensa). Es por todo ello, que muestra un especial interés seguir el desarrollo que presentan las secuencias en lugares como los de Moncín (Harrison et alii 1987), Monte Aguilar (Sesma 1988), Cortes (Maluquer de Motes 1954; 1958; 1985; Maluquer et alii 1986; 1988; 1990), El Castillar de Mendavia (Castiella 1979; 1985; 1986.87), Muru -Astrain (Castiella 1975; 1988; 1990), El Redal (Alvarez y Pérez Arrondo 1987), La Hoya (Llanos1988), Henayo (Llanos et alii 1975), El Castro de las Peñas de Oro (Ugartechea et alii 1965; 1969; 1971), y Los Castros de Lastra (Sáenz de Urturi 1981/82-1990), que son, en definitiva, las excavaciones arqueológicas que el Alto Valle del Ebro han contado con un criterio de trabajo estratigráfico.

Sin perder de vista el desarrollo de la investigación en su totalidad, encontramos que en este período de estudio hay un cierto desfase entre el nivel de desarrollo y los planteamientos teóricos utilizados y alcanzados por los investigadores del sector oriental y occidental del valle del Ebro. Mientras que los trabajos de carácter regional elaborados por Maya, Ripoll, Sanmartí, Pons, etc., y los que presentan una visión más de conjunto como los de Ruiz Zapatero (1983-85) y Almagro Gorbea (1977), basados fundamentalmente en el modelo de «evolución interna» que tiene los primeros planteamientos en Vilaseca (1963), han aclarado en gran medida toda la «problemática invasionista» para el valle del Ebro oriental, en el sector occidental todavía no se atisba a corto plazo un acercamiento a la realidad del problema.

En cuanto a los trabajos de campo encontramos una muy notable multiplicación de los mismos, que incluso está muy por encima del desarrollo del nivel de la investigación.

En síntesis podemos reseñar que, salvo contados casos, existe un fuerte bloqueo de la arqueología más tradicional. La ausencia de objetivos investigativos, la fosilización de las te-

orías (aún en uso) desarrolladas en los primeros años de la investigación y la ausencia de contenidos en el método (únicamente basados en los paralelismos y en las semejanzas y diferencias de la cultura material de no importa qué lugar) hacen que los planteamientos de carácter positivista hayan dado todo lo que se podía esperar ellos y estén avocados a su inminente abandono.

1.2 La revisión y crítica del paradigma invasionista

Como hemos apuntado anteriormente, todo el problema de las invasiones célticas del otro lado del Pirineo ha sido puesto en relación con la aparición de la cerámica excisa en la Península Ibérica. Y esto es tanto así, que se ha defendido la llegada de oleadas invasoras por la parte occidental del Pirineo, que portarían este tipo de cerámica durante los primeros siglos del primer milenio (Molina y Arteaga 1976); esto queda ahora demostrado que no es cierto. Según Francisco Burillo (en prensa), poco a poco se han ido abandonando las ideas invasionistas y se ha reforzado toda la importancia que tiene el sustrato indígena.

Este giro en los planteamientos de la investigación del Valle del Ebro y de toda la Península en general, tienen a mi entender origen en algunos trabajos conjuntos de Oswaldo Arteaga y Fernando Molina (Molina y Arteaga 1976; Arteaga y Molina 1977) y los que, de un modo individual, ha realizado el primero de ellos (Arteaga 1977; 1978). Por ello, creo necesario ahondar y revisar cuál ha sido su alcance real en el tema de la investigación que aquí nos ocupa.

Arteaga y Molina

Partiendo de la propuesta teórica referida al origen de los «grupos culturales con cerámica excisa de la Península», Molina y Arteaga (1976: 176) hacen una recopilación bibliográfica de las últimas investigaciones de campo existentes y, partiendo de la premisa de que la realidad cultural es polivalente, ven la necesidad de confrontar los ambientes culturales donde aparezcan estas cerámicas en la Península, con el fin de ir definiendo mejor realidades culturales, temporales y humanas (Arteaga 1978:24).

Los trabajos en conjunto de Molina y Arteaga han permitido, además de aclarar un punto oscuro sobre toda la problemática invasionista, sentar la base de que la cerámica excisa no responde a una sola realidad cronológica y cultural. Han determinado asimismo la individualización de ciertos grupos de este tipo de decoración en el Norte Peninsular (entre los que cabría destacar el del Alto y Medio valle del Ebro), y han sugerido, en cierto modo, el desarrollo de un periodo de carácter cronológico que hasta ahora no había sido considerado. Este es el Bronce «Tardío», al que más adelante me referiré.

Oswaldo Arteaga ha profundizado posteriormente algo más en toda la problemática de las invasiones transpirenaicas, haciendo una profunda reflexión sobre su realidad y características. Sugiere algún que otro elemento no tenido muy en cuenta hasta ahora (ver Arteaga 1978:15-30).

Podemos concluir este apartado diciendo que Arteaga y Molina critican el modelo positivista establecido para las «invasiones», que no alcanzaba más que para definir cuántas fueron éstas y por dónde llegaron. Sientan asimismo, a mi entender, dos bases para el futuro desarrollo de la investigación, que son: la importancia del sustrato indígena y la apreciación de la existencia de grupos culturales distintos, que definen «grosso modo», pero que tendrán que ir siendo delimitados paulatinamente.

Otros problemas quedan sin solucionar, como es el caso de la existencia o no de migraciones a través de los pasos del Pirineo occidental, sus causas, la repercusión del comercio

Atlántico en el Alto Valle del Ebro, etc.; pero, a pesar de ello, se nos dan algunas claves que considero guías válidas de acercamiento a estas realidades.

Parece evidente que los procesos históricos nunca son simplistas y normalmente obedecen a variadas razones. Estas deberán ser analizadas y contempladas, nunca desde presupuestos vacíos, y sí mediante planteamientos teóricos que deben ser reflexionados y cotejados desde uno de los elementos de inferencia de los que dispone el investigador, que es la evidencia arqueológica.

1.3. La propuesta funcionalista

Como un paréntesis entre los distintos planteamientos de corte tradicional, un nuevo modelo teórico va a comenzar a aplicarse en el alto y medio valle del Ebro. Este, que vamos a definir como funcionalista, será desarrollado fundamentalmente por Harrison para su estudio de Moncín. Este modelo centra sus argumentaciones en las alternativas que hacen rentable la utilización del suelo, como una adaptación de los distintos grupos humanos al medio físico. La aplicación de este modelo teórico va a traer consigo, casi por primera vez, el esfuerzo de tener que plantear un yacimiento no como una unidad arqueológica cerrada, sino como un enclave dentro de un ámbito regional más amplio. Este posicionamiento presupone un conocimiento del medio físico y climático que, para esta zona, no supondrían variaciones desde momentos del Bronce hasta hoy. Podría hablarse en definitiva, en este caso, de que nos encontramos ante uno de los primeros trabajos en el que se aplican y se desarrollan algunas de las teorías macroespaciales.

R.J. Harrison

En su estudio de Moncín (Harrison et alii 1987), este mismo autor contempla las tesis tomadas de Sherrat (1981) sobre el policultivo ganadero. Estas argumentan la existencia, ya para la Edad del Bronce del Valle del Ebro, de una intensificación agrícola, fundamentada en elementos como el regadío, favorecido por la abundante presencia de agua en este lugar, la introducción de nuevos cultivos; la utilización del tiro, la monta y la tracción animal, además del empleo de la rueda, el arado y el aprovechamiento de productos secundarios, (Harrison y Moreno 1985). Estas innovaciones permitirían un mayor aprovechamiento de las tierras y una colonización de zonas más amplias, además de facilitar el transporte, el intercambio y la movilidad individual.

Tomando también modelos materialistas de carácter economicista, que recuerdan a los utilizados por Antonio Gilman (Gilman y Thornes 1985) en el SE. Peninsular, considera que la inversión agrícola como primera intensificación del capital de la que éste habla podría verse en los sistemas de aterrazamientos de Moncín, que pretende datarlos en la Edad Bronce. Estos, se construirían con el fin de frenar los procesos erosivos y de sostener pequeños campos llanos. Para ello, pensando en su rentabilidad económica, se invertirían años de esfuerzo en su construcción y mantenimiento (Harrison 1984: 314).

Harrison presenta además de los ya comentados, otros planteamientos transplantados del Sudeste Peninsular al Valle del Ebro en los que cabría criticar la existencia de un cierto normativismo cultural. La única variante presente en sus esquemas es la de las condiciones ambientales para uno u otro lugar, pues las características climáticas de SE. no se aprecian en el Valle del Ebro. Harrison no supone cambios climáticos sustanciales desde la época del Bronce hasta hoy, por lo que determina los distintos modos de vida y medios de subsistencia a las condiciones actuales.

La aplicación de los esquemas del Sudeste se aprecia también en el intento de Harrison de definir el «Bronce Tardío» de Moncín, siendo uno de los primeros investigadores en aplicar este término a una fase de una secuencia estratigráfica del Medio y Alto Ebro.

Su único trabajo en nuestro ámbito de estudio es el del yacimiento de Moncín, que excava y publica en colaboración con Gloria Moreno y Teresa Andrés de la Universidad de Zaragoza. Detecta una interesante secuencia estratigráfica que más adelante expondremos.

Sus planteamientos, fundamentalmente el del policultivo ganadero, han sido ampliamente rebatidos en general para toda la Península(4) desde posturas críticas de estudios de arqueozoología (Morales 1990).

Integrando todo esto, podemos concluir que los presupuestos que aquí he venido denominando como funcionalistas aportan una nueva visión integradora a la investigación del Alto Valle del Ebro. Harrison, el principal exponente de esta corriente, presenta un planteamiento novedoso para esta región, que se sale del tradicional estudio formal de los materiales arqueológicos, fundamentalmente cerámicos. Presenta asimismo unas nuevas líneas de investigación que deberán ser tenidas en cuenta, pero que en sucesivos estudios tendrán que matizar.

Como críticas generales a los planteamientos expuestos, además de los planteados en el artículo citado de Morales Muñoz, consideramos que se hace necesaria la elaboración de estudios paleoambientales y paleoeconómicos que nos permitan tener una sólida base de conocimiento para nuestra investigación. Transplantar las condiciones ambientales actuales del Valle del Ebro al pasado resulta simplista e inconsistente; no tiene los fundamentos serios que nos pudrían aportar los estudios paleoambientales. Las condiciones ambientales han variado ampliamente de unos momentos a otros, tal y como se ha expuesto en trabajos recientes de ámbito local (Nuin y Borja 1991). No obstante, hay que tener presente que estos estudios, así como los planteamientos teóricos funcionalistas, no deben hacernos caer en la trampa del determinismo ecológico; no podemos reducir nuestro trabajo a la relación hombre-medio sino que debemos analizar también la relación hombre-hombre.

Una última crítica, ya aludida anteriormente (Morales Muñoz 1990; Chapman 1982), tiene como objeción que los presupuestos de corte funcionalista hablan de procesos y no explican su génesis y desarrollo, cuando estos aspectos y los anteriormente citados, deben ser cuidados y matizados.

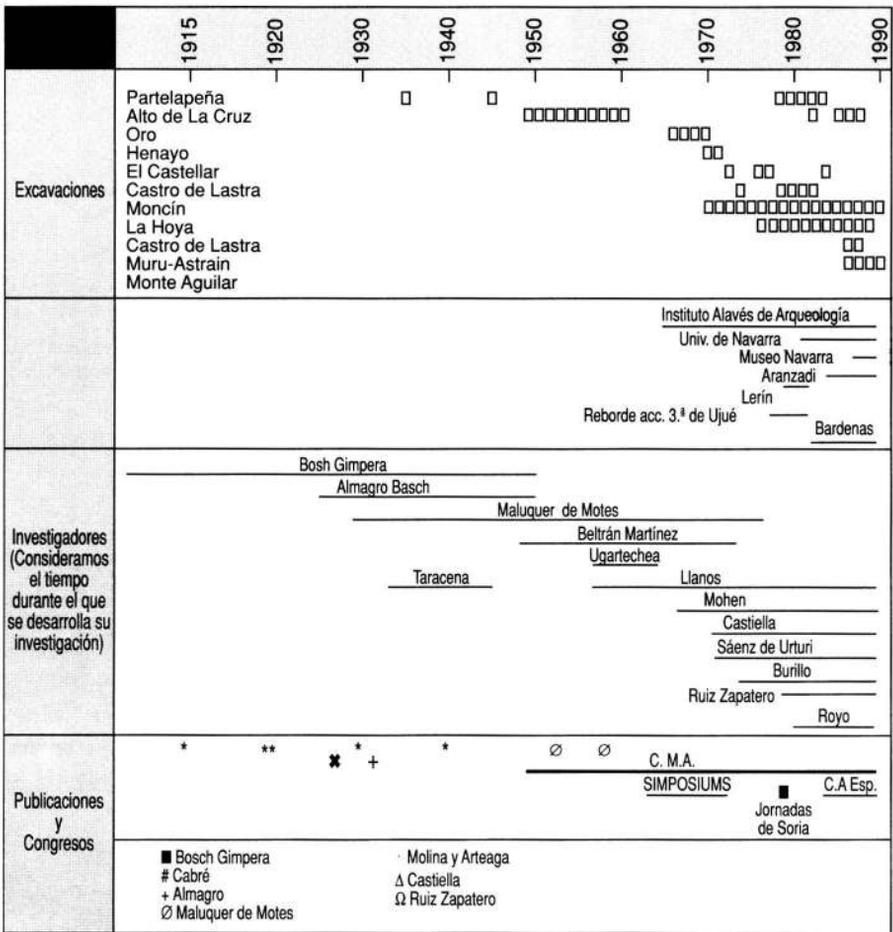
1.4 Las nuevas aportaciones

La investigación en el Alto Valle del Ebro, comienza a sufrir un proceso de cambio importante, aunque de un modo indirecto, a partir de 1981. Ya he señalado cómo las Primeras Jornadas de Investigación Prehistórica de Soria celebradas en esa fecha, van a ser un importante foro de debate donde se comienzan a poner las bases teóricas de la arqueología estatal. Su continuación la encontramos fundamentalmente en los Congresos de Teruel de «Arqueología Espacial». Es a partir de aquí donde nuevas perspectivas y planteamientos teóricos diversos comienzan a oírse, sin afectar en la medida de lo deseable a nuestra zona de trabajo, donde la investigación de la arqueología tradicional está fuertemente anclada en el objeto y el paralelismo (ver cuadro 1).

Toda una serie de planteamientos teóricos variados y muchas veces distintos, van a converger en estos congresos de la Arqueología del Espacio, configurándose progresivamente

(4) Aunque no específicamente para el Valle del Ebro, han sido aplicados aquí de modo casi literal.

las hipótesis de trabajo en relación a cada posicionamiento. No podemos decir que encontremos una postura teórica claramente dominante o que a veces éstas puedan ser definidas, pero sí que podríamos afirmar el importante protagonismo que van a ir cobrando las posturas materialistas en el desarrollo de la Arqueología Espacial. La crisis en la investigación de los años 70 va atraer como consecuencia toda una serie de planteamientos que rompan con los postulados de la Nueva Arqueología, siendo común a los distintos investigadores la búsqueda de una metodología que se presente eficaz y adecuada para intentar llegar a crear una ciencia arqueológica. En este punto comienza a hacerse patente la necesidad de colaboración con otras ciencias, comenzando a hablarse de «interdisciplinaridad» (Burillo et alii 1981). Esto a su vez, en ciertas ocasiones ha traído consigo el error de haber querido trasplantar bases teóricas que configuran el bagaje científico de otras disciplinas a la nuestra.



Cuadro 1: Esquema general del desarrollo de las principales investigaciones de la prehistoria Final en el Alto Valle del Ebro.

Con el objeto de profundizar algo más sobre estos posicionamientos, considero interesante centrarme en los postulados y trabajos de dos investigadores (Francisco Burillo y Gonzalo Ruiz Zapatero), que desde estas perspectivas espaciales y con trayectorias anteriores distintas han influido ampliamente en recientes estudios del Alto Valle del Ebro e incluso han sido partícipes de ellos,

F. Burillo

Tomando puntos de diversas posturas teóricas, desarrolla líneas básicas de la Arqueología Espacial planteando la elaboración de estudios interdisciplinares y globales (Burillo et alii 1981 y Burillo y Picazo 1983).

En sus presupuestos teóricos entiende la arqueología como el estudio del hombre en toda su dimensión. Deben plantearse hipótesis de trabajo desde posicionamientos propios y es necesario aplicar métodos y técnicas que se muestren adecuados. El único fin ha de ser el «de hacer Historia» (Burillo y Picazo 1983:11-12).

En lo que a nuestro período de investigación se refiere, al igual que el funcionalismo representa una clara ruptura con la arqueología tradicional; el objeto material pasa a tener la importancia que merece, y se desplazada tanto por investigaciones tanto microespaciales como macroespaciales las cuales presentan sorprendentes resultados. Con el estudio del microespacio, se comienza a dar importancia al conocimiento de estructuras, de sistemas constructivos y del urbanismo en general, como elementos definidores de los distintos periodos.

Además de este tipo de trabajos, aborda otros que podemos definir como de alcance regional, algunos de ellos enfocados como auténticos macroproyectos en los que comienzan a tener importancia la prospección sistemática como método de trabajo más adecuado. Asimismo, se deja de entender al yacimiento arqueológico como una unidad cerrada, y se emplean todo tipo de técnicas tanto de muestreo como analíticas para determinar el medio que envuelve el lugar en los distintos periodos (Burillo y Picazo 1983).

Interesantes análisis espaciales, basados fundamentalmente en las ciencias geográficas, comienzan a ser considerados como medios útiles para afrontar proyectos de investigación (Ruiz Zapatero y Burillo 1988). Estos son en algunos presupuestos seguidos en algunos proyectos de la Edad del Hierro y del Bronce de Alava y Navarra(5).

Superando en algunos aspectos lo estrictamente «espacial», presenta en cuanto a sus investigaciones aspectos novedosos. Se sale de lo meramente material y llega más allá de todo esto, tocando temas hasta ahora inéditos y que desde planteamientos estrictamente arqueológicos son necesarios, pero difíciles de estudiar. Entre ellos estaría el tema de las etnias, las fronteras, o la diferenciación de los grupos culturales, así como los factores que pueden definirlos, como puede ser la antropología, la lengua, la religión y el mundo espiritual, la organización social y política, la economía y la costumbre (Burillo en prensa).

G. Ruiz Zapatero

Presenta estudios sobre distintos yacimientos protohistóricos y los Campos de Urnas del Valle del Ebro, cristalizando finalmente todo ello en su tesis doctoral (Ruiz Zapatero 1983-85). En ésta, presenta una amplia visión de conjunto del mundo de las penetraciones indoeuropeas y su incidencia en los distintos lugares del Noreste Peninsular.

(5) Me estoy refiriendo fundamentalmente a los trabajos realizados por Eliseo Gil e Idoia Filloy en Alava y por José Luis Ona, Jesús Sesma y M.^a Luisa García en Navarra.

Desde un punto de vista teórico y metodológico observamos que, en un primer momento, el «modelo de evolución interna», tomado de Vilaseca (1963), y los principios de periodización y cultura material de Almagro Gorbea (1977), van a ser los puntos de referencia en sus trabajos. Posteriormente observamos una evolución hacia posturas afines a una metodología de carácter espacial, que quedaría bien reflejada en sus artículos presentados en los coloquios de Teruel. Sus posturas teóricas comienzan a estar más cercanas a las materialistas, y desde aquí abordan estudios diversos: tanto atendiendo a las estructuras arquitectónicas como base para el conocimiento del grado de movilidad y modos de subsistencia de las gentes que las habitaron (Ruiz Zapatero et alii 1986), como la realización de reconstrucciones hipotéticas de potenciales económicos de yacimientos (Ruiz Zapatero y Fernández Martínez 1985) o sobre metodología espacial aplicada a la arqueología (Ruiz Zapatero y Burillo 1988).

Presenta asimismo interesantes inferencias sobre relaciones entre poblaciones indígenas y portadores de Campos de urnas en el Bajo Aragón (Ruiz Zapatero 1982), consecuencia del alto grado de conocimiento de su cultura material y su amplia visión de conjunto, que deberán ser tenidas muy en cuenta a partir de ahora para determinar distinción de grupos culturales en posteriores estudios sobre el tema.

En cuanto a sus trabajos sobre el Alto Valle del Ebro, van a estar centrados fundamentalmente en estudios sobre el yacimiento de Cortes de Navarra (Ruiz Zapatero y Fernández 1985), uno de los poblados protohistóricos mejor conocidos de todo esta depresión. También tendrán en cuenta la reseña de materiales, dataciones y revisiones que hace en su tesis doctoral (Ruiz Zapatero 1983-85) de los yacimientos publicados para el Alto y Medio valle del Ebro. Sus hipótesis para nuestra zona de estudio han abierto bastantes posibilidades de desarrollo para futuros trabajos. Aunque en estos momentos está planteando hipótesis que revisan algunos puntos de su tesis doctoral, ésta presenta una serie de hipótesis novedosas que aun nos parecen válidas para afrontar de un modo más intensivo este periodo que aquí tratamos.

Síntesis de las nuevas aportaciones

Podemos concluir que los planteamientos de la Arqueología Espacial han abierto, a pesar de estar hoy día en un proceso de autocrítica, una importante vía de estudio con valiosas inferencias sobre la cultura en general. Suponen una ruptura definitiva con el positivismo, marcando una apertura hacia nuevas metodologías y la superación del objeto material como fin único. Sobrepasa también los planteamientos funcionalistas, al considerar la elaboración de los distintos análisis como un medio de trabajo y no como su fin. Además, frente a este mismo planteamiento, van más allá que el determinismo ecológico de los funcionalistas, reflejando al igual que ellos la importancia de la relación Hombre-medio, pero considerando además de ésta la del Hombre-Hombre. Hay una valoración de los estudios interdisciplinares como herramientas de trabajo imprescindibles en los proyectos de investigación. Proponen como necesaria la elaboración de unas bases teóricas previas, que deberán ser confrontadas y demostradas como tales por la evidencia arqueológica. El riesgo de estos planteamientos, generalmente materialistas (aunque no lo sean siempre)(6), es que por una parte se quieran hacer coincidir los distintos presupuestos teóricos con la realidad material y, por otra, que se apliquen indiscriminadamente las metodologías que, efectivamente, son válidas para otras ciencias, pero que, por haber sido tomadas directamente de ellas, no tienen por que

(6) Es por esto que hemos tratado aparte los presupuestos teóricos de Francisco Burillo y Gonzalo Ruiz Zapatero.

ser necesariamente válidas para la nuestra. Por ello, proponemos una continuada revisión de los planteamientos y metodologías, con el fin de no llegar a callejones sin salida a causa de planteamientos rígidos e inmovilistas, que en ocasiones pueden llegar a ser irreversibles.

En definitiva, podemos hablar en general, de la existencia de una elaboración teórica crítica en estas posturas, con una revisión continua de la validez de los modelos y una metodología fundamentada por una sólida base empírica.

2. EL MARCO METODOLOGICO

Al plantearme objetivar mediante algún criterio cómo se ha aplicado la metodología arqueológica en nuestra región, he creído conveniente seguir un modelo teórico que evalúe estas actuaciones. Es por ello que a la hora de desarrollar este capítulo seguimos, y consideramos como una orientación que puede ser válida para nuestro estudio, los principios expuestos por Schiffer en su artículo publicado en 1988, y que son posteriormente ampliados y matizados por Ruiz Zapatero (1991). En ellos se hace una estructuración objetiva de lo que es el proceso de investigación arqueológica. Después de definirla y aplicarla a nuestros propios planteamientos, pasaremos a estudiar el grado de aplicación que se ha hecho de la misma en distintos proyectos realizados para el Alto Valle del Ebro.

2.1. El parámetro Schiffer

Schiffer (1988: 461-465) ha diferenciado tres pilares básicos para la teoría arqueológica:

- La teoría social.
- La teoría de la reconstrucción.
- La teoría del método.

En nuestro análisis nos vamos a centrar fundamentalmente en esta última. El mismo propone que ésta sea estructurada en otras tres «subteorías»⁽⁷⁾, que serían las siguientes:

- Una subteoría de la recuperación.
- Una subteoría analítica.
- La subteoría inferencial.

Dentro de cada uno de estos apartados, y siguiendo los esquemas Binfordianos, aún podríamos hacer una última diferenciación, al hablar de que cada uno de esos dominios, cuenta con la necesidad de elaborar unas teorías de alto, medio y bajo nivel (Idem: 461; Binford 1988).

El primero de los dominios de La Teoría del Método («la Teoría de la Recuperación»), se nos presenta con una gran cantidad de principios que comienzan a ser explicitados ya en los años 60, desarrollándose técnicas variadas que no han sido excesivamente tenidas en cuenta hasta ahora en el Alto Valle del Ebro, salvo en algunas ocasiones. Muchos investigadores han estado frecuentemente de espaldas a su desarrollo, por esta razón han prevalecido estrategias de trabajo sin un método científico, más intuitivas, propias de momentos ante-

(7) Este término es utilizado para una mayor claridad por Ruiz Zapatero (1991) a pesar de que Schiffer utilice el término «Theory».

riores, que científicas. En algunos casos sí que han podido ser utilizadas algunas metodologías de trabajo; pero, como indica el Dr. Ruiz Zapatero (1991) muchas veces se han entendido como «procedimientos de Investigación o pruebas empíricas» en las que no se ha tenido en cuenta que han sido originadas, condicionadas y determinadas en sus resultados por la propia teoría.

Las herramientas de trabajo de la teoría de recuperación serían fundamentalmente la prospección, que queda entendida como el «reconocimiento de un fenómeno material que ha producido características culturales», y la excavación, pudiendo observarse que estos dos principios, han tenido y tienen actualmente una evolución lenta (Schiffer 1988:474-475). En líneas generales, podemos afirmar que desde hace un siglo viene existiendo un gran desarrollo general en estos dos campos de trabajo; se elaboran muchos y variados principios metodológicos, entre los que destaca principalmente la aportación metodológica de E.C. Harris (1975; 1991) al estudio de las secuencias estratigráficas. Por otra parte, está el esfuerzo definidor de las fases y procesos de los trabajos de excavación, llevado a cabo entre otros autores por Barker (1989).

Una segunda «subteoría» será la llamada «Teoría Analítica», que estaría fundamentada en el estudio de los tres tipos de elementos recuperados en los trabajos de excavación y que son los artefactos, ecofactos y circundatos (Ruiz Zapatero 1991). Esta subteoría ha sido hasta el momento muy poco desarrollada: fundamentalmente ha sido Sullivan (1978:194-195) quien, desde su propuesta de estudio de las huellas de actividades o procesos, ha dado un cierto contenido a este campo. Ruiz Zapatero (Idem), por su parte y sobre este mismo aspecto, ha señalado la creciente elaboración de tipologías cada vez más coherentes, la importancia de los métodos de cuantificación y las técnicas de datación, así como el desarrollo de estudios de composición que han permitido el nacimiento y el posterior desarrollo de la arqueometría. Schiffer (Idem: 476) propone que, al llegar a este punto, es necesario la elaboración de métodos de trabajo con el fin de aislar evidencias que nos permitan desarrollar teorías de alto nivel, susceptibles de ser asumidas por esta metodología analítica. De todos modos, son muchos los problemas analíticos no desarrollados todavía que deberán ser tenidos en cuenta en el futuro.

Por último, la «subteoría inferencial» debe ser diferenciada de la «analítica» como realidades de estudio distintas. Schiffer define a la primera como «el proceso de fijación y sintetización de diversas líneas de evidencia que produce planteamientos bien fundados en el pasado» (Ruiz Zapatero 1991). Sus teorías son de bajo nivel y la mayor parte de sus principios vienen prestados de la biología y geología (reconstrucciones paleoambientales). Hoy día todo tipo de análisis especializados (C-14, dendrocronología, análisis faunísticos, etc.), están produciendo un gran desarrollo de la «teoría inferencial», a pesar de que las inferencias materiales específicas de bajo nivel aun no estén integradas (Schiffer 1988: 477). El desarrollo de esta subteoría viene planteando la necesidad del desarrollo de ciertos campos, aún en fase de reflexión. De este modo y como sugiere Ruiz Zapatero, los elementos hasta ahora paradigmáticos como eran la cronología o el mismo concepto de periodización comienzan a ser cuestionados en sí mismos. Destacar asimismo la importancia que ha adquirido la subteoría inferencial hasta tener una entidad propia dentro de las diversas corrientes surgidas en estos últimos años y que previsiblemente continuarán surgiendo en arqueología.

Para finalizar este apartado descriptivo, debemos indicar que compartimos totalmente las teorías aquí expuestas por los dos autores citados y que, modificando sus enunciados, queremos que nos sirvan a partir de este momento como método evaluativo más o menos

objetivo, que nos haga profundizar en el verdadero grado de desarrollo de la investigación que se está realizando en el Alto Valle del Ebro.

2.2 La Recuperación de la evidencia arqueológica.

2.2.1. La prospección

Dentro de la «teoría de la recuperación» los trabajos de prospección en nuestra región se nos presentan, salvo en alguna excepción, retrasados teórica y metodológicamente respecto al desarrollo de otras regiones. Este hecho es todavía más grave si nos referimos a las líneas investigadoras que vienen marcándose en importantes proyectos de otros países. Los principios teóricos sobre la prospección comenzaron a ser creados a partir de los años 60, momento en el que comienza a cobrar un cierto protagonismo este tipo de trabajos (Ruiz Zapatero 1988:33).

Ya en los años 80, comenzamos a asistir en el Alto Valle del Ebro al desarrollo de unos pocos proyectos de investigación que contemplan los trabajos de prospección como un elemento más de trabajo. En dichos proyectos deberíamos distinguir dos niveles de intensidad: Por un lado estarían las prospecciones puntuales, dirigidas a la localización de yacimientos del Bronce Final-Hierro Antiguo, y por otro el comienzo de las prospecciones intensivas. Las primeras, vienen identificando distintos asentamientos mediante el conocido modelo del «cerro amesetado y aislado», de modo que los trabajos de prospección consisten simplemente en la localización e inspección visual «in situ» del posible yacimiento. Otro caso en este mismo sentido, son también el de los cromlech (baratzak), que están siendo localizados progresivamente mediante prospecciones, que ya desde principios de siglo, han estado orientadas exclusivamente hacia la localización de evidencias megalíticas. Sobre esta metodología de trabajo, debemos advertir que puede llegar a plantear ciertas deficiencias que nos pueden llegar a ocultar diferentes realidades existentes, de modo que nunca podríamos llegar a conocer asentamientos de este mismo periodo cronológico que no cuenten con estos rasgos. Este tipo de prospecciones vienen siendo muy habituales en el Alto Ebro y, a mi entender, han traído como consecuencia un importante conocimiento de poblados frente a una escasa incidencia de las necrópolis, zonas de fuentes de suministro, asentamientos en cueva, llanura, etc. Por otro lado, comienzan a darse proyectos específicos de prospecciones sistemáticas, que además de la puntual, combinan los tres niveles básicos de esta labor: conocimiento del medio físico objeto de estudio, exhaustivo trabajo de documentación y combinación de prospecciones tanto de carácter intensivo como extensivo. Las primeras de ellas, aún siendo las menos usuales, han ofrecido interesantes resultados.

— Las prospecciones intensivas

Los comienzos de estos trabajos no han sido lo habituales que hubiéramos deseado, pero tenemos alguna referencia que sí que nos parece interesante anotar (Mapa 5). Por un lado está la realización de algunas prospecciones que, con un interesante grado de intensidad, se han desarrollado en el País Vasco. Entre ellas cabría destacar las realizadas en la Cuenca del río Rojo (Ortiz et alii 1990) o las que durante algunos años se vienen realizando en la Sierra de Entzia-Urbasa (Barandiarán Maestu y Vegas 1990) y que aquí no entramos a analizar detenidamente porque la mayor parte de sus resultados se salen fuera de nuestros límites temporales. Existe también para la provincia de Zaragoza una pequeña reseña (Aguilera 1980 b: 46-47) en la que se indica, sin más referencias, la realización de «prospecciones sistemáticas» en toda la muela de Borja con la localización, en un reducido espacio natural

(unas 170 Ha. aproximadamente) perfectamente delimitado, de una veintena de yacimientos. Todos ellos pertenecen a momentos que discurren entre el Calcolítico y Bronce.

Prospección en el término municipal de Lerín (Navarra). Este proyecto es dirigido por José Luis Ona González de cara a la realización de su «tesis de licenciatura». Presta especial atención al estudio de yacimientos de época romana, sin estar condicionado por ello a una metodología de prospección orientada hacia una localización exclusiva de evidencias de este momento. Parte de los resultados de estos trabajos, han sido objeto de estudio en un artículo publicado en los coloquios de Teruel (Ona 1984).

Con una extensión aproximada de unos 100 Km², de los que se han prospectado cerca de 50, hay localizados hasta el momento una cincuentena de yacimientos en un área que era hasta entonces un importante vacío arqueológico (Ona 1984: 72).

Siguiendo el artículo anteriormente citado (Ona 1984), observamos que la metodología empleada, está basada fundamentalmente en un minucioso estudio cartográfico del lugar, con la utilización de mapas topográficos a escala 1:50.000; 1:25.000; 1:10.000 y 1:5.000; mapas de suelos y mapas geológicos escala 1:50.000, fotografía aérea, además de las consabidas comunicaciones verbales.

Extensión en Km ²	Prospección intensiva del Término Municipal de Lerín (Navarra)		Yacimientos localizados	Yacimientos Protohist.	Yac./Km ²	Y. Prot./Km ²	Campañas	Bibliografía		
	Cartografía	Metodología						Autor	Año	Publicación y N.º de Pág.
50	Topográfico: 1:5000 1:10000 1:25000 1:50000 De suelos Geológico: 1:50000	— Recorrido del terreno, combinando prosp. select. e intensiva — Foto aérea. — Entrevistas. — Realización de itinerarios predefinidos.	50	14	1	0,28	No se espec.	Ona, J. L.	1984	Arqueol. Especial 5 22 páginas
Inferencias: Socio-políticas y económicas.										
Observaciones: Esta prospección de Lerín está enmarcada dentro de un proyecto para la realización futura de la tesis doctoral de su autor. No ha contado para su realización con ningún tipo de ayuda por parte de las Instituciones Forales y los trabajos han sido realizados individualmente por el propio José Luis Ona, que ha contado con alguna ayuda puntual.										

Cuadro 2: Síntesis investigativa y metodológica de las prospecciones intensivas en el término municipal de Lerín (Navarra).

El desarrollo de estos trabajos se realizaron de modo individual, sin ningún tipo de información previa, combinando prospección sistemática con selectiva. Son varios los factores que se han tenido en cuenta a la hora de marcar los itinerarios prefijados de prospección: Por un lado está la utilización actual de los suelos, por otro, la geomorfología del lugar, la topografía, la litología, los recursos hídricos existentes, la vegetación natural, los suelos y las vías de comunicación, (aunque éste último más como un factor humano que geográfico). Co-

mo antes ya he comentado, los resultados son realmente sorprendentes, con una densidad aproximada de 1 yacimiento/Km² prospectado. De los veinte yacimientos estudiados en el artículo publicado en Teruel, son catorce los que presentan evidencias del Bronce Final o Hierro. De este modo contabilizamos en este término una media aproximada de 0,28 yacimientos Protohistóricos/ Km² prospectado(B).

Es asimismo de destacar la realización de inferencias de tipo social, políticas y cronológicas que han podido realizarse gracias a la elaboración de un planteamiento teórico y unos claros objetivos investigativos.

La prospección de las Bardenas Reales de Navarra, vienen siendo dirigidas durante estos últimos años por los Licenciados Jesús Sesma Sesma y M.^a Luisa García García, con el objeto de recopilar información sobre esta región para sus respectivas tesis doctorales.

Estos trabajos han estado orientados fundamentalmente al reconocimiento de yacimientos de la Edad del Bronce y de momento romano, en una región con un amplio vacío arqueológico. No por ello, son ignoradas las evidencias pertenecientes a otros momentos cronológicos distintos. En definitiva, el carácter de esta prospección podríamos considerarlo como de sistemático e intensivo.

La estrategia de prospección en esta región, aún en fase de trabajo, ha sido planteada desde el conocimiento del territorio mediante la metodología del «peinado» del mismo de Norte a Sur. El número de prospectores es variable, según las posibilidades de tiempo que puedan disponer para este trabajo. Se ha contado con un número mínimo de dos personas y un máximo de dieciséis.

La cartografía utilizada ha sido la topográfica a escala 1: 5.000, 1:10.000, 1:25.000 y 1: 50.000. También se ha revisado fotografías aéreas de la zona a escala 1:7.500.

En cuanto a los resultados de estos trabajos debemos indicar que la Bardenas Reales de Navarra cuentan con 429 Km² de los que han sido prospectados 276, excepto los 27 Km² correspondientes al polígono de tiro. En referencia a las evidencias arqueológicas, se han registrado 69 «talleres de sílex», 60 yacimientos prehistóricos con cerámica (no habiéndose todavía realizado el estudio que determine su adscripción cronológica), 39 de momento romano y 8 medievales. Con estos datos tenemos una densidad para este territorio de 0,7 yacimientos/ Km² mientras que la densidad de yacimientos prehistóricos con cerámica no la contemplamos porque nos distorsionaría la información de los yacimientos estrictamente Protohistóricos.

(8) Al hablar de yacimientos protohistóricos no distingue la publicación entre los yacimientos del Hierro antiguo o Hierro tardío. Es por ello, que a partir de aquí las referencias que se hagan a los términos o aspectos del «Hierro Tardío», «Hierro II», «Campos de Urnas del Hierro» o «Ibérico», a pesar de salirse de nuestro marco cronológico de estudio, tienen como único objeto contextualizar lo más posible los trabajos de investigación de los diversos autores que estudiamos dentro del marco cronológico en el que han generado sus postulados.

Extensión en Km ²	Prospección intensiva en las Bardenas Reales de Navarra		Yacimientos localizados	Yacimientos Prehist. con cerámica	Yac./Km ²	Y. Preh. con cerámica/Km ²	Campañas Prospección	Bibliografía		
	Cartografía	Metodología						Autor	Año	Publicación y N.º de Pág.
249	Topográfico: 1:5000 1:10000 1:25000 1:50000	- Foto Aérea - Peinado N-S - Sondeos	176	60	0,7	0,2	1987 a 1991	Sesma, J. Sesma, J. y García, M.L.	1988 1991	Trab. Arq. Nav. 5 páginas Cuadernos de sección/E.I. 23 páginas
Observaciones: Las prospecciones han contado con equipos de un mínimo de 2 personas y un máximo de 16. Al incluir dentro de todo un grupo todos los yacimientos prehistóricos con cerámica, no consideramos su valor estadístico, por no poder utilizar como válidas las variables que hemos venido usando para el cálculo de Yac. Protohistóricos/Km ² .										

Cuadro 3: Síntesis investigativa y metodológica de la prospecciones intensivas desarrolladas en las Bardenas reales de Navarra (Según Sesma 1988; Sesma y García 1991 y comentario personal).

Prospección en el reborde occidental de la Sierra de Ujué.

Comenzada en el año 1977 por Carmen Jusué, se incorpora posteriormente a ella M.^a Amor Beguiristain (Beguiristain y Jusué 1986). prospectan parte de los términos municipales de Olite, Beire y San Martín de Unx, con aproximadamente una superficie de 55 Km²prospectados.

La metodología utilizada ha estado centrada, además del consabido reconocimiento y recorrido de terreno, en la realización de entrevistas. Se han consultado también las fotografías aéreas de la zona.

Los resultados de dicha prospección dan como resultado la identificación de 14 yacimientos, de los que tan sólo 5 pertenecen, atendiendo a la topografía de los mismos y las evidencias arqueológicas localizadas en ellos, a poblados del Bronce-Hierro. De este modo tenemos una densidad en esta zona de 0,09 Yac. Protohistóricos/ Km²de este momento. Haciendo un cálculo general de todos los yacimientos localizados tenemos una media para esta zona de 0,2 yac./ Km².

— Los trabajos de prospección extensiva.

Dentro de proyectos de investigación más o menos ambiciosos, instituciones culturales de Euskalherria(9), han venido desarrollando algunos trabajos de prospección extensiva orientados fundamentalmente a la localización de yacimientos protohistóricos.

(9) Nos estamos refiriendo fundamentalmente al Instituto Alavés de Arqueología, a la Sociedad de Ciencias Aranzadi y al Dpto. de Arqueología de la Universidad de Navarra. No incluimos en este apartado los trabajos realizados en Bizkaia desde la Universidad de Deusto porque los resultados de los mismos están más centrados en los momentos finales de la Edad del Hierro.

Extensión en Km ²	Prospección intensiva del Término Municipal de Lerin (Navarra)		Yacimientos localizados	Yacimientos Protohist.	Yac./Km ²	Y. Prot./Km ²	Campañas	Bibliografía		
	Cartografía	Metodología						Autor	Año	Publicación y N.º de Pág.
55	No se especifica	<ul style="list-style-type: none"> - Foto aérea - Reconocimiento del terreno. - Entrevistas. 	14	5	0,2	0,09	1977 a 1986	Beguiristain, M.ª A. Jusué, C.	1986	Trab. Arq. Nav. 5 pág.

Cuadro 4: Síntesis investigativa y metodológica de la prospección intensiva en el reborde occidental de la Sierra de Ujué (Navarra) (Según Beguiristain y Jusué 1986).

Prospecciones de Instituto Alavés de Arqueología/ Arkeologiako Arabar Institutoa (10)

Dentro de los muchos objetivos que se van a plantear con la fundación de esta Institución provincial, van a ser principalmente, los que suponen la continuación de los trabajos de prospección orientados a la localización de yacimientos de la Edad del Hierro en la provincia. Este objetivo habla sido propuesto anteriormente (concretamente en los años finales de la década de los 50) por un grupo de investigadores locales, entre los que destacan por su labor J. A. Agorreta y A. Llanos (Llanos en prensa). La dirección de estos trabajos va a ser posteriormente asumida por Armando Llanos. Durante estos últimos años el marco de investigación trasciende al conocimiento de este tipo de yacimientos en toda Euskalherria, desarrollándose del siguiente modo:

Hay un planteamiento de programación contemplado en varias fases y con tiempos de desarrollo variables. Uno de los primeros objetivos, fue el de conocer la densidad de las estaciones. Para ello se delimitan zonas bien definidas geomorfológicamente, centrando la búsqueda en elementos como la toponimia, cartografía, fotografía aérea y encuestas. Posteriormente a la posible localización de un yacimientos, se procede a la inspección del mismo sobre el terreno. Una vez conocidos algunos poblados se aplican análisis que conllevan una metodología de carácter espacial.

Una segunda fase, complementa estos primeros trabajos con los la realización de excavaciones seleccionadas. Una vez conocidas las secuencias culturales de los yacimientos, de acuerdo a una escala de valores concebida como conocimiento total de las fases existentes desde el Bronce Final hasta la romanización, se intenta determinar los grupos culturales concretos (Meseta, Continente, otros).

(10) Debo agradecer a Armando Llanos la comunicación personal en relación a las líneas metodológicas generales, llevadas a cabo en el planteamiento y desarrollo de las prospecciones realizadas por él mismo y otros investigadores dentro del Instituto Alavés de Arqueología/Arkeologiarako Arabar Institutoa, y que es, el que sigo para el desarrollo de este apartado.

Un último paso sería el de la realización de inferencias, fundamentalmente sociales, culturales y económicas

Los trabajos del Departamento de Arqueología de la Universidad de Navarra.

Desde principios de los años 70, y más concretamente desde la lectura de la tesis doctoral de Amparo Castiella (1977), observamos un interés creciente por la localización de yacimientos de la Edad del Hierro en Navarra. Esta inquietud va a ser canalizada a través del Departamento de Prehistoria de la Universidad, dirigido por la misma Dra. Castiella.

Con una metodología basada en la topografía, encuestas, comunicaciones personales, prospecciones puntuales e identificación de yacimientos por su aspecto formal (cerros amesetados), ha ido incrementando el número de yacimientos de la Edad del Hierro conocidos en Navarra hasta un número de 80. Estos son dados a conocer en un catálogo publicado en Trabajos de Arqueología Navarra (Castiella 1986). Actualmente se sigue trabajando sobre este mismo aspecto.

Las prospecciones arqueológicas del Departamento de Prehistoria de la Sociedad de Ciencias Aranzadi en Gipuzkoa.

Aunque podríamos considerarlas como intensivas por su metodología, son varias las razones que hacen que incluyamos dentro de este apartado de prospecciones extensivas, las realizadas en Gipuzkoa. Para ello hemos considerado que, por una parte están las dificultades que presenta el terreno para realizar una prospección arqueológica con garantías, y por otra que existe la idea de una prospección de alcance provincial.

La metodología utilizada, que como hemos indicado sí nos parece intensiva, está centrada en dos labores fundamentales (Olaetxea 1991): Por un lado el trabajo de laboratorio y por otro el trabajo de campo.

En el primero de ellos, se realizan trabajos de revisión de cerámicas aparecidas hasta el momento en cuevas, consulta de fotos aéreas 1:33.000, 1:12.000 y 1:25.000, así como de ortofotos a escala 15.000. Se utiliza cartografía 1:25.000 y se atiende a elementos como la toponimia, topografía y situación geográfica y estratégica. También se atienden las comunicaciones personales.

Una vez determinada la primera fase y delimitados las unidades geográficas de trabajo, comienzan las labores del reconocimiento visual del lugar⁽¹¹⁾ y, si procede, las de realización de catas de comprobación.

Hasta este momento se han realizado tres campañas de prospección que ha permitido la localización de seis poblados al aire libre del Hierro en la provincia de Gipuzkoa (Olaetxea 1991:204-217).

— Las prospecciones del patrimonio

Desde el año 1989, se vienen realizando en Navarra, prospecciones semi-intensivas e intensivas, con el fin único de localizar yacimientos arqueológicos e incluirlos en un inventario que obra en manos del Museo de Navarra. La metodología de trabajo propuesta para el desarrollo de estos trabajos está planteada de acuerdo a los siguientes criterios:

(11) Este se realiza, según Olaetxea (1991: 203), fundamentalmente durante el invierno o comienzos de la primavera «por ser en estos momentos cuando la vegetación se encuentra en sus ciclos más bajos».

- Elección como unidad de prospección de los límites de uno o dos municipios previamente elegidos al azar.
- Peinado sistemático del terreno por equipos de prospección compuestos entre dos a doce integrantes.
- Realización de encuestas.

Para todo ello se cuenta con cartografía topográfica a escala 1:10.000, 1:25.000, 150.000, catastrales a escala 1:10.000 y fotos aéreas.

La duración de los trabajos oscila entre dos o tres meses cada año y la finalización de los mismos plantea la cumplimentación de una ficha por yacimiento y la elaboración de un informe final.

	Metodología	Ambito geogr.	Km²	Yacimientos Protohist. inventariados	Yacim. Protoh. Km²
Instituto Alavés de Arqueología (A. Llanos)	<ul style="list-style-type: none"> - Toponimia - Consulta Cartográfica - Foto aérea - Encuestas - Inspección visual - Análisis Espaciales 	Provincia de Alava	3.047	70 (Basado en Zulueta y Zumalabe 1990)	0,02
		Objetivos: - Localización y ac. del Hierro - Conocer densidad de estaciones		Tiempo: - Desde fines de los 50	
Universidad de Navarra (A. Castiella)	<ul style="list-style-type: none"> - Toponimia - Encuestas - Consulta Cartográfica - Comunicaciones - Salida puntuales - Toponimia 	Provincia de Navarra	10.421	80 (Basado en Castiella 1986)	0,0076
		Objetivos: - Localización y ac. del Hierro - Completar catálogo yac. Hierro		Tiempo: - Desde fines de los 70	
Aranzadi (Olaetxea)	<ul style="list-style-type: none"> - Toponimia - Topografía - Localización geográfica - Foto aérea - Ortofotos - Revisión cerámica de anteriores excavaciones - Inspección visual - Catas 	Provincia de Gipuzkoa	1.884	8 (Basado en Zulueta y Zumalabe 1990)	0,0042
		Objetivos: - Localización yac. del Hierro - Comenzar a apuntar en cartografía poblados de este momento.		Tiempo: - Tres campañas desde 1987 a 1990.	
* En estos índices no contemplamos las evidencias megalíticas: Túmulos, cromlechs y Túmulos cromlechs.					

Cuadro 5: Sinopsis de las prospecciones extensivas en Alava, Gipuzkoa y Navarra (según distintos autores).

2.2.2. La excavación.

Como ya hemos ido advirtiendo, son pocas las excavaciones que vienen presentando secuencias estratigráficas del Bronce Final - Hierro Antiguo(12) (Mapa 6). Uno de los principales problemas que presenta nuestra zona de estudio, es que tanto para los trabajos de prospección como para los de excavación aún no se han definido claramente las caracteris-

(12) Armando Llanos indica para Alava y Navarra que «de 215 poblados reconocidos, en 24 se han realizado excavaciones, y en tan sólo se ha dado un nivel de resultados suficientes» (Llanos 1990: 167).

ticas específicas de cada uno de sus periodos, habiendo de este modo una especie de «cajón de sastre» donde se incluiría toda cultura tanto de momentos del Bronce Final como del Hierro Antiguo. Esto contribuye a crear una gran confusión sobre el tema. Las razones que nos pueden explicar esta situación pueden ser variadas y van desde el consentimiento acrítico de teorías generales, no contrastadas arqueológicamente, hasta la falta de análisis que nos puedan aportar valiosas informaciones sobre la cultura material de los grupos del Bronce y los del Hierro.

Centrándonos más en los más significativos yacimientos excavados, vamos a ir individualizando sus procesos, estratigrafías (sobre todo los que presenten secuencias del Bronce-Hierro), dataciones y el grado de aplicación de metodologías propias de los trabajos de excavación. El criterio que seguimos en su ordenación dentro de cada período es el estrictamente cronológico de actuación.

— Las excavaciones hasta 1970.

De acuerdo con los objetivos de la investigación y los planteamientos teóricos que en cada momento se han buscado, podemos observar que el desarrollo de los trabajos de excavación han experimentado un importante avance metodológico durante estos últimos años.

Los primeros tiempos en este campo estuvieron orientados, tal y como se presentaban los planteamientos del momento, hacia la localización de objetos de «valor arqueológico». Esto puede entenderse dentro de una perspectiva difusionista o evolucionista, propia de la investigación dominante ya a fines del siglo XIX y principios del XX, en la que se valoraba el objeto en sí mismo, tanto desde un punto de vista formal (valor museístico y artístico) como desde un punto de vista cronológico (definidor absoluto de cultura y momento en el tiempo por medio del paralelismo). Las excavaciones de los primeros momentos consistían, salvo algunas excepciones, en el vaciado de los yacimientos. Muchas colecciones de materiales arqueológicos han quedado, de este modo, totalmente descontextualizadas, en muchos casos perdidas, o en el mejor de los casos amontonadas y dispersas, sin orden alguno, entre los fondos de las instituciones locales o provinciales correspondientes.

Un cambio sustancial en el planteamiento de la teoría general de la arqueología mundial va a llegar durante la década de los 50 con la figura de Vere Gordon Childe (Ruiz et alii 1986). Este investigador va a plantear el sentido en sí de la Prehistoria como una parte natural de la Historia. Va a considerar a ésta un proceso en reconstrucción a partir de un trabajo científico. Por ello remarca que la arqueología es una ciencia que nos permite, siempre desde una contextualización de sus elementos, hacer historia y esto es posible gracias a que las evidencias «no están nunca vacías ni descontextualizadas» (Childe 1956).

Esto que aquí hemos venido explicando para Childe, parece ya también haber sido asumido en estos mismos años por Maluquer de Motes. Al tomar la dirección de los trabajos emprendidos anteriormente por Taracena y Gil Farrés (1951) y posteriormente este último de modo individual (Gil Farrés 1952; 1953) va a realizar por primera vez en el Alto Valle del Ebro una excavación arqueológica con un criterio de trabajo estratigráfico (seguimos el cuadro 6).

El Alto de la Cruz, Cortes - Navarra (1947-1958).

Este poblado es un tell de unas 0,75 Ha. de extensión. Tiene una potencia estratigráfica de unos 3 metros de profundidad media. Está situado cerca del río Ebro, en medio de una amplia llanura aluvial.

Descubierto en 1947, cuenta con el especial interés de estar relacionado con la necrópolis de incineración de la Atalaya, todavía casi sin estudiar. El Alto de la Cruz de Cortes, es objeto de varias campañas de excavación en los años que van desde 1948 hasta 1957. Maluquer publica los resultados y conclusiones obtenidas de sus trabajos en este lugar entre los años 1954 y 1958.

Las excavaciones realizadas por Maluquer de Motes en este periodo, con una metodología propia de estos años, va a contar con la inquietud de intentar conocer tanto su secuencia horizontal como vertical. Ello le va a ser dificultado enormemente por los distintos trabajos, de excavación y de acondicionamiento del lugar, que fueron llevados a cabo por Blas Taracena. Este, al morir va a dejar gran parte de los mismos inéditos, por lo que Maluquer de Motes se encontró con una buena parte de los niveles superiores del yacimiento perdidos para siempre.

El sentido empírico que Maluquer tiene de la arqueología, va a llevarle a considerar las estructuras de casas, encontradas en el lugar, desde un criterio casi microespacial de unidades arqueológicas cerradas. Por ello distingue los materiales hallados en cada vivienda e incluso los aparecidos en cada compartimentación de la misma. Su interés en el conocimiento del desarrollo sincrónico, lo vemos perfectamente reflejado en la cuidadosa observación de la secuencia estratigráfica, que además es dibujada. De ella, Maluquer va extraer una evolución en el tiempo de este yacimiento y que va a estructurar, según sus criterios y evidencias, en tres fases (Maluquer 1958) y que han sido ampliamente difundidas (Ruiz Zapatero 1983-85):

La secuencia obtenida por Maluquer de Motes en el yacimiento del Alto de la Cruz, está fundamentada, más que en la diferenciación estratigráfica, en los conjuntos de evidencias arqueológicas que aparecen en los distintos niveles y que son datadas por simples comparaciones formales, adecuando, según sus cálculos teóricos, las dataciones de otras evidencias similares lejanas a la realidad de Cortes. Su criterio en la elaboración de fases, aunque toque aspectos de carácter social, va a ser fundamentalmente tecnológico y va a estar centrado principalmente en la diferenciación formal de la cerámicas y en la aparición del hierro. Estas fases, elaboradas de este modo un tanto apriorístico, van a ser encajadas en la secuencia estratigráfica del lugar. Es de este modo, que Cortes va a aportar una importantísima una cronología relativa, que ampliamente utilizada, generalmente sin la existencia una revisión crítica de la misma, como un firme punto de referencia cronológico en muchas de las investigaciones del Valle del Ebro.

Por otro lado, debemos destacar que los objetivos de la investigación de Maluquer en 30 años 50 van más allá de lo que es estrictamente el yacimiento arqueológico. Analiza el medio que le rodea, los poblados cercanos coetáneos en el tiempo, muestra un especial interés por la evidencia arqueológica, siendo el primer arqueólogo que plantea el análisis de os restos faunísticos aparecidos en la excavación (Bataller 1954 a; 1954 b). Es a partir de ello, que Maluquer de Motes infiere para Cortes de Navarra y para su planteamiento teórico general de la Edad del Hierro, aspectos sociales, políticos y económicos, que serán una información muy valiosa en el «conocimiento histórico» del poblado

El Castro de las Peñas de Oro, Valle de Zuia - Alava (1964-1971).

Descubierto en 1918 por Joxe Migel de Barandiarán, a mediados de los años 60, comienzan los trabajos de lo que podemos calificar como la segunda secuencia estratigráfica de la Protohistoria del Alto Valle del Ebro. Su interés reside asimismo en ser el poblado más septentrional excavado en la provincia de Alava (Llanos 1983).

Las excavaciones de este lugar comienzan en el año 1964 y se extenderán en cuatro campañas hasta 1967 (Ugartechea et alii 1965; 1969). La última publicación sobre los trabajos en este yacimiento salen a la luz en 1971 (Ugartechea et alii).

El planteamiento de la excavación resulta especialmente novedoso porque plantea por primera vez una excavación, no como un «vaciado de yacimiento», sino como un sondeo secuencial del mismo. Se excava en tres puntos distintos que se denominaron Escotilla I, Escotilla II y Escotilla III.

La estratigrafía general, que se obtiene, contempla tres fases bien diferenciadas (Llanos et alii 1983; Ruiz Zapatero 1983-85:593):

— Fase I (750 -650 a. C)(13): El siglo IX a. de C. (Bronce Final).

— Fase II (650-550 a. de C.): Sería el momento probable de la introducción del hierro en el poblado (Ruiz Zapatero 1983-85: 595)

— Fase III (550-400/350 a. de C.): Dividida en tres subfases, representa el momento final del poblado y en el que aparece la estructura de una cabaña circular.

El estudio de este yacimiento, supone un avance definitivo en el comienzo del desarrollo de las excavaciones arqueológicas secuenciadas. Empieza a observarse un interés metodológico, que permitirá en cierto modo realizar inferencias de carácter económico. La realización del estudio faunístico del lugar (Altuna 1965), van a permitir en gran medida ese desarrollo, que desgraciadamente no se continuará en el resto de las demás provincias, salvo algunas excepciones, fundamentalmente llevadas a cabo en la misma provincia de Alava, hasta fines de la década de los 80.

— La década de los 70

La introducción de la metodología de excavación de Wheeler, va a comenzar a marcar, durante esta y la siguiente década, la línea metodológica a seguir en las distintas excavaciones. Es por ello que comenzamos a observar un buen número de ellas, con un claro sentido diacrónico, en las que se observa un predominio del interés secuencial y del desarrollo temporal.

Castillo de Henayo, Alegría/Dulantzi-Alava (1969-1975).

Situado al borde de la llanada Alavesa, en el término municipal de Alegría-Dulantzi, es éste un yacimiento, de unas 2 Ha. «de superficie habitada» (Llanos et alii 1975), que ya es conocido desde antiguo.

El Castro de Henayo junto con el de las Peñas de Oro van a ser dos hitos importantes en el desarrollo de la investigación de la Edad del Hierro en Alava y en geneyal de toda la zona más septentrional del Valle del Ebro. Del mismo modo que Cortes, es punto de referencia obligada en el estudio de los comienzos del primer milenio en esta región.

La metodología que parece observarse en los trabajos realizados, es fundamentalmente la misma a la utilizada en Oro (cuadrícula), excavándose finalmente en cuatro de ellas de 4 x 4 m. de lado. Asimismo, se comienza a entrever un interés de carácter espacial, que lleva a la estricta delimitación del yacimiento como unidad de trabajo. Existe un estudio previo para la selección del lugar de excavación, que tiene como fin el conseguir una secuencia con ga-

(13) Seguimos aquí las fechaciones dadas por el Dr. Ruiz Zapatero (1983-85) en su tesis doctoral

rantías. Es con la realización de estas excavaciones cuando comenzamos a asistir a una inquietud por la reducción de los m³ excavados y a un mayor interés por los muestreos.

Este yacimiento presenta una interesante secuencia estratigráfica, paralelizable en cierto modo, según sus excavadores con la de Oro y algunas fases de Cortes de Navarra y que pasamos a describir someramente (Llanos et alii 1975: 97-165):

— Nivel I: Capa superficial de revuelto de unos 20 a 30 cm. de profundidad.

— Nivel II: Son los niveles del momento final del poblado. se distinguen dos fases IIa y IIb, siendo la primera de ellas la más reciente (siglo IV a. C.), mientras que en la segunda (siglo V-IV a. C.) sería el momento de la aparición del hierro en el lugar. Por lo demás la diferenciación de ambas subfases parece estar basada en la diferenciación formal de la cerámica.

— Nivel III: En él podemos apreciar tres fases estratigráficas:

Nivel III a: Datado en torno al siglo VI a.C. (Llanos et alii 1975; Ruiz Zapatero 1983-85: 589-590). Esta fase, según sus excavadores fue destruida por un incendio (Llanos et alii 1975: 122).

Nivel IIIb: Enmarcado según Llanos y su equipo (1975:190-193) y Ruiz Zapatero (1983. 85:588-589) entre los siglos VII-VI a. de C.

Nivel IIIc: Corresponde al primer asentamiento del poblado. Datado por fósiles directores como decoraciones incisas, acanaladas, excisas y grafitadas dentro del siglo VIII. Este extremo además es consolidado por la datación de C-14 obtenida para esta fase (Llanos et alii 1975: 188-190; Ruiz Zapatero 1983-85: 586-588).

En cuanto a los análisis realizados se han hecho los pertinentes de granos, frutos y restos vegetales (Llanos et alii 1975: 205-206), además de los de la fauna de los mamíferos, éste último llevado a cabo por el Dr. Jesús Altuna (1975: 213-219).

Se han realizado análisis de C-14, primeramente en el laboratorio de geocronología del Instituto de química Física «Rocasolano», siendo posteriormente requerida otra datación de C-14 del sobrante de una de las muestras, al laboratorio Teledyne Isotopes de New Jersey (EE UU), para confirmar o corregir las obtenidas por el laboratorio anteriormente citado (14) (Llanos et alii: 1975: 206-208 y 212).

Todos estos análisis indican un interés en el conocimiento de los modos de vida y los procesos económicos del lugar, así como la secuencia cronológica del mismo.

El Castro de Berbeia, Barrio - Alava (1972-1975).

La finalidad de la excavación en este lugar, tal y como plantean sus investigadores (Agorreta et alii 1975: 221), es el conseguir una secuencia estratigráfica más para la Edad del Hierro en Alava. Creo importante destacar este hecho porque nos refleja un nuevo modo de pensar, que introducido ya en los años sesenta, contempla además de las preferencias secuenciales y el conocimiento diacrónico del yacimiento, la necesidad de preservar el patrimonio arqueológico de su destrucción, entendiéndolo, de este modo, la excavación de un yacimiento como un elemento más que lleva a esta circunstancia. Con ello, terminarían en gran medida los trabajos del vaciado de yacimientos, y se tendría en cuenta al muestreo como elemento representativo de un todo.

(14) Ver capítulo referente a dataciones radiocarbónicas.

Este yacimiento tiene como características más destacables su altura (850 m. s.n.m..) y su difícil situación orográfica. Además está muy próximo a la Meseta.

Los trabajos desarrollados en él, se reducen a una campaña durante el año 1972. En esta, utilizando la metodología de la cuadrícula Wheeler, se abren dos sectores: el I y el II, de unos 75 y 9 m² de superficie excavada respectivamente.

El Sector I, presenta una potencia de entre 30 y 35 cm., mientras que en el II se han determinado cinco niveles (I-V) con 220 cm de potencia (Agorreta et alii 1975: 252). De estos cinco niveles de este sector, el I sería correspondiente a momentos Medievales y Romanos.

Es a partir del II que encontramos los primeros vestigios del Hierro que son estudiados de modo comparativo con los de otros yacimientos. La presencia de restos constructivos de planta oblonga u ovalada en un primer momento y rectangular (15) posteriormente, permiten a los autores de la publicación de 1975, datar los comienzos de este yacimiento en momentos anteriores a la llegada del Hierro, probablemente en el siglo VI a. de C (Idem: 290).

En definitiva la realización de este estudio ha permitido a sus autores realizar algún tipo de inferencias de carácter social, que ponen en relación este lugar con otros yacimientos del mismo momento de la cercana Meseta. Por lo demás el interés de estudio en el castro de Berbeia es casi estrictamente secuencial y su fin ha sido el de delimitar un mejor conocimiento de la Edad del Hierro en Alava.

— La década de los 80 y los comienzos de los 90.

Es durante estos años que comenzamos a asistir a un importante aumento cuantitativo de los trabajos de campo, generalizándose de un modo general las excavaciones con un criterio secuencial. Si hacemos una breve revisión de la situación general del desarrollo de la arqueología, observamos que es durante estos años cuando se comienza a poner en entredicho los planteamientos que la «New Archeology» había venido desarrollando durante la década de los 70. Una vez superada la discusión epistemológica sobre la cientificidad de la arqueología, y que son clara consecuencia de los planteamientos que desarrolla las nuevas tendencias arqueológicas, la discusión general va a estar orientada hacia el método específico, que como tal debe desarrollar esta ciencia.

Las excavaciones del Alto Valle del Ebro, en cierto modo al margen de todo este tipo de corrientes, van a ir paulatinamente incorporando las novedades científicas que se van desarrollando en los estudios arqueológicos: Se multiplican considerablemente las dataciones radiocarbónicas, se generalizan los análisis de fauna(16), y comienzan los de polenes y botánica en general.

Entre las excavaciones existentes destacamos las siguientes:

La Hoya, Laguardia/Biasteri - Alava (1973-1990).

Es conocido este lugar desde su descubrimiento en 1935. En este yacimiento se han venido realizando numerosas campañas de excavación, que a partir del 1973 son continuadas periódicamente bajo la dirección de Armando Llanos hasta el año 1990.

(15) Estos primeros restos constructivos son relacionados con los aparecidos en Oro y Henayo (Agorreta et alii 1975: 249).

(16) Sobre este tipo de análisis, debemos destacar el carácter «pionero» que tienen los trabajos realizados en el Alto Valle del Ebro por Batailer Cortes y Altuna en Oro y Henayo.

Enclavado en un llano, entre la Sierra de Cantabria y el río Ebro, tiene una extensión aproximada de unas 4 Ha.

La excavación de este yacimiento plantea tanto el conocimiento de su desarrollo diacrónico como sincrónico. A medida que van desarrollándose los trabajos de La Hoya, se plantea la necesidad del estudio microespacial del yacimiento, tomando como unidad de trabajo los recintos y casas que van apareciendo. El planteamiento de excavación se organiza en tres sectores diferenciados: El Sector I tendría como objeto el conocimiento en extensión del poblado celtibérico. El sector II, pretende cubrir el estudio de las ocupaciones indoeuropeas. Y finalmente el III el conocimiento del poblado más antiguo que se asienta sobre la roca (Llanos 1981/82-1987). La intensidad de las excavaciones en este lugar, ha permitido distinguir tres niveles estratigráficos (A-C) en lo que se distinguen cuatro fases (I-IV) y que irían del Bronce Medio a la II Edad del Hierro (Llanos 1983). En el primero de ellos (el nivel A) pertenecería al momento «celtibérico» y los dos restantes el B y C al «preceltibérico». Las fases históricas que se han inferido en el desarrollo de este poblado serían (Llanos1981/82- 1987):

Poblado HOYA C - Asentamiento del Bronce Medio y Final. Fase IV de la estratigrafía

Poblado HOYA B - Bronce Final de carácter continental y posterior desarrollo del Hierro antiguo y Medio. Es continuación de la anterior. Fases III y II respectivamente

Poblado HOYA A - poblamiento celtibérico. Fase I

El completo conocimiento de este yacimiento viene avalado, además de por las numerosas campañas de excavación realizadas, por la importante cantidad y diversidad de análisis y experimentaciones realizadas (todavía algunos de ellos permanecen inéditos). Entre ellos caben destacar análisis de pólenes, paleocarpológicos, paleontológicos (Altuna y Mariezkurrena 1983), antropológicos, de C 14, prospección geofísica por resistencia eléctrica de suelos (González de Durana y Llanos Acebo 1988), así como experimentaciones cerámicas. Todos ellos, junto a la visión diacrónica, sincrónica y de la compartimentación del espacio obtenidas de la excavación de las casas como unidades microespaciales y del poblado en sí, están permitiendo comenzar a desarrollar importantes inferencias en el conocimiento socio-económico y cultural.

La Hoya y El Alto de la Cruz, por sus trabajos y calidad en los análisis inferenciales, son dos referencias ineludibles para el conocimiento de la Protohistoria del Alto Valle del Ebro, que sin embargo están pendientes de sus estudios definitivos.

El Castillar, Mendavia - Navarra (17) (1977-1986).

Muy cercano al río Ebro y con unas 3 Has. de superficie, se localiza este cerro amesetado el cual ha sido objeto de diversos trabajos de excavación. Comenzados éstos en el año 1972 por Rafael García Serrano (Castiella 1977: 107), no van a tener una continuidad hasta 1977, año en el que la Dra. Castiella asume la dirección de los trabajos del lugar (Castiella 1979), y que continuará con las campañas de 1980, 1981 y 1982 que tienen su fin con la publicación de una memoria y estudio de los materiales y estructuras localizadas en estos años (Castiella 1985), y un artículo (Castiella 1985-86) sobre aspectos generales del yacimiento.

(17) Los datos obtenidos sobre este yacimiento están sacados, además de las publicaciones citadas de la Dra. Amparo Castiella, de comunicaciones personales de la misma, a quien agradezco su aportación.

En cuanto a la metodología se refiere, es utilizada la cuadrícula Wheeler como base de los trabajos. Los pasillos que queden entre los distintos cuadros en algunas ocasiones se retiran si la necesidad «de los propios hallazgos» obliga a ello (Castiella 1985:67). Es por lo tanto evidente la existencia de un especial interés por el conocimiento de la secuencia temporal del lugar.

Durante estos años que dura la investigación, se obtiene una secuencia estratigráfica con distintos niveles, que su investigadora sitúa cronológicamente en momentos del Bronce Final y el Hierro I. La estratigrafía arqueológica obtenida en este lugar, está fundamentada en las evidencias materiales que aparecen. De este modo, se aprecian seis niveles (A-F) en los que podemos destacar como más indicativos, por se los dos de ocupación, el nivel inferior (F)(18) (detectable a partir de los 2,60 m. de profundidad, y que corresponde a momentos del Bronce Final), y el nivel B (perteneciente a la Edad del Hierro y que presenta la estructura de una casa rectangular que la Dra. Castiella paraleliza con las existentes en Cortes)(Castiella 1979). Posteriormente a los resultados de esta primera publicación, se aprecia en el Castillar una secuencia general estratigráfica, de hasta 3 m. de potencia, en la que se han diferenciado la existencia de tres poblados superpuestos (PI, PII y PIII)(Castiella 1985: 123): El poblado que mejor se conoce es el PIII, puesto que al estar situado en la parte superior de la estratigrafía, es en el que más extensión se ha excavado. Del PII, quedan algunos vestigios que van desapareciendo a medida que nos acercamos al PI (El poblado de los tres que menos se conoce).

En cuanto a los distintos análisis realizados en el yacimiento, apreciamos un especial interés por el estudio de las evidencia cerámicas y sus fuentes de suministro. Es por ello que, además de hacerse un profundo estudio de laboratorio de las cerámicas exhumadas, se encarga la realización de un análisis de tierras. Por otro lado Koro Mariezkurrena se encarga del análisis de los restos faunísticos del yacimiento (Mariezkurrena 1986) y la Pilar López de los polínicos.

Como un apéndice a todo lo dicho sobre este yacimiento, debemos anotar que en 1991 la Dra. Castiella vuelve a los trabajos de excavación de este yacimiento. El objetivo que se plantea en un principio es el de tener un mejor conocimiento del poblado del Bronce Final, así como del estudio sincrónico del yacimiento.

Partelapeña, El Redal - La Rioja (1979-1987)

Este yacimiento, paradigmático desde hace años por las cerámicas excisa localizadas en él, se trata de un poblado situado en un cerro amesetado. Ha sufrido varias campañas de excavación, tanto en los años 30 (Taracena 1940), como 40 (Fernández Avilés 1956; 1959). De éstas, tenemos toda una gran colección de materiales descontextualizados, consecuencia de no haber sido publicados los resultados de las mismas (Castiella 1977: 129; Ruiz Zapatero 1983-85: 568).

A partir de 1979 se emprenden los trabajos de excavación en el lugar que, dirigidos por Alvarez Clavijo y Pérez Arrondo, continúa hasta 1983. Los resultados de éstos salen a la luz algunos años después (Alvarez y Pérez 1987).

(18) Tomado de Ruiz Zapatero (1983-85: 566). Sobre este el, el Dr. Ruiz Zapatero se muestra un tanto escéptico en aceptar por ahora la importancia de este nivel por «estar localizado en un sector del área excavada y sin relación con estructura de habitación presenta materiales poco representativos».

Los trabajos van a consistir en la realización de sondeos que nos den una secuencia estratigráfica y nos permita acercarnos a la realidad material del lugar. De este modo se distingan 4 niveles de ocupación durante el Bronce Final- Edad del Hierro (Niveles I-IV) y que estén fundamentados en unidades estructurales (casas) y en los materiales aparecidos en ellos (Alvarez y Pérez 1988).

La preocupación del conocimiento estratigráfico del yacimiento, se observa claramente en la metodología utilizada en él: Se realizan sondeos en distintos puntos del mismo, se estudia el material cerámico desde el punto de vista formal y el único análisis que se realiza es el de C-14.

Moncín, Borja - Zaragoza (1979-1987)

Se trata de un poblado al aire libre, que entre otros momentos, presenta una importante presencia de elementos situados entre el Bronce Tardío y Final. Este yacimiento situado en la Muela de Borja (Prov. de Zaragoza), muy cercano en el espacio al poblado de Cortes de Navarra, ha contado con cuatro campañas de excavación (años 1979 a 1982), siendo su publicación definitiva la de 1987.

A lo largo de estas cuatro campañas se abren un total de diez cortes (I-X), de tamaños distintos (condicionado esto por la misma orografía del yacimiento) y cinco catas de 2 x 1 ó 2 x 2 (A-E) (Harrison et alii 1987:15; Moreno y Andrés 1987: 61).

Harrison y su equipo de colaboradores, presentan en este yacimiento una secuencia estratigráfica que nos parece algo confusa. En ella hemos podido apreciar incluso alguna contradicción. Esto ocurre por ejemplo al definir en un momento la Fase I como romana y posteriormente considerarla del Bronce (Harrison et alii 1987: 19 y 84). Anota la existencia de dos Fases, una de momento romano (Fase I) y la otra del Bronce Tardío y Final (Fase II) :

La Fase II que es la que en estos momentos nos vamos a centrar, se subdivide en tres subfases, llamadas «etapas de actividad» y que podemos observar claramente en los Cortes III y especialmente en el I:

— Fase II A - Según los mismos autores, pertenecería al Bronce Final (c. 950-900 a. de C.), correspondiéndose de este modo, con la fase antigua de los Campos de Urnas.

— Fase II B - Pertenece al nivel correspondiente a los silos con sus correspondientes rellenos. Se aprecia en ella hasta diecisiete niveles que se engloban dentro de dos «etapas estratigráficas».

— Fase II C («matriz») - Estaría compuesto por gruesas capas de adobe sobre los los que se excavaron los silos de II B. Por debajo hay restos de muro sin excavar aún.

Estas dos últimas Fases, con una datación cercana al 1100-950, pertenecerían según estos mismos autores, al horizonte Cogotas I (Idem: 99).

El estudio más completo y exhaustivo de los que se realizan en Moncín es el de la industria cerámica. Esto posiblemente quiera ser como en la mayoría de las excavaciones un reflejo de la realidad material cuantitativa del yacimiento, pero a su vez va a ser la argumentación cerámica la que lleve a hablar de la existencia del «Bronce Tardío» diferenciado de un Bronce Final y que en general plantearía la siguiente argumentación: En el estudio de la tipología cerámica encontrada en Moncín, observamos que sus formas son más o menos homogéneas. Pero de todos modos, existirían diferencias evidentes entre las Fases II C y II B con las del II Ay I.

Una una vez puestos en relación cerámicas y estratos, realizados los pertinentes análisis científicos, se determinan las base sobre las que fundamentar las inferencias de carácter funcional. Estas, según ellos, vendrían a reafirmar la existencia de ese horizonte del Bronce Tardío de Moncín (Fases IIB y IIC), que fundamentado en las argumentaciones de Almagro Gorbea (1977) y las definiciones de este mismo periodo para Andalucía (Schubart 1971; Molina y Arteaga 1976), paralelizan con el Horizonte Cogotas I (Harrison et alii 1987: 84; 99). Por otro lado, y desde esta misma base, distinguen un segundo horizonte que pertenece al Bronce Final (Fases I y IIA) y que se correspondería con la «Fase antigua de los Campos de Urnas» del siglo XI-X.

Entre los objetivos que se presentan en esta excavación, está fundamentalmente el del estudio de la paleoeconomía del lugar, como principal instrumento de conocimiento. Se realiza para ello, análisis de semillas y plantas carbonizadas, recogidas mediante la técnica de «espuma flotación», siendo posteriormente «separadas e identificadas» en el laboratorio Harrison et alii 1987). Asimismo no se especifica si existe algún tipo de análisis polínico, o si sólo existe una identificación visual de semillas. Se realiza también análisis faunísticos, que hecho por los mismos excavadores, explica la gran importancia de los restos óseos de este yacimiento fundamentalmente por su cantidad y calidad de conservación.

MONCIN	Bronce Tardío = Horizonte Cogotas I	Bronce Final = C.U. Antiguos
Fase	II B y II C	I y II A
Cronolog.	Siglo XI	Siglo XI - X
Fósiles directores	Boquique Inciación Impresión Estampillado Pintado Incrustación	Excisión

Cuadro 6: Elementos definidores, según Harrison et alii 1987, del Bronce Tardío y Final a partir de las campañas de Moncín.

Son realizados análisis metálicos por el Dr. P. T. Craddock (Research Laboratory del Museo Británico de Londres) que estudia trece piezas sacadas de «contextos bien fechados del Bronce Tardío» (Harrison et alii 1987: 71-72). También se realizan análisis de huellas de uso de los útiles de sílex (fundamentalmente elementos de hoz) localizados en este mismo yacimiento (Harrison y Meeks 1987). Por otro lado, además de los consabidos análisis formales cerámicos, el Dr. I. Freestone (R. L. B. M. L.) es el encargado de la realización de los análisis petrológicos de la industria cerámica de Moncín (Harrison et alii 1987: 80-83). Finalmente R. Burleigh (1983) ha realizado los análisis de C-14 de este yacimiento con resultados que analizaremos en el apartado correspondiente a «las dataciones radiocarbónicas» (Idem: 38).

La diversidad de análisis y experimentaciones funcionales realizadas en Moncín, hacen de este yacimiento un ejemplo metodológico a seguir. Sin embargo, creemos que las distintas inferencias económicas que aquí se llevan a cabo, no tienen una sólida base de apoyo: Presuponer para el pasado las mismas condiciones ambientales que en la actualidad, y considerarlas además como determinantes, condiciona en gran modo el desarrollo y resultados de la investigación.

Por otro lado observamos que existe un excesivo interés por conocer casi exclusivamente el desarrollo diacrónico del lugar con el fin de justificar la existencia del «Bronce Tardío» en

el Valle del Ebro, que hubiera sido a nuestro entender, mucho más esclarecedor si se hubiera planteado una excavación con este nivel de intensidad en extensión.

Los Castros de Lastra, Caranca - Alava (1979-1991) (19)

Situado a 830 m. de altura s.n.m., presenta una amplia extensión de 15 Ha. El primer planteamiento con el que se aborda los trabajos de excavación en este yacimiento, está orientado hacia un conocimiento de su secuencia estratigráfica en las distintas zonas del mismo. Para ello se abren catas en distintas zonas del mismo, observándose la existencia de niveles de ocupación que desde el Bronce Final llegan hasta momentos medievales, con la ausencia de poblamiento o utilización durante momentos romanos (Sáenz de Urturi 1981/82-1990).

Al igual que en el poblado de la Hoya, y debido principalmente a la gran extensión del yacimiento, este yacimiento se divide en zonas. En algunas de ellas los trabajos se reducen a simples sondeos, mientras que en otras se abre en extensión. El método de trabajo de excavación consiste en la implantación de una cuadrícula variable en el tamaño que a su vez se subdivide en cuadrículas de actuación más pequeñas de 1x1 m de lado.

La extensión del lugar y su intensa ocupación, hace que el comportamiento estratigráfico de un lugar a otro sea variable. De todos modos el desarrollo cronológico de la secuencia general del yacimiento, basada fundamentalmente en el conocimiento de la misma en la zona II, se estructuraría en ocho niveles (I-VIII) que irían desde momento medieval hasta un Bronce antiguo.

La configuración y construcción de este armazón estratigráfico ha sido una tarea prioritaria en los trabajos de los Castros de Lastra. Para ello se han necesitado 17 campañas de excavación en las que se han ido corrigiendo año a año distintos matices. La cercanía de este lugar a la Meseta y el interés por el conocimiento de un importante poblado de la II Edad del Hierro fueron, quizás, los primeros objetivos en plantearse a la hora de comenzar la excavación de este yacimiento. A pesar de ello el interés por el estudio de los Castros de Lastra, se ha ido centrando en el conocimiento de su desarrollo y evolución cultura a través de los distintos momentos que fue habitado.

Citar que en cuanto a los análisis realizados en este yacimiento, sólo tenemos constancia de los de C-14.

El Alto de la Cruz, Cortes - Navarra (1983-1991).

Los trabajos en el Alto de la Cruz se reemprenden en el año 1983 «con el fin de revisar los resultados de los años 50. Para ello se excavan los niveles inferiores del poblado» (Maluquer de Motes et alii 1986: 111). Se realizan cuatro campañas (1983, 1986, 1987, 1988) recogidas en tres publicaciones (Maluquer de Motes 1985; Maluquer de Motes et alii 1986; 1990), continuando en la actualidad los trabajos de excavación. En sí, las publicaciones presentadas hasta el momento no han logrado superar la secuencia y los planteamientos presentados por Maluquer en 1958.

(19) No habiendo sido redactada todavía la memoria definitiva de los estudios realizados en este yacimiento, nos vemos obligados a tomar la información de los sucintos artículos publicados anualmente en *Arkeoi-kuska*, por lo que el conocimiento de los análisis realizados nos queda supeditado a la información que nos proporciona esta revista, que por otro lado es la que sigue.

Sobre la metodología utilizada en los trabajos de este yacimiento, podemos apreciar que ha variado sustancialmente. Se plantea por primera vez la excavación de un yacimiento en extensión desde un básico criterio microespacial. Para ello se han considerado las casas como unidades fundamentales de trabajo. El desarrollo durante estos últimos años de la ciencia arqueológica y las posibilidades de inferencia que ella conlleva, ha sido quizás la principal razón por la que se ha reanudado la investigación de Cortes. Esto se ve reflejado en los numerosos y variados análisis que en su estudio se realizan:

— Paleocarpológicos y de restos arbóreos realizados por Carme Cubero (Maluquer de Motes et alii 1986; 1990).

— Metalúrgicos sobre elementos del Bronce tanto del «Alto de la Cruz» como comparativamente de «La Atalaya» y de «La Torraza de Valtierra». Han sido realizados en el servicio de espectroscopia de la Universidad de Barcelona (Maluquer de Motes et alii 1990:145-172).

— Un análisis faunístico realizado por Jordi Nadal Lorenzo con los materiales óseos de la campaña 4/1988 (Idem 173-198).

— Paleontológico de los restos infantiles del «Alto de la Cruz» enterrados bajo las casas, que son encargados a un equipo formado por investigadores pertenecientes al Museo Arqueológico de Barcelona y de la Universidad de Barcelona (Idem 219-243).

— Indicar finalmente, que también se han realizado estudios sobre los materiales líticos, se ha elaborado una tipología cerámica basada en los materiales aparecidos en el lugar (Idem 49-143) y que se está a la espera de los resultados del C-14.

A pesar de los muchos análisis realizados, todavía no se ha realizado en las publicaciones de estos últimos años un esfuerzo inferencia que supere lo propuesto por Maluquer en los años 50. La presentación de estos análisis es por ahora estrictamente descriptiva, basada en la teoría de la ciencia por la ciencia sin ningún desarrollo más. De este modo todavía siguen vigente las fases y subfases cronológicas propuestas por Maluquer de Motes, así como sus interpretaciones sobre los modos de vida y la reconstrucción históricas del Alto de la Cruz (1954 y 1958). Además, hoy día son punto de referencia obligada para la investigación de este mismo yacimiento y el de todos los estudiados hasta el momento en el Alto y Medio Valle del Ebro.

Sansol, Muru-Astrain - Navarra (1987-1988).

Es dado a conocer por Ana M.^a de la Cuadra Salcedo en 1962, se trata de un cerro amesetado situado en plena Cuenca de Pamplona, muy cercano en la distancia al de Leguin (Et-xauri). El profesor Alejandro Marcos Pous en 1971 fue el primero en iniciar trabajos de excavación en este lugar abriendo cuatro «zanjas» de 2 x 2 m. con el fin de conocer su potencia estratigráfica (Castiella 1977: 23-24). Posteriormente la Dra. Amparo Castiella vuelve a este yacimiento en los años 1987 y 1988. En el primero de ellos se excava una superficie aproximada de unos 130 m².

Este asentamiento presenta, según Castiella (1988), una potencia estratigráfica de entre 80 y 130 cm. Divide los trabajos en tres sectores diferenciados, que aportan tres niveles estratigráficos.

Dentro del estudio general de Muru - Astrain (Castiella 1988) podemos observar que el estudio de las evidencias cerámicas es prioritario.

Entre los distintos análisis realizados debe señalarse el de fauna realizado por el Dr. Pedro Castaños (Castaños 1988) y el de C-14, al que la Dra. Castiella por su desconcertante re-

sultado, si lo relacionamos con las evidencias cerámicas del lugar, no considera como válido (Castiella 1988). También hay realizado un análisis metálico de un bocado de caballo de hierro aparecido en este lugar y que presenta un alto contenido en azufre. Esto, al parecer, nos indicaría la existencia de una tecnología metalúrgica del hierro poco desarrollada en relación al momento romano, pero no se especifica a qué momento del Hierro podría pertenecer. Este, sería, según Castiella, un argumento más para considerar a este polémico sector B del yacimiento como dentro de la Edad del Hierro (Idem: 158). El inusitado interés por contextualizar dentro de uno u otro periodo la necrópolis aparecida en Muru - Astrain ha desviado el interés de los investigadores y no se han realizando, hasta este momento, ni inferencias de carácter económico, social ni cultural.

Monte Aguilar, Bardenas Reales - Navarra (1988-1991)(20)

Creo de gran interés citar este yacimiento que aún en fase de estudio, está aportando importantes novedades.

Situado en el mismo límite provincial de las provincias de Zaragoza y Navarra, no muy lejos de Cortes de Navarra y de Moncín, es un elevación que cuenta con un gran dominio visual de la zona.

Excavado entre los años 1988 y 1991, su objetivo más inmediato es el de conocer su desarrollo diacrónico. Para ello, se han realizado trabajos orientados a obtener una secuencia estratigráfica en dos sectores del mismo yacimiento (Sector A y B) y al pie del mismo, tomándose como metodología de trabajo la cuadrícula de 1 x 1 m.

Con una importante potencia estratigráfica, aparece en el lugar una cultura material muy parecida a la encontrada en Moncín, por lo que según su excavador (Jesús Sesma), este lugar presentaría una secuencia cronológica desde el «Bronce Medio» hasta posiblemente el «Bronce Final» pasando por una importante fase de «Bronce Tardío».

Entrando ya en la descripción de los resultados de los trabajos de excavación aquí realizados, indicar que en el sector A se abre una cata con una extensión de 6 x 6 m, presentan una potencia estratigráfica considerable que oscila entre los 3,30 y 1,80 m. Con una gran cantidad de pequeños niveles. Su excavador distingue cinco fases bien diferenciadas y que están pendientes de valoración cronológica.

En el sector B, se ha excavado en una extensión de 6 x 5 m. Presenta una potencia máxima de 1,30 m. y una mínima de 0,60 m. Han sido observándose en este sector nueve niveles y tres fases claras. Este sector, aún en proceso de estudio, presenta una gran dificultad interpretativa por los procesos erosivos tan grandes que ha sufrido, pero parece apreciarse claramente que se trata de un grupo o grupos, que como en la fase VII, viven sobre la roca.

El sondeo realizado a pie de yacimiento, ha permitido observar, según su excavador, una cultura material perfectamente in situ, y que idéntica a la de la Fase II del Sector A, correspondería a un momento tardío del poblamiento de este lugar.

Dentro de los trabajos de este lugar se han hecho varios tipos de análisis. Por un lado, se han tomado muestras de C-14 (en todas las fases del sector A y de los niveles VIII y IX del sector B). Asimismo se han realizado análisis de fauna, de pólenes, paleocarpológicos y an-

(20) Debo agradecer a Jesús Sesma Sesma la aportación desinteresada de datos, aun no publicados por él, sobre la excavación de Monte Aguilar y las prospecciones realizadas junto con M.^a Luisa García García en las Bardenas Reales de Navarra, y que son objeto de sus investigaciones para la realización de sus respectivas tesis doctorales.

VAC	EXT.	METODO	ANALIT.	CAMPAÑAS	BIBLIOGRAFIA	FASES / ESTRATIGR.
Alto de la Cruz	0,75 Ha.	Extensión estratigráfica micra (a partir de los 80)	Fauna Botánicas antropolog. metalurg.	1948-1957 1983 1986-1988 1991	Maluquer 1954 Maluquer 1958 Maluquer et alii 1990	PIII (850-700) PII (700-550) PI (550-350)
Castro de las Peñas de Oro		Cuadrícula wheeler por zonas	Fauna	1964-1967	Ugartechea et alii 1965 Ugartechea eta alii 1969 Ugartechea et alii 1971	Fase I (750-650) Fase II (650-550) Fase III (550-400/350)
Castillo de Henayo	2 Ha.	Cuadrícula Wheeler	Fauna botánicas C14	1969-1970	Llanos 1970 Llanos et alii 1975	Nivel III c (s. VIII) Nivel III b (s. VII-VI) Nivel III a (s. VI) Nivel II b (s. VI-V) Nivel II a (s. IV)
Castro de Berbeia		Cuadrícula Wheeler por sectores		1972	Agorreta et alii 1975	
La Hoya	4 Ha.	Exc. en extensión. Análisis micro prospección geofísica	Fauna Botánicas Antropol. C14	1973-1990	Llanos 1981/82-1987 Llanos 1988	Fase I (fin Br. Medio) Fase II (Hierro Antiguo) Fase III (Hierro Medio) Fase IV (Celtibérico)
El Castillar de Mendavia	3 Ha.	Cuadrícula Wheeler y secuencia estratigráfica	Fauna Botánicos	1972 1978 1980-1982 1991	Castiella 1979 Castiella 1985 Castiella 1986-87	PI (Bronce Final) PII (Hierro) PIII (Hierro)
Partelapeña		Sondeos en distintos lugares		1935 1945 1979-1983	Taracena 1940 Fernández Avilés 1959 Alvarez y Pérez 1987 Alvarez y Pérez 1988	
Moncin	8 Ha.	Sondeos con catas y cortes estratigráficos	Fauna Botánicos C14 Metal Petrolog. Experm.	1979-1982	Harrison et alii 1981 Harrison et alii 1987 Moreno 1985 Moreno y López 1987	Fase II c (1100-950) Fase II b Fase IIIa (950-900)
Los Castros de Lastra	15 Ha.	Catas en extensión y estratigráficos en distintas zonas	C14	1979-1991	Sáenz de Urturi 1981 / 82-1990	Nivel I, II y III (Medieval) Nivel IV (II E. del Hierro) Nivel V (I-II E. del Hierro) Nivel VI (I E. del Hierro) Nivel VII (Br. Final Hierro I) Nivel VIII (Br Antiguo)
Muruastain		Zanjas en tres sectores	C14 Metálicas Fauna	1971 1987-1988	Castiella 1975 Castiella 1977 Castiella 1988	Nivel I Nivel II Nivel III
Monte Aguilar		Cuadrícula general del yacimiento y catas en tres sectores	Fauna Botánicos C14	1988-1991	Sesma 1991	En estudio su adscripción cronológica

Cuadro 7: Sinopsis de la metodología y resultados estratigráficos de las principales investigaciones en yacimientos protohistóricos en el Alto Valle del Ebro.

tracológicos. Además se están realizando en estos momentos el estudio cerámico de las Fases II y III del sector A.

2.3. De la analítica a la inferencia.

El diferenciar los trabajos estrictamente analíticos de los inferenciales, nos puede llevar a pensar en la necesidad de separar distintos campos de investigación que en muchas oca-

siones se solapan y complementan. Ruiz Zapatero (1991), ha distinguido ambos campos de acción, y define que el primero de ellos (la analítica), ha estado centrado en los estudios tipológicos, los métodos de cuantificación y las técnicas de datación. Hoy día, estos dos últimos, están experimentando un importante desarrollo técnico, pero por otra parte, se están planteando, en algunas ocasiones como fines en sí, perdiéndose de este modo su valor en los aportes científicos.

La importancia que ha venido desarrollando el estudio de la cultura cerámica per se, no ha permitido desarrollar excesivas teorías interpretativas tanto de carácter social como económicas. El desarrollo inferencial ha quedado en cierto modo reducido a un grupo de investigadores que han intentado salirse de lo estrictamente material, siendo paradójicamente Bosch Gimpera, Almagro Basch y J. M. Barandiarán entre otros, los que realmente más arriesgaron en este aspecto, permitiendo con ello el desarrollo más importante que ha experimentado la investigación arqueológica de nuestro entorno. En su amplia visión de conjunto del estudio de Cortes de Navarra, también Maluquer de Motes es uno de esos primeros investigadores, y casi de los únicos para los años 50, en plantear este tipo de inquietudes. Podríamos incluso afirmar que es uno de los primeros investigadores peninsulares en abordar un planteamiento de estudio de carácter local. De este modo, el yacimiento de Cortes le sirve de base para toda una serie de estudios, que van desde ensayos teóricos de la estructura de la comunidad de este lugar, a la evaluación de factores de «realización o estímulo», por los contactos de los grupos sociales, o un simple cálculo poblacional del yacimiento de el «Alto de la Cruz» (Maluquer de Motes 1958: 139-143). Es del mismo modo interesante ver como apunta en sus teorías el indicio de existencia de la propiedad privada en este lugar (Idem: 143).

Políticamente, y basándose en los sistemas y disposiciones constructivas de Cortes, evidencia la necesidad de una autoridad «individual o colectiva». La realización de trabajos de embergadura, como por ejemplo la construcción de la muralla de adobe que rodea el poblado, supondría según Maluquer de Motes, la necesaria presencia de esa autoridad con un fin de ordenativo.

Socialmente identifica, diferenciaciones sociales que se originarían según él, a partir del Pllb (650 -550 a. de C.). Existe un ahondamiento en la diferenciación social, marcada fundamentalmente por el contacto de profesiones como la de guerreros y metalurgistas con otras poblaciones (Idem: 144).

El escaso conocimiento de los lugares de enterramiento ha retrotraído a los investigadores a realizar más inferencias de carácter político o social. Sin embargo el conocimiento de los poblados y su distribución espacial, ha permitido la realización de algún otro tipo de estudios, que desde planteamientos metodológicos cercanos a la Arqueología Espacial, han determinado una estructura jerarquizada de los yacimientos de una región concreta como es la de Treviño Occidental (Gil y Filloy 1986). También otros investigadores como Armando Llanos (1978 a) han realizado algún tipo de hipótesis sobre el poblamiento en el País Vasco delimitando, tal y como hemos anotado en el capítulo anterior, un carácter diferenciado en las distribución del hábitat. Indicar como nota final de este capítulo, que propio Harrison y su equipo (1987) desarrollan inferencias de carácter económico que analizamos más detenidamente en el capítulo referente a los análisis arqueozoológicos y paleobotánicos.

2.3.1. La cultura material como paradigma.

Afirmar que el conocimiento de Protohistoria del Alto Valle del Ebro se reduce, en muchos casos, al conocimiento de una pequeña parte de su cultura material (más concretamen-

te la cerámica), no debe resultar extraño a nadie que conozca mínimamente nuestro campo de estudio. Hemos ido viendo las secuencias estratigráficas que han podido de algún modo ir marcando una línea de trabajo coherente, sin embargo algunas de ellas han sido reducidas, en algunos casos, a la justificación de unos esquemas rígidos, tanto culturales (entendiendo aquí cultura como cultura material estrictamente) como cronológicos, sin ningún otro tipo de miras.

La definición de fósiles guía, como verdades inamovibles, viene siendo un claro objetivo de muchos investigadores. La presencia de un elemento concreto en un yacimiento, puede suponer para ellos, sin una crítica previa, una clara pertenencia trono-cultural de un lugar concreto a un macro-conjunto cultural previamente definido. En algunos casos se elaboran toda una serie de relaciones sociales, muchas veces simplistas y normalmente conectadas con otras realidades, mediante esquemas que, con un carácter difusionista, tienden a buscar paralelos más o menos lejanos. La presencia, por poner un ejemplo, de cerámicas con decoraciones excisas (entendido este motivo decorativo como un indicio de un «desarrollo tecnológico» en la elaboración cerámica) en el Norte Peninsular, ha hecho suponer durante mucho tiempo (y con el trasfondo de un cierto complejo de inferioridad por un menor desarrollo de los trabajos de investigación y de campo en relación a otras regiones y países), la evidente llegada de este elemento desde otras culturas europeas mejor conocidas. Estas, son presentadas como superiores, tecnológicamente (21) hablando, que llegan hasta estas tierras, aportando el desarrollo de éste y otros elementos novedosos. Con estos planteamientos no cabía pensar en la posibilidad del desarrollo indígena. De este modo la presencia de cerámicas con decoraciones excisas en distintos yacimientos, marcaban lo que era la ruta utilizada por estas gentes que, siempre desde el otro lado de los Pirineos atravesaba, según la teoría tradicional, el Alto Valle del Ebro hasta llegar al Norte de la Meseta.

Todo este planteamiento viene originado desde una concepción de la historia como un desarrollo unilineal, sin la existencia de una crítica a las teorías generales desarrolladas desde principios de siglo, que son continuamente aplicadas como si de una plantilla se tratara, y donde se establecen para todos los elementos tecnológicamente novedosos un único foco de origen, un canal de difusión, normalmente entendido como invasión o colonización, y la existencia de múltiples focos receptores. Algún estudio (Renfrew 1986: 182-208), aunque para otros momentos cronológicos y en relación otros aspectos culturales, ha permitido desmitificar las omnipresentes teorías difusionistas en la pre y protohistoria, presentes en la práctica totalidad de los postulados de carácter positivista, considerando y demostrando, con algún ejemplo concreto, la posibilidad de que las propias comunidades indígenas sean las que alcancen un grado de desarrollo suficiente, como para realizar sus propios procesos tecnológicos.

Además de las cerámicas excisas (Burillo en prensa), ya comentadas, han sido otros muchos los elementos que han sido definidos como «fósiles guías» en el conocimiento de los últimos momentos del Bronce y de la Edad del Hierro. Entre ellos cabe destacar las decoraciones cerámicas incisas con decoraciones llamadas de «dientes de lobo» para el «Bronce Medio y Tardío» (Aguilera 1980; Burillo Idem), las decoraciones acanaladas para los Campos de Urnas recientes (Ruiz Zapatero 1982: 48;1985) y las cerámicas grafitadas (Werner 1987-88; Sáenz de Urturi 1983; Burillo Idem) como elemento indicativo de la transición del Bronce final al Hierro I en los contextos de Campos de Urnas del mediodía Francés» (Ruiz Zapatero 1983-85587).

(21) La tecnología ha sido tradicionalmente para nosotros, aunque a muchas veces de modo equívoco, el baremo por el que se ha medido el desarrollo y superioridad de una cultura.

En cuanto a las formas, destacar la presencia, también para el Bronce Final Hierro I, de vasijas globulares con cuello cilíndrico y superficie lisa (Ruiz Zapatero 1982: 46; Burillo en prensa). La escasa presencia de materiales metálicos en los yacimientos del alto Ebro, ha hecho que la aparición de los mismos, hayan sido tenidos en cuenta por comparaciones más o menos lejanas. Además al no poder disponer de otro tipo de referencias de carácter más local, estos escasísimos elementos han venido siendo considerados como los más importantes «fósiles Guía», con los que se datan yacimientos desde criterios comparativos (Maluquer de Motes 1958; Barandiarán Maestu 1973; Blasco 1973; 1974; Llanos 1978 a; Castiella 1977: 381-391; 1986: 147-148; Fernández Castro 1988 :401 y ss.; Alvarez y Pérez 1988:111). Esta demuestra claramente la fuerza que desde un planteamiento positivista tienen las ideas difusionistas, consecuencia evidente de la comparación formal de los objetos conocidos de los diferentes lugares.

Todo este ensalzamiento de ciertos elementos de la cultura material, ha traído como consecuencia la proliferación de estudios que han intentado la identificación de fósiles guía como elementos diferenciadores y a la vez definidores de las distintas culturas. Frente a este planteamiento, algunos otros estudios han venido acentuando la importancia del conocimiento de las estructuras constructivas (Llanos 1981; Ruiz Zapatero 1986; Burillo en prensa) como complemento necesario, que junto a otro tipo de elementos, nos permitan acercarnos de un modo somero al conocimiento de los distintos grupos culturales. Con todo esto, debe tenerse presente la necesidad de no crear también los «fósiles guías constructivos», que al igual que los cerámicos, bien nos pudieran llevar al mismo error de otros estudios de cultura material.

La tradicional diferenciación estructural que se ha venido haciendo entre cabañas redondas y rectangulares como elementos que responden a realidades culturales distintas, puede ser una suposición no válida para ciertos casos. Son muchos los factores que dentro de una misma realidad cultural pueden condicionar la construcción de uno u otro tipo de hábitat. De todos modos van seguir siendo los arqueólogos quienes deban ir paulatinamente determinándolas (Aguayo et alii 1986; Ruiz Zapatero 1986).

Durante estos últimos años, y tal como ya hemos anotado, la importancia que se le ha dado a la cultura material, especialmente la cerámica, ha tenido como consecuencia lógica la elaboración de tipologías cerámicas (Castiella 1977; Llanos y Vegas 1974; Harrison et alii 1987; Maluquer de Motes et alii 1989), que orientadas desde un planteamiento formal de carácter intuitivo, han creado todo una serie de tipos cerámicos que han venido siendo planteados como Sistemas cerrados, y que responden a una realidad subjetiva personal, no mensurable, con grave peligro de ser equívoca y poco clara (Orton 1988: 33-38; Contreras 1984: 329). El único interés que se presentan los estudios vistos desde esta perspectiva, es el de la identificación formal de nuevos descubrimientos cerámicos con alguno de los tipos prefijados, sin más posibilidades de realizar otros tipos de análisis inferenciales.

Con todo lo expuesto hasta aquí, no quiero decir que sea necesario acabar con los estudios de cultura material o que éstos sean innecesarios, sino que si nuestro planteamiento es el hacer Historia, sea cuales sean nuestros postulados y objetos de estudio, la cultura material, parte importante de los mismos, debe estar integrada dentro de un todo, no debiendo ser supervalorada y se considerada en su justo lugar. Es por ello que sí que puede ser necesaria la determinación de fósiles guías que, más como un medio que un fin, sean planteados como unas orientaciones de trabajo entendidos como una valoración global de todos los elementos de la cultura material.

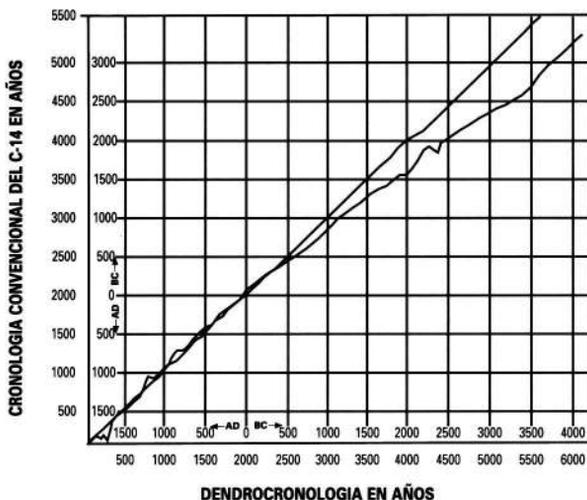
Indicar también, que dentro de la subteoría analítica, se ha contemplado la creciente importancia de los trabajos de carácter arqueométrico (Ruiz Zapatero 1991), y que no han teni-

do todavía un desarrollo suficiente en nuestro ámbito de estudio. De todos modos existe un ensayo para el estudio de material cerámico (Llanos y Vegas 1974), que bien pudiera valer como base para posteriores trabajos necesarios para una mayor objetivación en el estudio de la cultura material.

2.3.2. Las dataciones radiocarbónicas

Durante los años 70 y 80, la generalización de los análisis de C-14 ha hecho que desarrollemos considerablemente nuestro conocimiento cronológico del pasado. Ello ha permitido que hayamos contextualizado en el tiempo toda una serie de evidencias arqueológicas. Este considerable avance ha traído también consigo la consecuencia del mito de la ciencia como solución a muchos planteamientos y problemas.

Durante los primeros años del desarrollo del C-14, se llegó a plantear la posibilidad de considerar a éste como un medio que, a través de la comparación cronológica, nos indicara los caminos de difusión de elementos utilizados en el pasado. Era lo que Renfrew (1986) denomina «la primera revolución del Radiocarbono». Poco a poco la validez de esta «revolución» comienza a ser puesta en duda (22) a medida que se van conociendo los resultados de secuencias perfectamente datadas mediante otros criterios absolutos. Algunos restos de evidencia material aparecidos no concuerdan, según sus investigadores, con las fechas obtenidas¹⁷ por este medio (Llanos et alii 1975: 188). A pesar de ello la validez de las dataciones radiocarbónicas va seguir teniendo una amplia aceptación general por suponer una salida fácil al problema que supone la existencia de una «falla cronológica entre los dos extremos del Mediterráneo», hecho que resulta más grave todavía, si tenemos en cuenta que las dataciones utilizadas en la Edad del Bronce europeo, y por lo tanto utilizadas por simple préstamo por los arqueólogos peninsulares, están basados en paralelismos y «sincronismos con el mundo Egeo» (Martínez Navarrete 1989, tomado de Harding 1980: 178).



Cuadro 8: Gráfica de la calibración de fechas de C-14 por dendrocronología. Obsérvese la discontinuidad de las fechas en torno al 1500 - 1000 a. de C (Según Almagro 1989: 57, tomado a su vez de Vogel y Suess).

(22) Ver por ejemplo Renfrew 1986: 58 y la referencia bibliográfica que él alude como principio científico de esa controversia (Milcjc 1957).

Esta situación está trayendo consigo que los resultados obtenidos para estos momentos, sean cada vez más comprobados o sustituidos por métodos más seguros como el de la calibración dendrocronología (Burillo y Picazo 1983). Además de esto, debemos tener en cuenta que las cantidades de carbono contenidas en la atmósfera a lo largo de la historia han sido variables (Orton 1988:101), que debemos contar con la desviación típica de la estimación y otras posibles alteraciones hacen del C-14 un método aproximativo. Debemos también tener en cuenta otra serie de factores, que tal y como indica Martín Almagro Gorbea (1989: 56.57), no suelen ser considerados. Entre otros destacaremos la importancia que tiene la materia sobre la que se realiza la muestra. Debemos tener en cuenta que «la fecha de C-14 corresponde al momento de la muerte de la materia orgánica, [...] de modo que si la datación que estamos realizando corresponde a maderas o carbones de árboles, podemos tener entre 20 y 100 años de desfase y aún más en especies de larga duración o en vigas reutilizadas» (Almagro Gorbea 1989: 57).

Otro tema importante que debemos tener en cuenta es el de la contaminación de la muestra donde entran en juego elementos tan distintos como la aparición de humus, carbonatos, raíces, maderas antiguas o simplemente los defectos ocurridos en el mismo proceso de recogida.

Las dataciones absolutas, que se han considerado incluidas dentro de contextos que van desde el Bronce Tardío hasta el Hierro I en el Alto Ebro, son las siguientes (24) (Mapa 7):

— Abrigo de la Peña (A) (25), Marañón-Navarra (Cava y Beguiristain 1987; Radiocarbon 1987: 193):

BM 2375 890 ± 70 a.de C

— Ahiga (T), Soule - Benafarroa (Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 300):

Gif 5022 950 ± 80 d. de C. ————— 870 -1230 d. de C. (26)

— Apatesaro I y I bis (C), Lekunberri - Benafarroa (Blot 1984 a; 1990:186 Barandiarán 1988: 33; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 5728 830 ± 90 a. de C. ————— 1240 - 785 a. de C.

Gif 5729 640 ± 90 « ————— 1010 - 425 a. de C.

— Apatesaro IV (T), Lekunberri - Benafarroa, (Blot 1984 a; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 6031 720 ± 90 a. de C. ————— 1085 -610 a. de C.

— Apatesaro V (T), Lekunberri - Benafarroa (Blot 1988 a; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 6988 790 ± 60 a. de C. ————— 1225 - 645 a. de C.

— Bizkartu (T), Lapurdi (Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186):

(24) Debo agradecer a mi colega Rafael Micó la información que me ha transmitido para la elaboración de este listado y de todo este capítulo en general.

(25) De los distintos yacimientos datado por C14 distingo, basándome en parte en el criterio de Blot (1991), los siguientes tipos: (A) Abrigo, (C) Cromlech, (CH) Campo de hoyos, (D) Dolmen, (N) necrópolis, (P) poblado, (T) Túmulo y (TC) Túmulo cromlech.

(26) Esta segunda fecha corresponde a las presentadas por Blot (1990: 186) como resultado de calibraciones Tucson.

Gif 4183 850 ± 90 d. de C. ————— 655 - 1150 d. de C.

— Bixustia (TC), Sara- St. Pee-Lapurdi (Blot 1976; Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 3743 650 ± 100 a. de C. ————— 1015 - 1043 a. de C

— Bizkar (CH), Maestu-Alava (Llanos 1978 b; Mariezkurrena 1990 : 297):

670 ± 100 a. de C.

— Burandi (T), Sierra de Encia - Alava (Barandiarán 1988: 32):

390 ± 80 a. de C

— Cabezo Ballesteros (N) Epila-Zaragoza (Pérez Casas 1988: 93; Burillo en prensa):

GR. N. 13344 610 ± 30 a. de C.

GR. N. 13346 560 ± 35 «

GR. N. 13540 540 ± 30 «

GR. N 13345 530 ± 40

CSIC 608 460 ± 50 «

CSIC 169 440 ± 50 «

GR. N. 13347 380 ± 50

— Castillo de Henayo (P), Dulantzi/Alegría- Alava (Llanos et alii 1975; Mariezkurrena 1990: 297):

CSIC 107 1150 ± 110 a. de C.

CSIC 108 980 ± 110 a. de C.

CSIC 106 970 ± 110 a. de C(27)

I 8687 760 ± 80 a. de C(28)

— Castillo de Miranda, Juslibol -Zaragoza (Fatás 1974: 15; Burillo en prensa):

CSIC 169 490 ± 80 a. de C.

— Castros de Lastra (P), Caranca - Alava (Baldeón 1983; Sáenz de Urturi 1981/82-90; Mariezkurrena 1990):

Nivel V 580 ± 80 a. de C.

350 ± 80 «

190 ± 80 «

170 ± 80 «

— Cerro de Sta. Ana (P), Entrena - Rioja (Espinosa y González 1978: 112; Burillo en prensa):

110039. 945 ± 95 a. de C.

I 10040 525 ± 120 a. de C

— Cueva Guerrandijo, Akorda Ibarrangelua, Bizkaia (Radiocarbon 1969: 82; Pérez et alii 1987: 209):

(27) Estas tres primeras dataciones son las realizadas por el Instituto de Química «Rocasolano» y que según los excavadores del yacimiento, no encajan en la cronología del estudio de los materiales. Por ello se realiza una comprobación con el sobrante de la muestra correspondiente al III o en Teledyne Isotopes (New Jersey EE.UU) (Llanos et alii 1975: 212).

(28) fecha correspondiente al análisis realizado de la muestra sobrante por Teledyne Isotopes y que, tras una pequeña corrección, es la aceptada por los investigadores de este yacimiento (Llanos et alii Idem).

1140 ± 100 a. de C.

- Cueva Kobeaga, Ispaster - Bizkaia (Barandiarán 1988: 32):

740 ± 100 a. de C.

- Cueva Santimamiñe, Kortezubi, Bizkaia (Almagro Gorbea 1973)

750 ± 100 a. de C.

Fechación inválida según Mariezkurrena 1990

- Cueva del Faro, Biarritz - Lapurdi (Delibrias et alii 1976; Barandiarán 1988: 33; Mariezkurrena 1990: 297):

Gif 3044 1050 ± 110 a.de C.

Gif 3043 940 ± 110 a. de C.

Gif 6776 780 ± 90 a. de C.

Gif 6366 470 ± 70 a. de C.

- Chabola de la Hechicera (D), Elvillar - Alava (Apellaniz y Fernández Medrano 1978; Mariezkurrena 1990: 297):

1220 ± 130 a. de C.

- Errozate II (C), Esterenzubi - Benafarroa (Blot 1978; Barandiarán 1988:32; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 3741 730 ± 100 a. de C. ————— 1095 -615 a. de C.

- Errozate III (C), Esterenzubi - Benafarroa (Blot 1978; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 299)

Gif 4184 380 ± 100 a. de C. ————— 765 - 175 a. de C.

- Errozate IV (C), Esterenzubi - Benafarroa (Blot 1978; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 4185 690 ± 100 a. de C. ————— 1035 -590 a. de C.

- Gaztalamendi (C), Montes de Iturrieta - Alava (Barandiarán 1988):

I 12086 1440 de nuestra era.

- Intxur (P), Albistur/ Tolosa, Gipuzkoa (Mariezkurrena 1990: 299):

I 15489 450 ± 80 a. de C.

I 15488 310 ± 80 a. de C.

- Irua IV (T), (Blot 1990):

Gif 7892 1990 ± 90 a. de C. ————— 2560-2057 a. de C.

- La Hoya (P), Biazteri/Laguardia - Alava (Llanos 1988: 71):

Nivel I: 460 ± 85 a. de C.

350 ± 85 «

350 ± 85 «

Nivel II: 580 ± 85 a. de C.

535 ± 155 «

Nivel III: 1220 ± 160 a. de C.

1110 ± 90 «

1020 ± 90 «
950 ± 130 «
900 ± 190 «

Nivel IV: 1460 ± 90 a. de C.
1270 ± 90 «
1220 ± 250 «

— La Paul (CH), Arbigano - Alava (Llanos 1983: 102; Alvarez y Pérez 1987: 15; Llanos 1991: 226):

Y 11590 950 ± 85 a. de C.

— Meatse (C), Itxasson - Lapurdi (Chauchat 1974; Barandiarán 1988; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Ly 881 430 ± 130 a. de C. ————— 800 - 160 a. de C

— Meatse V (C), Banka - Benafarroa (Blot 1979: 223; Ruiz Zapatero 1983-85: 1015; Mariezkurrena (1990: 298):

Gif 4470 780 ± 100 a. de C. ————— 1220 - 640 a. de C.

— Mendiluce (C), Sierra de Encia - Alava (Vegas 1988; Mariezkurrena 1990: 297).

CSIC 694 840 ± 60 a. de C.

— Millagate IV (TC), Larrau - Zuberoa (Blot 1988 b; Blot 1990: 186; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 7306 170 ± 90 a. de C. 400 a. de C. - 40 d. de C.

— Millagate V (TC), Larrau - Zuberoa (Blot 1990: 186):

Gif 7559 780 ± 60 a. de C. ————— 1085 - 790 a. de C.

— Moncín (A), Borja - Zaragoza (Harrison et alii 1987; Burillo en prensa):

BM 1927 1090 ± 45 a. de C

BM 1925 1070 ± 45 «

BM 1924 1010 ± 40 «

BM 1928 965 ± 45 «

BM 1926 930 ± 35 «

— Monte Buruntz (P), Andoain - Gipuzkoa (Olaetxea, C. 1991):

I16127 860 ± 90 a. de C.

— Monte Aguilar (P), Bardenas reales- Navarra (Comunicación oral de Jesús Sesma):

GR. N 1380 ± 20 a. de C.

GR. N 1365 ± 25 «

— Mulisko Gaina (C), Urmieta/ Hernani, Gipuzkoa (Peñalver 1987; Barandiarán 1988: 33)

I14100 680 ± 90 a. de C.

— Okabe (C), Lekunberri - Benafarroa (Blot 1977; Barandiarán 1988; Mariezkurrena 1990: 298):

Gif 4186 420 ± 110 a. de C. ————— 780 - 190 a. de C.

— Onyi (N), Urnieta, Gipuzkoa (Mariezcurrera 1990: 299):

I 15490 1550 d. de C.

Se trata de la datación obtenida del interior de una cista (no se especifica más)

Partelapeña (P), El Redal - Rioja (Alvarez y Pérez 1987: 68; Burillo en prensa):

CSIC 621 680 ± 50 a. de C.

— Pittare (TC), Biriantou - Lapurdi (Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186) (29)

Gif 4469 290 ± 100 a. de C. ————— 565 - 30 a. de C

— Sta María de Estarrona (CH), Estarrona - Alava (Mariezcurrera 1990: 297):

I 14589 1830 ± 100 a. de C.

Parece una fecha muy antigua para situarlo, como indica la autora, en un Bronce Final - Hierro I.

— Sepulcro Gavín (P), Zaragoza (Aguilera et alii 1984: 108; Burillo en prensa):

GR.N. 12411 630 ± 50 a. de C.

GR.N. 12410 600 ± 50 «

— Soandi II (C), Saint Michel - Benafarroa (Blot 1987; Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186; Mariezcurrera 1990: 298):

Gif 6640 730 ± 180 a. de C. ————— 1095 -615 a. de C.

— Soandi V(C), Saint Michel - Benafarroa (Barandiarán 1988; Blot 1990: 186):

Bdx 475 T. L. 800 ± 210 d. de C. ————— 1150 ± 210 de C.(30)

— Urkibi (T), Sierra de Encia - Alava (Vegas 1985; Barandiarán 1988: 33; Mariezcurrera 1990: 299):

I11365 395 ± 95 a. de C.

— Zaho II.(TC) Aldudes, Benafarroa (Blot 1986; Barandiarán 1988: 33; Blot 1990: 186; Mariezcurrera 1990: 298):

Gif 6343 690 ± 60 a. de C. ————— 1035 - 590 a. de C.

— Zuamendi III (T),Sara - Lapurdi (Blot 1976;Barandiarán 1988: 33; Mariezcurrera 1990: 298; Blot 1990: 186):

Gif 3742 990 ± 100 a. de C. —————140.5870 a. de C.

Comentario

Si nos fijamos detenidamente en este listado, que aquí ofrecemos, con las dataciones absolutas recogidas, podemos observar varios asuntos que, en cierto modo, reflejan el estado de la investigación en esta zona:

(29) Incluyo también las dataciones de cromlech con cronologías pertenecientes a la fase final de la Edad del Hierro por estar consideradas genéricamente por los autores como pertenecientes a la «Edad del Hierro» sin especificar más ya que no son elementos propios ni del principio ni del final del Hierro.

(30) Datación obtenida por el método de la termoluminiscencia.

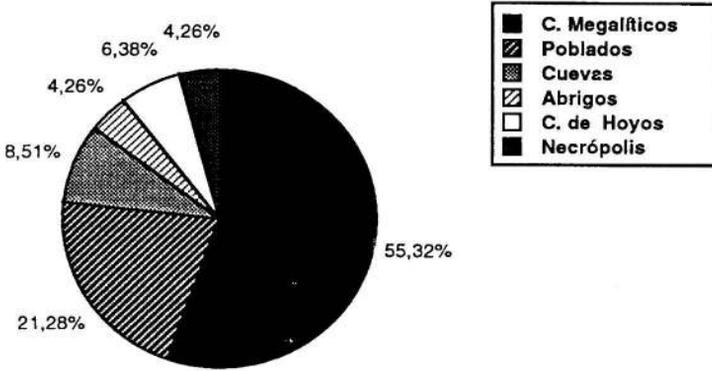


Gráfico 1: % por topos, de yacimientos con dataciones de C-14

Desde un punto de vista formal es curioso observar que a pesar de que el mayor peso de la investigación (si nos atenemos al número de páginas y publicaciones sacadas) lo llevan principalmente los poblados o lugares de habitación en general, el número de este tipo de yacimientos con dataciones radiocarbónicas es inferior al de los conjuntos megalíticos (31) con dataciones (exactamente un 21,28 % frente a un 55,32%). (Gráf. 1)

No digamos nada de las necrópolis no megalíticas, es decir, dataciones obtenidas en necrópolis de incineración o campos de hoyos -si estas últimas se consideran lugares de enterramiento - con tan sólo un 10,64 % del total de las dataciones obtenidas.

Por otro lado, si tomamos todas y cada una de las dataciones obtenidas, (Gráf. 2) observamos que la estadística se invierte ligeramente y se da un predominio del número de data-

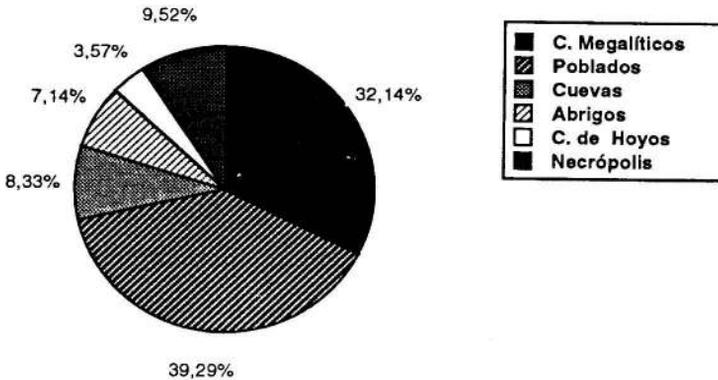


Gráfico 2: % por tipos, del total de dataciones de C-14 en el A. Valle del Ebro

(31) Al hablar de hábitats, nos estamos refiriendo a los poblados, mientras que dentro de los conjuntos megalíticos incluimos a los dólmenes, túmulos, cromlechs y túmulos cromlech.

ciones de los hábitats frente al de los conjuntos megalíticos (un 39,29 % frente a un 32,14 %). Los conjuntos funerarios se quedan en un 13,09 %.

Estos datos nos indican por un lado que los trabajos en los conjuntos megalíticos, han tenido una mayor preocupación por obtener dataciones cronológicas, mientras que los estudios de los hábitats, a pesar de ser mayor número, se centran estrictamente en determinados lugares. Por otro lado cabe reseñar una distinta intensidad y objetivos de estudio a uno y otro lado de los Pirineos (ver gráf. 3) que hacen que el número de conjuntos megalíticos datados, aumente el porcentaje de éstos en relación a los hábitats, concentrados principalmente en la Ribera del Ebro y que son estudiados, por sus características (mayor extensión y potencia estratigráfica que los conjuntos megalíticos), más intensamente (por lo general en varias campañas) y desde un punto de vista diacrónico.

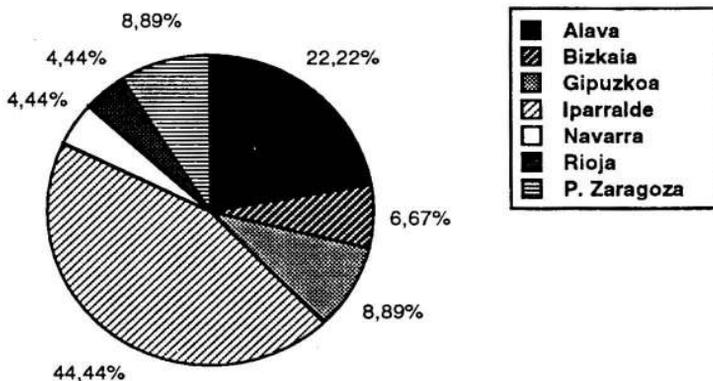


Gráfico 3: Relación porcentual por provincias de yacimientos protohistóricos con dataciones

Esta intensidad de estudio en lugares concretos, la podemos observar en la relación existente entre el número de yacimientos existentes con dataciones y la media de dataciones por yacimiento estudiado (Gráf. 4). En ella podemos observar (32) las distintas estrategias de estudio en los yacimientos, observando que van desde las 26 dataciones obtenidas en Iparralde (predominio del estudio de muchos yacimientos con poca potencia estratigráfica como son los conjuntos megalíticos) a las 15 de parte de la provincia de Zaragoza, que nos indicarían el estudio de menos yacimientos pero con secuencias estratigráficas más potentes.

En el comentario estricto sobre las dataciones (33) existentes caben señalar los siguientes aspectos:

Por un lado, una de las primeras cosas que salta a la vista es la poca uniformidad en las fechas obtenidas para los conjuntos megalíticos (ver Gráf. 5).

(32) Consideramos poco significativos los datos obtenidos en Bizkaia, Gipuzkoa, Navarra y Roja por la escasez de dataciones existentes para estos momentos.

(33) Debemos Indicar para el comentario de las dataciones que hemos señalado con un asterisco aquellas que presentan cierta problemática.

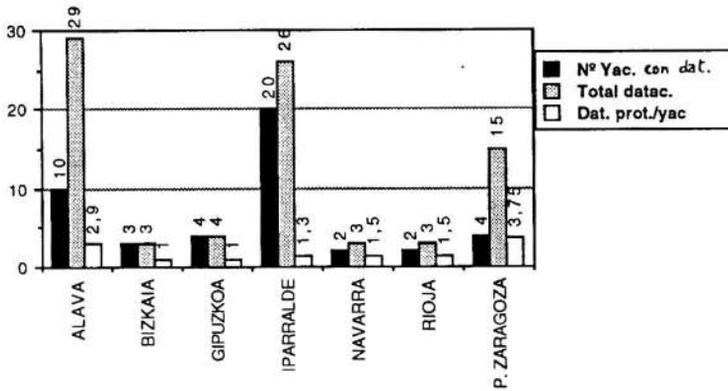


Gráfico 4: Relación por provincias de la media de dataciones por yacimiento.

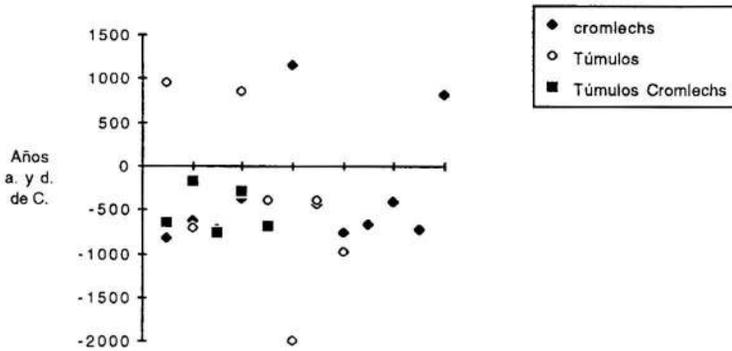


Gráfico 5: Dataciones absolutas obtenidas en conjuntos megalíticos.

Si tomamos de todas las que disponemos la más antigua (cromlech de Mendiluce con un 840 a. de C.) y la más reciente de ellas (cromlech de Gaztalamendi con un 1440 d. de C.), cabría pensar, en un primer momento, o que estamos ante dos realidades culturales bien distintas en el tiempo, que existe una contaminación de las muestras o que el último de ellos ha sufrido una violación tardía. A estas posibilidades, observadas en cualquier comentario sobre las dataciones obtenidas de C-14, habría que añadir el de la perduración de estos conjuntos en momentos históricos (incluso muy cercanos a nuestros días) en relación a las tareas agrícolas donde no se ha obtenido datación alguna. Es por ello, que cabe la posibilidad de considerar como válidas ambas fechaciones en sus extremos. Lo que parece claro, es que la mayor concentración cronológica de dataciones obtenidas para los conjuntos megalíticos adscritos tradicionalmente a la protohistoria parecen agruparse en una franja cronológica que va ente el 1100 a. de C. al 200 d. de C. Ello permitiría en principio constata la habitual utilización de este tipo de estructuras durante la protohistoria y los comienzos de lo que entendemos por era histórica. Con ello no descartamos su pervivencia cultural hasta prácticamente nuestros días en determinadas regiones.

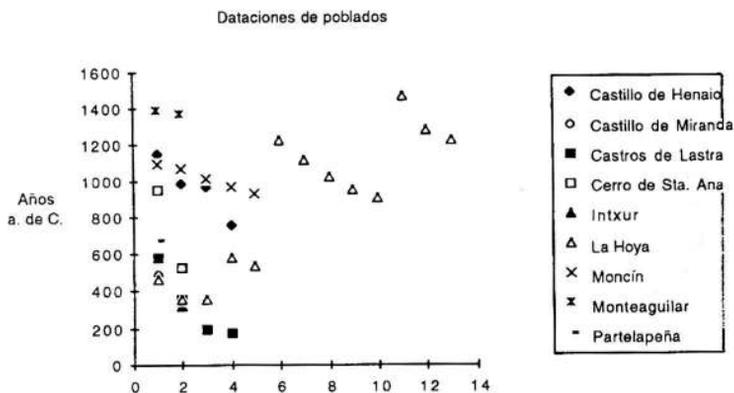


Gráfico 6: Dataciones absolutas obtenidas en secuencias estratigráficas de poblados

Sobre las dataciones obtenidas en los distintos poblados (Gráf. 6), y aún poniendo en duda las tres primeras dataciones del Castillo de Henayo (34), parece no justificarse ese supuesto vacío de conocimiento que se ha pretendido ver en torno a los siglos X y XI. Además el desarrollo de nuevos trabajos parecen estar llenando esos huecos en el eje cronológico que hasta ahora teníamos. Lo que si observamos es que en las dataciones de los poblados estudiados nos está dejando un vacío cronológico entre los siglos IX y mediados del VI, momento en el que tradicionalmente se vienen considerando la llegada de los Campos de Urnas y su gran expansión. De todos modos no pretendo aquí ir rellenando los huecos de un eje cronológico porque no es el objeto de planteamiento de estudio. Sólo he querido demostrar con unos pocos datos de los que disponemos que las dataciones absolutas deben ser orientaciones metodológicas (desde luego importantes) que nos permitan un mejor desarrollo de nuestro trabajo de acercamiento a la reconstrucción etnológica del pasado y sus procesos.

Cada vez se plantea como una necesidad mayor la profundización en la problemática del C-14 de modo que seamos capaces de contrastar su realidad y sus deficiencias para estos momentos en torno al primer milenio.

Una mayor profundización en la problemática de esta metodología, la revisión y calibración de las fechas obtenidas, y la seriación y tratamiento estadístico de los conjuntos cronológicos, quizás haga variar el hasta ahora inamovible esquema, del PI, PII y PIII de Maluquer de Motes, en unos cuantos años atrás.

2.3.3 Las dataciones relativas: Aportaciones estratigráficas

En el capítulo referente a las distintas excavaciones, hemos ido viendo, cuáles han sido las secuencias estratigráficas (35) más significativas del Alto Valle del Ebro. La llegada para esta zona de la primeros trabajos con secuencias estratigráficas vienen de la mano de Maluquer de Motes, que ya en los años cincuenta, con los trabajos en el yacimiento de el «Alto de

(34) Recordemos que los excavadores del mismo ponen en duda las fechas obtenidas por ser demasiado elevadas respecto a las obtenidas en un primer momento por el estudio de la cultura material de este yacimiento.

(35) Hemos intentado que la presentación de las mismas sea del modo más objetivo posible, con el seguimiento de los distintos autores tal y como ellos nos las presentan.

Cruz» de Cortes, define tres fases diferenciadas: PIII, PII y PI (Maluquer de Motes 1954 y 1958) a los que anteriormente nos hemos referido. Hoy día, esta secuencia, a pesar de estar en proceso de revisión (Maluquer de Motes et alii 1990) sigue siendo un punto de referencia importante para muchas investigaciones, que de este periodo que se están realizando en el Alto y Medio Valle del Ebro. El nivel PIIb (650-550) es la referencia que marca «cénit del desarrollo cultural» de la Edad del Hierro (Maluquer de Motes 1958). Este que aquí describimos, es el esquema que viene siendo aplicado no sólo en Cortes, sino también en otros yacimientos que en sus distintos niveles identifiquen una cultura material similar. Hay que tener presente que las distintas fases que presenta Maluquer de Motes en Cortes de Navarra, están fundamentadas principalmente en las estructuras constructiva (36) que aparecen en este lugar, siendo la cultura material, y más concretamente algunos «fósiles guías» los que han ido permitiendo las apreciaciones cronológicas existentes. Estos fósiles guía, han sido identificados y datados en el Alto Valle del Ebro por medio de paralelismos con los existentes en otras culturas europeas, que han sido estudiados y conocidos en sus propios contextos específicos de aparición. Las dataciones y elementos de la cultura material europea, han sido adecuados y trasladados por la investigación, primeramente a este yacimiento de Cortes y posteriormente a otros yacimientos estudiados, con el consiguiente peligro de poner en relación cronologías foráneas y generales con estratigrafías locales y particulares (37).

A los distintos poblados estudiados se les ha ido dando unas cronologías, que basadas en la cultura material, encajen bien dentro de unos esquemas generales de carácter difusionista. Es de este modo, que las distintas adscripciones cronológicas aportadas para estos elementos en el Alto Ebro, son a mi entender totalmente artificiosas y no constatadas por análisis científico alguno. Por ello consideramos como muy arriesgado la aplicación de estos esquemas, que no verificados científicamente, se están extendiendo de unos a otros lugares como firmes puntos de referencia para el Alto Valle del Ebro. Ante esta situación, cada vez se nos presenta como más necesaria las aportaciones que nos puedan ofrecer las dataciones en los distintos yacimientos, y más concretamente en los niveles perfectamente contextualizados. El fin de todo ello, sería el ir consolidando todo un (corpus cronológico » que sirva de eficaz instrumento de trabajo a la hora de realizar nuestros particulares análisis interpretativos.

En otro aspecto, considero necesario destacar la importante aportación de las secuencias estratigráficas en la determinación de algunos elementos que, hoy por hoy, son la única base de conocimiento con la que contamos para afrontar la investigación del final del segundo y del primer milenio. La diacronía o sincronía de algunos elementos, vistos desde un enfoque general (Maluquer de Motes 1954 y 1958; Castiella 1977; Ruiz Zapatero 1983:85) y, según los casos, desde un planteamiento más particular, identifican procesos tanto de carácter cronológico (Llanos 1978 a; Alvarez y Pérez 1988) social (AA. VV. 1983) cultural (Sáenz de Urturi 1977; Blasco 1982; Hernández Vera 1983; Llanos et alii 1975: 203-204; Ruiz Zapatero 1982:45) y económicos (Ruiz Zapatero y Fernández Martínez 1985; Llanos 1978 a ; Harrison y Meeks1987). La secuenciación estratigráfica ha permitido también determinar el «momento relativo» de la llegada de la metalurgia del hierro en relación al resto de la cultura material (Maluquer de Motes 1958:128); la introducción de «una superficie que giraba» para la fabri-

(36) Hay que tener presente que Maluquer de Motes marca las diferencias de las distintas fases de Cortes de Navarra en relación a la presencia de evidencias de incendios en las casas, sus nuevas formas de construcción o el posterior abandono de las mismas (Maluquer de Motes 1958 y Maluquer de Motes et alii 1990).

(37) Sobre este aspecto, la Dra. Martínez Navarrete (1988: 477) ha indicado de modo muy acertado que «las estimaciones calendáricas a partir de potencias estratigráficas y similares son desaconsejables, a menos que el metro llegue a ser unidad de medida temporal y no sólo de longitud»

cación cerámicas (Idem: 96-97) o del mismo «torno alfarero», ya como un artefacto claramente denotador de nuevos elementos culturales (38) (Castiella 1977: 401).

Algunos autores (Llanos et alii 1975) han querido determinar a algunos de los grupos existentes en el Alto Valle del Ebro, con el fin de poder intuir su pertenencia a determinadas corrientes indoeuropeas. Estos grupos, concretamente el de Henayo - Oro y el de Cortes-Atalaya, han sido paralelizados con sustratos bien conocidos de Cataluña, Languedoc y Castilla, de modo que se han establecido, salvando y siendo conscientes de las diferencias culturales entre unos y otros, niveles de coetaneidad. Este aspecto deberá ser confirmado y aclarado fundamentalmente mediante dataciones de C-14.

Como conclusión a este apartado, debemos indicar que ha sido importante la aportación de las secuencias relativas al desarrollo de la investigación en el Alto Valle del Ebro, pero el conocimiento de un conjunto de seriaciones estratigráficas, sin otro objetivo que el meramente cronológico, nos llevaría finalmente a una repetición de datos y acumulación de artefactos que no tendría otro aliciente que la localización de uno nuevo, más o menos exótico, dentro de un estrato determinado. Son otros muchos los procesos que nos quedan por conocer y que deben ser objetivo de los trabajos que además de buscar la secuenciación diacrónica, tengan presente la cada vez más necesaria aportación de los estudios de carácter sincrónico (Ruiz Zapatero y Burillo 1988), como «referencia» fundamental en la estructuración de las seriaciones (Martínez Navarrete 1988: 477).

2.3.4. Los patrones de asentamiento y las propuestas de las reconstrucciones históricas del poblamiento.

Además de la cultura material, los arqueólogos ha venido identificado en esta región, quizás en un principio como un método empírico para la localización de yacimientos de un determinado momento (Nuin y Borja 1991), una serie de elementos que han sido, a veces, mal entendidos como patrones de asentamiento. En un primer nivel de acercamiento, se han venido estableciendo dos tipos de hábitats: al aire libre y en cueva (Apellaniz 1974; Llanos 1978 a: 123; Castiella 1977; Baldellou 1982; Chapa y Delibes 1983: 539; Fernández Castro 1988). Ambos, utilizados aún hasta nuestros días, tienen perfectamente documentada su existencia durante toda la Protohistoria. En los distintos estudios sobre este periodo, siempre han predominado los trabajos en yacimientos al aire libre, siendo los yacimientos protohistóricos en cuevas, excavados y conocidos gracias a investigadores que, centrados normalmente en periodos cronológicos anteriores, han obtenido en sus estratigrafías niveles del Bronce o del Hierro (ver por ejemplo Barandiarán 1964; 1968 y 1971; Corchón 1972; Apellaniz 1975; Casado y Hernández Vera 1979). Por ello, el conocimiento de este periodo en éste tipo de hábitat no es hoy por hoy lo suficientemente significativo. Los estudios de yacimientos al aire libre, por otro lado, son los que se conocen en mayor número y los que han centrado el interés de prácticamente todos los investigadores centrados en este periodo. Centrándonos exclusivamente en los hábitats al aire libre, se han ido definiendo paulatinamente sus elementos más comunes. Con ello se ha caracterizado el prototipo de asentamiento protohistórico con las siguientes características: Situado en cerros de poca altura con un perfil de uno o dos escalones (Castiella 1977: 397), próximos a cursos de agua (Harrison et alii 1987: 10; Maluquer de Motes 1958:140) y algunos de ellos con difícil accesibilidad, con el fin de facilitar su defensa y vigilancia (Castiella 1986: 157).

(38) En este caso me estoy refiriendo sobre todo a la identificación, a partir de un momento concreto, de la «cultura celtibérica», identificada claramente por la presencia de las cerámicas torneadas (Idem).

Tradicionalmente se ha venido identificando, con poco ejercicio crítico, a los yacimientos situados en cabezos como repuesta exclusiva a una necesidad defensiva (Aguilera 1980 a), cuando este tipo de asentamientos pueden responder a otros muchos tipos de razonamientos, tanto económicos, como sociales, o simplemente naturales en los que considero aún no se ha profundizado suficientemente.

En lo que al origen de estructuras estables se refiere, se ha venido considerando, desde ya hace varias décadas, que durante el Bronce Final o Hierro Antiguo es cuando éstas comenzarían configurarse. Recientes investigaciones están demostrando, y ya han evidenciado de modo claro, su existencia desde mitad del segundo milenio (Alvarez Gracia 1987: 77; Burillo en prensa), estando el sistema urbanístico ya durante el Bronce Final perfectamente definido. Oswaldo Arteaga (1978: 29) llega a considerar la existencia de un urbanismo basado en tradiciones antiguas que, durante los primeros siglos del primer milenio, recibe las primeras influencias del mediterráneo.

No podemos definir para la región del Alto Ebro un modelo concreto de hábitat, puesto que han sido documentados varios de ellos, tanto de grandes casas rectangulares compartimentadas (Maluquer de Motes 1958; Castiella 1985 y 1988), localizadas hasta ahora en la ribera del Ebro y que se han relacionado tradicionalmente con los Campos de Urnas (Ruiz Zapatero 1983-85:619), como las de planta circular (Llanos et alii 1975; Ugartechea et alii 1971) originaria del Bronce final según Ruiz Zapatero (1983-85: 628-630) o de forma oblonga u ovalada en el Castro de Berbeia (Agorreta et alii 1975), y que se localizan en la zona Alavesa. Se da también la circunstancia que en este mismo yacimiento del Castro de Berbeia, se documenta la presencia tanto de casas de planta circular u oblonga y rectangulares, siendo estas últimas las más tardías de todas (Idem: 285). Esto nos indica el error que puede suponer identificar un tipo de construcción con una región o zona concreta.

En cuanto a los materiales utilizados en sus construcciones tampoco existe una uniformidad general. Encontramos desde chozas hechas con materiales ligneos (Alvarez y Pérez 1988: 114), hasta la utilización en estructuras más sólidas del tapial (por ejemplo la muralla de Cortes de Navarra), adobe, manteados de barro, yeso o piedra. Las construcciones normalmente se hacen con los materiales que más a mano ofrece el medio (Ruiz Zapatero 1983-85: 616). Maluquer de Motes (1958: 130) discrepa sobre este asunto, al considerar que no existe una dependencia del medio geográfico en la utilización de los materiales con los que se construye en los distintos poblados, sino que existe una tradición técnica que en cada grupo humano, está perfectamente diferenciada por la utilización de uno u otro tipo de material constructivo. Para los sistemas constructivos de este momento, suele ser una práctica habitual (tradicional en algunas regiones peninsulares desde el Bronce Medio [Burillo en prensa]), la edificación con bases de piedras con un posterior recrecimiento de las paredes que son hechas en adobe o tapial (Llanos 1981; 1988; Ruiz Zapatero 1983-85: 616). Un caso excepcional lo constituirían las casas del poblado del Hierro de Leguin en Etxauri, al tener éstas su base excavada en la roca (Ruiz Zapatero 1983-85: 631; Sánchez y Unzu 1985: 35). De todos modos, y según el primer autor, estas casas corresponderían a un momento tardío de la edad del Hierro.

Para terminar este punto referido a los elementos constructivos, indicar la utilización de postes de madera para sustentar las techumbres, y ramajes o elementos vegetales ligeros cubiertos con barro, para confeccionar estas mismas. Por otro lado los suelos suelen estar hechos en algunos casos con yeso o con simple arcilla apisonada (Ruiz Zapatero 1983-85: 617), que en algunas ocasiones se recrece a lo largo del perímetro con el fin de colocar so-

bre él postes que se entreteñían con ramajes y que después se cubrían con manteados de barro (Llanos et alii 1975: 99).

En lo referente a las distribuciones de los hábitats, es interesante destacar las matizaciones culturales que se han podido establecer entre tierras altas y bajas (Baldellou 1982; Ruiz Zapatero 1982). Armando Llanos (1978 a: 120-125) ha indicado concretamente para el Bronce Final y Edad del Hierro en el País Vasco, la existencia para los hábitats en cueva, de una población indígena, que a pesar de vivir momentos de «una fuerte matización alóctona», fundamentalmente en el País Vasco Meridional y zona Riojana, mantienen sus tradiciones pastoriles arraigadas en la Edad del Bronce. Esto mismo ocurriría con los grupos del País Vasco Septentrional que, además por su lejanía de la Ribera del Ebro, quedarían al margen de estas nuevas corrientes. Un aspecto parecido ha sido observado, aunque a otro nivel, por V. Baldellou (1982: 95-97) en la región Altoaragonesa de Huesca. Allí ha determinado un antagonismo entre comarcas altas y tierras bajas, quedando las primeras relegadas en sus modos de vida arcaizantes ya durante la Edad del Bronce. Al mismo tiempo, las tierras bajas, comenzarían una etapa de floreciente desarrollo, protagonizado por un grupo cultural que ha sido reconocido como relacionado con los que encontramos en la zona llerdense (Barril 1979). La veracidad de estas hipótesis vendrían reforzadas por otros estudios (Aguilera y Royo 1978; Burillo 1981; Ruiz Zapatero 1982) que, aunque algunos han sido hechos para fuera de nuestro ámbito geográfico, los consideramos modelos teóricos válidos para un mejor conocimiento de las relaciones entre los grupos de Campos de Urnas y las distintas poblaciones indígenas. En ellos además, se han reconocido poblaciones perfectamente diferenciadas por su cultura material, pudiéndose distinguir, por ejemplo en el Bajo Aragón, una población indígena que recibe influencias de unos grupos de Campos de Urnas que se sitúan en los cursos bajos de los ríos y nunca por encima de los 600 m. de altura (Ruiz Zapatero 1982: 52). Para la región Alavesa, se ha establecido esta cota entre los 600 y 800 m. sobre el nivel del mar (AA. VV 1983: 63). Asimismo Burillo, y Aguilera y Royo, han observado la existencia de grupos poblacionales perfectamente diferenciados para las tierras altas de las serranías del Sistema Ibérico y las de la Ribera del Ebro. Eiroa (1980) y Ruiz Zapatero (1982: 52) afirman que parece haber una ocupación selectiva del territorio perfectamente premeditada, consecuencia de la realización de unas actividades económicas determinadas, ganaderas para los poblados indígenas del Hierro, como una clara herencia de la Edad del Bronce, y agrícolas para los grupos de los Campos de Urnas. Esto mismo ya había sido comentado por Maluquer de Motes al afirmar que la población anterior del territorio de Cortes estaba «formada por núcleos de pastores» (Maluquer de Motes 1958: 129 y ss.). Sobre estos aspectos, cabe proponer la realización de un sencillo estudio que analice la dispersión de las distintas evidencias arqueológicas de la Edad del Hierro en el País Vasco y parte Norte de Aragón. Si realizamos un mapa (núm 8) observamos que podemos delimitar perfectamente una clara división geográfica, que marcaría la diferenciación entre los hábitats, normalmente localizados al Sur en los valles y tierras bajas en general, y los monumentos megalíticos propios de este periodo (barazak -Cromlech-, túmulos y menhires) al Norte, que comenzamos a encontrar a partir de las zonas altas de los Montes Vascos y de los comienzos del pre-Pirineo. Con ello podemos establecer una clara divisoria entre N. y S. favorecida como indica Armando Llanos, por la dirección de las cordilleras montañosas que van de E. a O. (Llanos 1978 a: 120). Este mismo autor ha considerado sobre esta diferenciación geográfica que se puede ver la perduración de un poblamiento tradicional del País Vasco, disperso en el Norte, zona donde no encontramos apenas hábitats de este momento, y de pequeños núcleos poblacionales en el Sur, que coinciden claramente con la zona de hallazgos de hábitats de la Edad del Hierro (Idem). La zona Norte, caracterizada exclusivamente por el conocimiento de sus

evidencias funerarias, adaptadas desde la tradición megalítica anterior a los nuevos momentos (Barazak y cromlech), es un claro reflejo de la continuidad económica anterior basada en la ganadería. El tipo de hábitat, aun sin tener conocimiento del mismo, habrá que suponerlo disperso, alejado de las nuevas corrientes culturales y caracterizado por la existencia de lugares de habitación al aire libre contruidos en materiales posiblemente perecederos (39) que no han dejado evidencia alguna. También puede suponerse en casi toda la zona Norte una continuación de la tradición anterior de los hábitats en cueva. En cuanto a la zona Sur, nos ocurre prácticamente lo contrario. Aquí tenemos conocimiento de la existencia de hábitats, pero apenas nos quedan evidencias de los lugares de enterramiento.

Son muchos los planteamientos poblacionales y de dispersión del hábitat que caben hacerse, sin embargo uno de los más profundos que se ha llevado a cabo es todavía las reconstrucciones históricas del poblamiento realizadas para Cortes de Navarra por el Profesor Juan Maluquer de Motes. Este mismo autor ya en los años cincuenta, observa un aumento poblacional tras la llegada de grupos agrícolas estables al Valle del Ebro. Su mayor apogeo sería el momento correspondiente al PII, coincidente además con la llegada de un nuevo grupo a este mismo yacimiento. Ello se observa en la presencia de nuevos elementos cerámicos (Maluquer de Motes 1958: 141). Este crecimiento de la población durante el periodo del PII produciría la saturación del poblado, por lo que se tendría que recurrir a la emigración hacia los «poblados satélites» de Cortes (Idem 1958:143). Este mismo aumento, ha sido observado asimismo en otras zonas del Valle del Ebro, por la «proliferación de hábitats al aire libre» (Baldellou 1982: 96) o, en otros casos, por el aumento del tamaño de los mismos (Gil y Filloy 1986: 167).

Los patrones de asentamiento, hasta ahora, no han sido tenidos en cuenta como elementos integrantes y globalizadores de todo lo que supone un hábitat, sino que han sido definidos como caracteres puntuales que nos permiten identificar o localizar un tipo concreto de asentamiento. Para una mejor definición de los patrones de asentamiento, sugiero la necesidad de manejar una serie de parámetros, que basados en un conjunto de factores tales como la extensión, altura y visibilidad, distancia al área de captación de recursos y relación con vías de comunicación, integren todos los aspectos relacionados con las estrategias de los asentamientos y asimismo nos permitan hacer avanzar en los procesos inferenciales con el fin de mejorar nuestro conocimiento de la organización y explotación del territorio.

Parece evidente que aun nos queda mucho por conocer en relación al poblamiento del Alto Valle del Ebro, a pesar de que los lugares con hábitats han tenido un importante desarrollo dentro de los distintos estudios.

2.3.5 Los recientes aportes a la investigación: La novedad de los análisis arqueozoológicos y paleobotánicos y sus reconstrucciones económicas.

Los trabajos de Bataller (1954 a y b) sobre la fauna de Cortes y posteriormente los de J. Altuna (1965) con la del Castro de las Peñas de Oro, podemos decir que marcan el inicio de los estudios arqueozoológicos tanto en el País Vasco como en el resto del estado (Morales 1990: 253). Es durante los años finales de la década de los 60, cuando comienzan a darse importancia a los estudios paleoambientales. Poco a poco, y partiendo de las condiciones climáticas actuales, se irán produciendo la proliferación de este tipo de estudios en las inves-

(39) La utilización de este tipo de materiales de construcción no es nada novedoso en este momento y además ya han sido detectado en los mismos yacimientos con hábitats estables como Henayo en su nivel IIIc, Oro en el III o en los niveles más antiguos de Cortes de Navarra entre otros.

tigaciones del Alto Valle del Ebro. Son ya pocos los estudios que no cuentan con este tipo de trabajos, pero es el fin de los mismos el que nos interesa ahora analizar.

Los más o menos abundantes análisis en el alto Ebro vienen marcados, en la mayor parte de las ocasiones, por una cierta descoordinación entre el arqueólogo y el especialista. Esto, llega en ocasiones hasta el extremo de llegar a publicarse el informe de este último, más como un apéndice del estudio general de la excavación que como una parte integrante de los resultados de los resultados de la excavación. Esta situación ha hecho que sean los propios analistas quienes estén haciendo el mayor esfuerzo de acercamiento a la disciplina arqueológica, además de ser los protagonistas del desarrollo, dentro de esta misma ciencia, de los nuevos campos de investigación.

Sobre los distintos análisis faunísticos realizados en el País Vasco, J. Altuna (1980) hace un estudio donde, entre otros momentos, delimita la importancia de las distintas especies en La Edad del Hierro. Entre otros destaca la presencia de caballo (*Equus caballus*) como especie importante para este momento, más o menos constante en los distintos yacimientos del Alto Ebro, aunque no fuera muy abundante en ellos. Esto parecería matizarse ligeramente por la realización de recientes estudios (Harrison et alii 1987 y Castaños 1988) que vienen apuntando la importancia de esta especie en algunos lugares concretos. La presencia de este animal en los yacimientos, ha sido un elemento de discordia a la hora de realizar inferencias de carácter económico. Ello es debido, a que se ha considerado a éste, junto al asno (*Equus asinus*) y el ganado vacuno (*Bos taurus*), una de las bases sobre las que se ha consolidado el desarrollo de las teorías del policultivo ganadero. Estas teorías defienden que estas especies, anteriormente citadas, además del posible consumo de su carne(40), serían utilizadas como elemento de tracción y, en algunos casos, como fuente de leche (Harrison et alii 1987:92 y ss. y Castaños 1988: 223). Es por esta razón, que en algunos casos, como el de Moncín (Borja, Zaragoza), se haya explicado la presencia diferenciada de los restos de caballo respecto a las demás especies.

El estudio de Altuna, considera que el ganado vacuno (*Bos taurus*) es el más numeroso en los distintos yacimientos del País vasco. Además, los estudios realizados en Moncín (Zaragoza), Henayo (Alava) y Muru Astrain (Navarra), han evidenciado el consumo de la carne de esta especie, en algunos casos como el del Castillo de Henayo (Altuna 1975:219), muy por encima del de otras especies como oveja y cabra (Llanos et alii 1975: 208). Para otros casos, se ha sostenido la teoría de la utilización de un modelo mixto fundamentado en el consumo cárnico, producción láctea, tareas de tracción (Harrison et alii 1987: 93) y reproducción (Castaños 1988:223).

Por otra parte los ovicápridos (*Ovis Aries* y *Capra hircus*), tendrían un valor representativo intermedio respecto a las otras especies. Son al entender de Castaños (1988:235) un importante elemento de soporte cárnico, con animales sacrificados en edades tempranas. Además, según el mismo autor serían objeto de explotación lechera y lanar.

El cerdo (*Sus domesticus*), sería un animal destinado al consumo de carne (Llanos et alii 1975: 208; Castaños 1988: 224) siendo ésta una especie desigualmente repartida, que mientras abunda en yacimientos como el de Oro (Alava) (Altuna 1965 y Ruiz Zapatero 1983-

(40) Sobre este aspecto sólo Harrison y su equipo (1987: 92-93) consideran que no hay duda que se consumió carne de caballo, pero sólo cuando los ejemplares fueran viejos o éstos no sirvieran para el trabajo, porque la larga gestación de esta especie no permite su crianza para consumo. Por otro lado Altuna (1980) y Castaños (1988), no contemplan esta posibilidad salvo quizás en situaciones extremas (Altuna 1980).

85: 657) escasea en otros como en Moncín (Zaragoza). Además su diferenciación como especie doméstica o salvaje llega a ser muy difícil (Harrison et alii 1987: 94).

Otras especies, que aparecen en distintos yacimientos y que tienen más bien poca representatividad, son animales salvajes como el ciervo (*Cervus elaphus*); corzo (*Capreolus capreolus*), el jabalí (*Sus scrofa* L.), el lince (*Lynx pardinus*), el tejón (*Meles meles*), el gato salvaje (*Felis silvestris*), osos (*Ursus arctos*), lobos (*Lupus lupus*) y otros pequeños mamíferos (Harrison et alii 1987:94-96; Apellaniz 1974,1975; 1980; Ruiz Zapatero 1983-85). Propios de la Ribera de Ebro serían el conejo (*Oryctolagus cuniculus*) (Altuna 1980) y algún tipo de aves como la perdiz (*Alectoris rufa*). Destacar por último, ya dentro de la fauna doméstica la escasa presencia en general del perro (*Canis familiaris*) y la aparición durante la Edad del Hierro del gallo doméstico, habiéndose encontrado restos de esta especie en La Hoya (Altuna y Mariezkurrena 1983) y Muru-Astrain (Castaños 1988: 235).

Los análisis botánicos han sido mucho más escasos que los de fauna. Normalmente han estado centrados, casi exclusivamente, en la identificación de especies vegetales con el fin de orientar su estudio hacia la reconstrucción ambiental del pasado, con el riesgo que los particularismos pueden conllevar (41) o hacia la identificación de actividades agrícolas (siega y molienda), basados en el reconocimiento de granos y los elementos de la cultura material destinados a sus usos (Aguilera 1980: 107). Por su parte las doctoras G. Moreno y T. Andrés han realizado inferencias económicas que están basadas en los análisis de semillas y plantas del yacimiento Moncín. Consecuentes con las ideas de la existencia de una intensificación agrícola durante el Bronce, sostienen la posible utilización de leguminosas en cultivos de rotación con cereal como modo de reestablecer la fertilidad de los campos (Moreno y Andrés 1987:63). Por su parte el estudio de conjunto de Ruiz Zapatero (1983-85: 647-648), presenta una interesante visión de conjunto de las producciones agrícolas durante gran parte del primer milenio en el Alto Valle del Ebro y es por ello que vamos a seguirlo en este apartado.

Los análisis botánicos y de suelos parecen afirmar aún más las hipótesis de dos tradiciones económicas distintas que bien pudieran estar representados por un lado los hábitats de la ribera del Ebro y por el otro por hábitats que como Oro, no disponen ni supuestamente dispusieron de condiciones para un desarrollo agrícola. De todas formas, parece claro que los cultivos de cereales van a ser los que predominen en general a lo largo de esta región. El trigo, en todas sus variedades, va a ser el elemento cerealístico más común e importante. Especies como la cebada, la avena y la bellota van a ser las que marquen las diferencias entre la zona alavesa en torno a Henayo y la misma ribera del Ebro. Especies vegetales como la Brassica colza en Cortes (Maluquer de Motes 1968: 66) la uva, documentada en la Muela de Zaragoza (Burillo y Fanlo 1979:42), el triticum dicoccum y el mijo (Maluquer de Motes Idem) fueron introducidos en la zona durante el primer milenio.

Muy poco podemos decir sobre los análisis polínicos realizados hasta el momento. La mayoría de ellos han estado centrados fundamentalmente en periodos cronológicos anteriores. De todos modos, algunos se han realizado en Monte Aguilar (Bardenas Navarras) y La Hoya (aún no publicado), apuntando el primero de ellos, para los momentos de paso del segundo al primer milenio, la presencia de especies vegetales que precisan un clima algo más

(41) Hay que tener presente la existencia en el pasado de microclimas y tener en cuenta también la calidad y condiciones de cada suelo en el desarrollo de las diferentes especies vegetales (Ruiz Zapatero 1983-85: 647 y Nuin y Borja 1991).

húmedo que el actual y que evidencian asimismo la cercana presencia de cursos más o menos estables de agua(42).

En cuanto a la identificación de especies animales o vegetales, no creo que deba ser éste el objetivo de las investigaciones. El desarrollar este tipo de planteamientos nos llevaría a una simple acumulación de datos ya conocidos para los distintos periodos cronológicos de nuestra investigación, que además de presentarnos concentraciones aleatorias de distintas especies en los distintos territorios, no nos permitirían ningún otro tipo de avance en nuestro conocimiento del pasado. Los análisis faunísticos deben ser valorados y relacionados dentro de sus (contextos arqueológicos generales)). Asimismo, es necesario considerarlos dentro de los procesos deposicionales que forman parte fundamental en la formación del sitio arqueológico.

La identificación de determinadas especies vegetales o animales en los distintos yacimientos del Valle del Ebro, servían y sirven, actualmente en algunas ocasiones, únicamente para determinar las bases económicas generales de estos lugares. De este modo, sólo se identificaban actividades ya conocidas anteriormente (agricultura, ganadería y su complemento de la caza y pesca), que heredadas teóricamente desde el Neolítico, eran los fundamentos necesarios de todas las economías prehistóricas posteriores. Es a partir de los años setenta cuando comienzan a realizarse los primeros análisis faunísticos que van más allá de la identificación formal de los restos de las especies animales encontradas en los distintos yacimientos. Uno de los primeros análisis(43) que encontramos, el del Castillo de Henayo (Llanos et alii 1975: 208), hace un estudio porcentual de consumos de carne a lo largo de sus fases. Es también este yacimiento, uno de los primeros en realizar análisis botánicos con el fin de conocer fundamentalmente el medio ecológico que rodea el lugar (Llanos et alii 1975: 205-206).

A pesar de evidenciar en los distintos análisis realizados una gran desproporción entre datos y teoría, podemos decir que la aplicación de modelos, estudiados en los primeros capítulos de este trabajo, han orientado la interpretación de los mismos desde sus propios posicionamientos. Es de este modo, que los postulados positivistas han tenido como objetivo, sin ningún otro tipo de criterio, la identificación de economías agrícolas o ganaderas, que ha llegado a suponer en algunos casos aislados, como es el de Maluquer de Motes (1958: 140) al basarse en los restos vegetales localizados dentro del poblado de Cortes, la existencia de un desarrollo extensivo de cultivos cerealistas y hortícolas (fundamentalmente trigo, cebada, mijo y en algunos casos nabo).

Los posicionamientos funcionalistas, representados fundamentalmente por el equipo de Harrison, consideran como necesario el estudio de las sociedades de acuerdo a su evidencia material y los modos de adaptación de éstos al medio, entendiendo esto último (como un todo integrado)) (Ruiz et alii 1986:40). Por ello consideran que la ausencia de hojas o láminas de sílex, las pocas armas y la falta de grandes piezas de sílex, dan la impresión de acercarnos a una realidad económica basada en una agricultura cerealista o de plantas fibrosas (Harrison et alii 1987: 70). La presencia en este yacimiento de Moncín de silos, además de los molinos parecerían confirmar tal extremo. Este mismo grupo de investigadores consideran las condiciones existentes en la protohistoria similares a las actuales y que incluso ciertos modos de vida agrícolas y ganaderos, que hoy día se conocen en esta misma región, son

(42) Debemos anotar que la situación climática actual de la Bardena es muy distinta. No hay cursos estables de agua y las condiciones climáticas en general son semidesérticas.

(43) Dejando aparte el anteriormente citado de J.M. Altuna para el Castro de las Peñas de Oro.

prácticamente los mismos que en el pasado pero «adaptados a la vida moderna» (Harrison et alii 1987: 97). Así transpolan datos modernos de actividades agrícolas (justificado estos mismos usos en el pasado), a las costumbres que hoy encontramos en esta región con el fin de justificar una continuidad de la economía desde la Edad del Bronce hasta hoy. Por todo ello se infiere, basándose en las especies animales identificadas en Moncín y en conocimiento de las costumbres agrícolas actuales, la existencia de un policultivo ganadero.

A modo de síntesis, creo necesario insistir en la elaboración de todo tipo de análisis ecológicos, puesto que éstos nos pueden abrir la puerta no sólo de un realidad económica, sino además social. Rompen además con los esquemas tradicionales de los estudios tipológicos y estratigráficos que ya actualmente presentan pocas soluciones de continuidad. Asimismo es necesario llamar la atención sobre la necesidad de no aplicar sobre las evidencias ecológica conocidas un método deductivo apriorístico que nos pueda llevar a conclusiones erróneas. Elementos como la pérdida sustancial de materiales, la indefinición de contextos, la selección aleatoria del lugar concreto de excavación, el tamaño de las muestras u otros factores derivados de la química edáfica (Morales 1990 253), deben ser tenidos muy en cuenta en la hora de realizar inferencias. Por otro lado no creo que sea conveniente la realización de reconstrucciones económicas que, basadas en elementos de la cultura material, no hayan sido objeto de una experimentación o «remontage» o no hayan sido objeto de análisis de huellas de uso. Estos pueden contribuir de modo importante a la determinación de actividades distintas a las que habitualmente les asignamos por la mera comparación etnográfica(44).

Por otro es excesivo la transpolación de datos que algunos autores realizan. Utilizados estos como si de variables un método científico se tratara, ya no sólo de las condiciones climáticas sino también los usos y costumbres de actualidad a la Edad del Bronce, llegan a relacionar formalmente los datos faunísticos de los grupos de edades aparecidas en el yacimiento de Moncín con los que aporta la actual cabaña ganadera de la población turca de Asvan (Harrison et alii 1987: 94). El objetivo de este análisis sería el comparar la mortandad de ovejas y cabras. Creo que este tipo de comparaciones no lleva a ninguna parte y son muchos los factores que Harrison y su equipo no ha tenido en cuenta a la hora de relacionar estos dos lugares. El más grave a mi entender, salvando la distancia temporal, espacial, social, económica e incluso ambiental de los dos lugares, es que Harrison está jugando en Moncín con una pequeña muestra de toda una totalidad existente, mientras que en la muestra de Asvan hace un estudio partiendo de la totalidad de su cabaña ganadera.

A pesar de constatar la necesidad de análisis, éstos deben estar perfectamente orientados desde proyectos multidisciplinarios de trabajo perfectamente coordinados, en los que se guarde una adecuada armonía entre la obtención de los datos y su posterior interpretación (Morales 1990: 252).

2.3.6. El desarrollo del proceso cronológico, histórico y arqueológico-cultural.

Desde que en 1834 C. J. Thomsen ideó un sistema de calificación de materiales basado en la materia prima de los artefactos, las investigaciones no han dejado de utilizar como ba-

(44) En este caso me estoy refiriendo a la necesidad de delimitar todas las posibilidades uso de elementos de cultura material que han venido asignándoseles ciertas utilidades que aunque sí en muchas ocasiones responden a su realidad instrumental, otras muchas no ocurre así. Un ejemplo podríamos considerar con la aparición en distintos yacimientos de molinos de piedra que automáticamente han sido identificados, sin ningún tipo de análisis de huellas de uso, con labores de molienda de grano, pero también deben tenerse en cuenta por ejemplo, su posible y nada descabellada utilización en algunos casos en la elaboración de pulimentados óseos, tan abundantes por otra parte en yacimientos como Moncín o Monte Aguilar.

se fundamental este sistema de las tres edades (Edad de piedra, Edad del Bronce y Edad del Hierro). Es evidente que esta clasificación, refrendada posteriormente en Europa por las secuencias estratigráficas, va a suponer el despeje de otras múltiples periodizaciones cronológicas que van a estar basadas fundamentalmente en el criterio tecnológico. Debemos tener en cuenta que los sistemas cronológicos «son instrumentos de medir el tiempo» y éstos dependerán, en su formulación, del concepto que tenga cada investigador sobre qué es la Historia. Dentro de los modelos epistemológicos presentados por Martínez (1989) y Martínez y Vicent (1984: 345-349) el «realismo» podría marcar lo que ha venido siendo un intento, basado en una metodología de corte positivista, de ir rellenado espacios en el eje unidimensional del tiempo histórico que, hasta este momento, presentaba abundantes vacíos. Este, es un tipo de periodización que no contempla proceso alguno y que estaría basado simplemente en el transcurso natural de los días, meses, años, lustros y siglos. Existe por otra parte una idea general de periodización basada en lo que es el cambio histórico, de modo que los periodos o fases del mismo, estarían estrechamente ligados a nuestro concepto particular de qué es cambio histórico. De este modo podemos encontrar tantos tipos de periodizaciones como presupuestos teóricos, escuelas históricas o llegando al extremo, tantos como individuos. El cambio en Prehistoria, ha sido habitualmente entendido desde concepciones de estudios realizados para momentos históricos posteriores, de modo que se han visto en los distintos momentos de la prehistoria grandes invasiones, crisis, discontinuidades, revoluciones o simplemente difusiones de elementos a gran escala que, normalmente después de un tiempo, debían ser matizados. Un concepto muy particular de entender el cambio en el desarrollo de la historia lo contempla la escuela historicista Alemana. Considera que los protagonistas de la historia son los grandes hombres, de modo que su concepto del tiempo en historia estará en relación a los periodos de vida de esos grandes personajes. Bosch Gimpera, deudor de esa escuela, plantea ante el anonimato de personajes que trae consigo la prehistoria, el reemplazar ese protagonismo por el que desarrollan los grupos étnicos (Bosch Gimpera 1932 a y b) como protagonistas indiscutibles, y antecedentes claros, de los que posteriormente serán las naciones (elemento algo más perpetuo que las personalidades históricas y que ya podemos rastrear sus orígenes en la Prehistoria). Desde otros puntos de vista, ya más recientes, se ha marcado el cambio histórico incidiendo en lo económico, social, político, estructural(45) o simplemente institucional.

Podemos generalizar diciendo que la gran mayoría de los investigadores no se han planteado qué es tiempo y cronología y cuál es su criterio al utilizar una determinada periodización. Tal y como indica M. I. Martínez y J.M. Vicent, se han venido utilizando un tipo de «declaraciones metateóricas» (adscripciones culturales como por ejemplo «lo Argárico o lo Hallstático») (1984: 344), que no han sido previamente analizadas ni contrastadas en su contenido material, teórico y filosófico (Martínez y Vicent 1984: 345).

En líneas generales y siguiendo el citado artículo de Martínez Navarrete y Vicent García (1984: 349-351) cabe concluir la existencia en general de dos tipos teóricos de periodizaciones: uno metodológico derivado de un modelo epistemológico convencionalista, y otro teórico, que basado en una postura tradicionalmente realista, tiene en común con el anterior que para sostener su coherencia deben estar fundamentados en «Sistemas teóricos consistentes que por el momento escasean» (Idem: 350).

(45) Entendido este aspecto como estructuras materiales.

Desde los comienzos de la investigación en el Alto Ebro, han venido utilizándose terminologías y periodizaciones que traídas de fuera, han sido encorsetadas a las realidades artefactuales y arqueológicas en general.

La primera periodización de Reinecke (1902), va a ser una sólida base para todas las investigaciones europeas del momento.

El escaso conocimiento de la Edad Bronce en el Alto Valle del Ebro, queda perfectamente reflejado en la elaboración, utilización y generalización del esquema tripartito tradicional (Bronce Inicial o Antiguo, Medio y Final), que aunque no responda a una realidad empíricamente demostrada, forma parte de un modelo teórico preestablecido por el que todo grupo cultural debía pasar (el de formación, desarrollo y fin).

Por otro lado la singularidad de la Edad del Hierro y un mejor conocimiento del mismo, hizo que se consideraran tradicionalmente dos fases (I y II), que refleja por un lado el mundo estrictamente hallstático y por otro lado el celtibérico, definido fundamentalmente por la cerámica anaranjada hecha a torno y la generalización de la metalurgia.

Todo lo referido al Bronce Final ha quedado con un amplio programa de indefinición. Perfectamente diferenciado de la cultura material anterior del Bronce Medio, sigue quedando muy confundido respecto a la posterior del Hierro I. Esto ha llevado a que se elaboren subfases para Bronce Final, que traídas fundamentalmente de los esquemas cronológicos europeos (sobre todo de los de los de Hatt [1961]), han sido transplantados sin apenas revisión alguna a las secuencias estratigráficas del Valle del Ebro(46).

Existen, fundamentalmente, tres modelos generales periodizativos (Burillo en prensa): uno de ellos estaría basado en el desarrollo del criterio clásico del (sistema de las Edades), que fundamentado en la tecnología como factor que conlleva el cambio, ha venido introduciendo a lo largo de los años las innovaciones periodizativas que se venían observando e introduciendo en las investigaciones europeas y del SE. Peninsular, encorsetando en muchas ocasiones la evidencia arqueológica a estos esquemas presupuestos. Por otra parte estaría el segundo modelo, desarrollado fundamentalmente por Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, que desarrollan el criterio periodizativo utilizado por Kimming (1954) en Centroeuropa pero aplicado al N.O Peninsular. Tienen presente el factor cultural (Los campos de urnas) y su desarrollo, en este caso de carácter interno (Vilaseca 1963) como elementos importantes en el conocimiento del cambio histórico de la protohistoria del Valle del Ebro y por lo tanto base de su sistema periodizativo.

La aparición de periodizaciones basadas en aspectos cronológicos ha llegado al estudio del Bronce Final - Primer Hierro de la mano M.^a Cruz Fernández Castro (1988) con criterios poco sólidos y en ocasiones equívocos, que entienden el cambio de siglo como un necesario cambio cultural. Considera la sucesión temporal como un criterio natural, a mi entender sin validez alguna, en la ordenación de cultura material y sus procesos, mal entendidos como históricos, puesto que identifica progreso tecnológico necesariamente con progreso cronológico. Es de este modo que nos encontramos con fases culturales que vendrían a coincidir con los periodos naturales del desarrollo cronológico (en este caso los siglos X, IX y VIII a. de C.) con los que estaríamos creando fronteras periodizativas totalmente artificiales, ajustadas más a nuestros esquemas de entendimiento temporal, que a una realidad histórica.

(46) La periodización de Hatt (1961), presentaría la siguiente seriación para el Bronce Final: Bronce Final I, IIA, IIB, IIIA y IIIB. Por otro lado este esquema tradicional europeo, aplicado en el Valle del Ebro sería el siguiente: Bronce Tardío o Final I, Bronce Final II y Bronce Final III (Burillo en prensa).

Esto es en definitiva la creación artificial de «compartimentos temporales estancos», totalmente cerrados, donde podemos introducir «objetos materiales antiguos», perfectamente observables en los dibujos de las publicaciones o en vitrinas de los museos, y que serían, siempre desde nuestro criterio subjetivo, más antiguos o más modernos de acuerdo a su carácter formal. Esta teoría llevada a su grado máximo de subjetividad, nos llevaría a considerar a estos objetos, incluso en algunos casos fases periodizativas definidas anteriormente por otros autores de modo distinto (Idem: 403), como correspondientes a un siglo determinado, de acuerdo a su complejidad tecnológica formal observada.

Discusión

En cuanto a la periodización tradicional, resulta algo complicado la realización de una crítica que conlleve asimismo una propuesta reconstructiva. Esta situación es debida a la tradición que, durante más de un siglo, ha arraigado fuertemente en esta zona una terminología basada en el sistema de las tres edades. Resulta ciertamente paradójico que tengamos que redefinir estos periodos, con una clara referencia tecnológica, mediante otro tipo de elementos que cada vez más presentan aspectos políticos, sociales, económicos e incluso étnicos para que el sistema siga manteniéndose. La aplicación de esquemas periodizativos, fundamentados en el desarrollo tecnológico europeo, nos presentan en el Alto Valle del Ebro una necesidad de tener que justificar una Edad del Bronce con una escasa presencia de este elemento metalúrgico, o una Edad del Hierro cuando todavía aun no tenemos evidencias de su utilización para ciertos momentos o lugares. La aplicación de estos esquemas periodizativos(47) planteados desde propuestas de pensamiento de carácter realista (Martínez y Vicent 1984: 346-347) están fundamentadas en bases empíricas observables, que identifican estructura del registro con la estructura de la periodización. Esto a mi entender es consecuencia de asumir la concepción de la teoría clásica general de la historia en la que se ha venido considerando una división continuada de la misma, perfectamente estructurada cronológicamente, en la Edades perfectamente definidas cronológicamente y marcadas en sus pasos por «grandes acontecimientos históricos». El esquema parece claro, y desde un planteamiento «realista» no admitiría discusión alguna, pero desde otros planteamientos esta estructuración es fácilmente desmontable. Es aquí donde volvemos hacer hincapié en nuestro propio criterio de qué es la Historia y el cambio histórico, que en definitiva nos darán el concepto de periodización que asumimos.

Por otro lado debemos asumir el importante arraigo e intentos de definición que han tenido las tres edades de modo que aceptaremos su utilización como referencia cronológica. de modo que hablar de Bronce Final y Edad del Hierro nos remita al periodo de tiempo, histórico desde la arqueología, que transcurre entre finales del segundo milenio hasta el final del primero a. de C.

Un problema se nos añade a todo esto, y es que tras la definición «metateórica» del Bronce Medio en el Valle del Ebro, por el que parece claro que podemos hablar de este momento (Barril y Ruiz Zapatero 1980; Barril 1982; Barril et alii 1982; Ruiz-Gálvez 1983) y la definición algo más inexacta, pero al parecer más o menos clara, de la existencia de un Bronce Final indígena-Primer Hierro (Aguilera y Royo 1978; Aguilera 1980; Royo 1987; Burillo en prensa), se ha introducido un término, el de Bronce Tardío (Harrison et alii 1987; Arteaga 1976) que justificaría el conocimiento de algunos fósiles guías como las excisas y el boqui-

(47) En esta crítica seguimos fundamentalmente tal y como reflejan las citas bibliográfica el trabajo de Martínez Navarrete y Vicent García (1984), que a nuestro entender es hoy por hoy uno de los que más profundiza en todo el tema referido a la periodización y sus concepción teórica.

que y la intuición de la posible existencia de una «expansión de Cogotas I, anterior a la llegada de los primeros Campos de Urnas» (Sesma 1991). Algunos investigadores (Sesma 1991; Burillo en prensa), vienen considerando este Bronce Tardío en una estrecha relación y nunca despegándose del conocimiento que tenemos del Bronce Medio.

En cuanto a la periodización de Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero me parece acertada su 'utilización exclusiva en contextos específicos de Campos de Urnas, porque es en estos lugares donde responde a una realidad cultural perfectamente constatable.

Por todo ello consideramos que es necesaria que la adopción de periodizaciones de carácter regional se adecúen a la realidad cultural de cada espacio. Es posible mantener, en general para la Ribera del Ebro, la periodización expuesta por Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, puesto que reflejan una parte significativa de esa realidad cultural que conocemos. Un complemento de la misma deberá reflejarse en una periodización de carácter más general, que tenga en cuenta otras realidades comunes que, por el hecho de ser menos conocidas, no deben ser obviadas. Por lo tanto, aun con el peligro de caer en un determinismo tecnológico, considero posible la utilización en un estadio general más amplio, de una periodización de carácter tradicional que simplificada en sus etiquetas, y éstas definidas metateóricamente, reflejen tanto aspectos estructurales, ambientales, sociales y económicos que les den, aun no correspondiendo a la realidad enunciada, una consistencia teórica. Culturalmente(48) considero que debe identificar grupos culturales, individualizados, situados cronológicamente por criterios periodizativos universales inamovibles, tales como referencias al «tiempo científico», expuesto por Chang (1976: 36) o las periodizaciones climáticas(49), puestas asimismo en relación a un proceso periodizativo general, que contemple la aparición de nuevos elementos arqueológico - culturales como vestigios de conocimiento de una realidad social.

Otro aspecto interesante a destacar, es el tratamiento que se le ha dado por parte de los investigadores al proceso histórico. Si aceptamos como válida la propuesta de Chang (1976:11) que sostiene que la arqueología es «el estudio de las culturas del pasado, y de su historia, mediante la observación de sus vestigios», convendremos la necesidad de propuestas teóricas sobre el proceso histórico de las culturas, como elementos dentro de una dinámica concreta. No podemos decir que esta necesidad haya sido ampliamente contemplada por las investigaciones protohistóricas del Alto Valle del Ebro, donde se ha planteado principal y casi exclusivamente las invasiones venidas de centroeuropa, como prácticamente el único «proceso histórico», contemplado durante la protohistoria. Y es que se ha tenido una idea del cambio histórico como convulsión social o cambio radical, es decir, se ha entendido el cambio histórico como revolución. De este modo se ha considerado que una invasión suponga una importante convulsión social, sobre todo si la entendemos en el sentido traumático de la palabra; podemos hablar de revolución metalúrgica o cerámica cuando éstos son elementos que, no quitándoles su verdadera importancia, han venido siendo utilizados por los arqueólogos fundamentalmente en la elaboración de esquemas cronológicos, no llegando a conocer su valor real dentro de su contexto social. Personalmente creo que las cosas no han tenido porqué ser necesariamente así, y lo que se ha venido viendo como una invasión en torno al cambio del segundo al primer milenio a. de C., hoy parecen entretenerse como sim-

(48) Entiendo aquí por cultura, tomado este término fundamentalmente desde la sociología y adecuando a mi propio concepto de la misma la definición dada por N. Dérec (1984: 3470), como el conjunto de aspectos tales como lengua, ideas, organización social, economía, cultura material y costumbres que caracterizan a un grupo social.

(49) Este tipo de periodizaciones ya han sido contemplados para el estudio de otros periodos como el Paleolítico.

ples movimientos migratorios de carácter pacífico (Baldellou 1982; Ruiz Zapatero 1983-85; Fernández Castro 1989: 25; Burillo en prensa). Por otro lado los modos de vida intuitos por la introducción de estos nuevos elementos, no se ha detectado que lleven a fuertes cambios, no por ello tener que evaluar las nuevas condiciones tanto económicas como sociales que de hecho pueden conllevar. Es esto por lo tanto, una simple apreciación de matiz, en la que tendremos que situar de ahora en adelante al cambio histórico no dentro de lo puramente material, sino puesto en relación con lo cultural en todas sus dimensiones, evaluando de este modo su incidencia tanto económica como social. Es aquí donde tendremos que contemplar el cambio histórico(50), no siempre como un cambio radical (aunque en algunas ocasiones sí se pueda contemplar como tal) y sí como un proceso evolutivo. Para ello se hace necesario la elaboración de propuestas teóricas de trabajo que desde la consistencia de las mismas permitan ir avanzando en nuestra investigación.

Hasta ahora hemos venido hablando de cultura, pero este concepto no tendría para nosotros validez alguna si no lo contemplamos desde el registro arqueológico, que en definitiva va a ser quien nos muestre las evidencias que siempre serán integrantes de una parte cultural de un grupo social. La distancia existente entre cultura y registro, ha sido en muchas ocasiones un paso infranqueable. De hecho las interpretaciones que se han venido realizando desde este último, se han realizado como una lectura literal de las estratigrafías, entendiéndolo en muchas ocasiones a éstas como un fósil guía más. Asimismo los registros arqueológicos y sus evidencias han venido siendo considerados más como un rasgo cultural en sí mismos, que las huellas susceptibles de ser identificadas e interpretadas, que deberemos reconstruir tanto en sus formas como en sus procesos de formación naturales o antrópicos. Es por ello que considero necesario la realización de reconstrucciones etnográficas en los yacimientos, como paso previo al desarrollo de inferencias culturales. Por otro lado, es habitual, fundamentalmente desde los criterios de trabajo positivistas, el reconocimiento del yacimiento como unidad aislada de trabajo, dificultándonos en gran manera las reconstrucciones culturales que evidentemente se desarrollan también más allá de la misma cata de trabajo y más allá del propio yacimiento. No debe ser olvidado la necesidad que la excavación siempre tendrá un carácter de muestra aleatoria de parte de un todo cultural, del que tan solo nos queda una muestra de todo su aspecto material.

2.4. El problema de las «invasiones».

2.4.1 Características.

Tras un periodo de fuerte polémica, fundamentalmente después de la guerra civil española en relación a la problemática de las invasiones indoeuropeas en la Península Ibérica, asistimos a otro de un cierto silencio investigativo en el que apenas se presentan aportaciones. Sólo algunos trabajos puntuales vienen a aportar nuevas e interesantes propuestas de investigación, llegando a acallar las disputas teóricas mantenidas anteriormente por algunos investigadores. Haciendo un repaso general de la bibliografía sobre el tema, podemos observar que es a partir de los años setenta cuando comenzamos a asistir ese cambio sustancial en el desarrollo de la investigación. De este modo, tras muchos años de venir infravalorando los investigadores todo sustrato indígena peninsular como meros receptores de las novedades que se producían más allá de los Pirineos. O. Arteaga y F. Molina van a plantear por primera vez la necesidad de revisar estas teorías de carácter eminentemente difusionistas, des-

(50) Expreso aquí el sentido que tiene para mí el concepto de «cambio histórico», que podrá ser modificado desde otros planteamientos teóricos del mismo.

tacando la importancia de este sustrato como el principal protagonista de su propio desarrollo cultural. Como ya hemos anotado anteriormente en la historiografía sobre el tema, el estudio de la cerámica excisa se había venido considerando como una evidencia clara de la existencia de invasiones célticas (Molina y Arteaga 1975: 175). Este presupuesto, incluso había hecho pensar a Maluquer de Motes (1971: 115-1 16) que la ausencia de este elemento en los Campos de Urnas catalanes y su presencia más o menos abundante en el Alto Ebro, marcaban el camino de penetración de este elemento decorativo a través de los Pirineos occidentales y no por los orientales (Ruiz Zapatero 1979: 268). De este modo quedaba más o menos trazada la ruta de penetración seguida por la invasión céltica del siglo IX que traería este nuevo elemento. Con este planteamiento quedaban al descubierto toda una serie de contradicciones, entre ellas la mayor antigüedad de las cerámicas excisas peninsulares respecto a las transpirenaicas. Esta apreciación vino a dar como resultado la necesidad de considerar el origen peninsular de la cerámica excisa, con claros orígenes en la Edad del Cobre, y la existencia de un segundo horizonte también de excisas que, existentes durante el Bronce Final- Edad del Hierro, se ponían en relación a los movimientos transpirenaicos del primer milenio, conviviendo con las perduraciones residuales de las excisas de la meseta (Molina y Arteaga 1975: 176). Esta primera crítica sería al paradigma invasionista, va a traer consigo un posterior replanteamiento no sólo de su carácter sino también de la necesidad de identificar los grupos culturales que forman ese sustrato indígena.

Estos nuevos planteamientos, tras poner en duda toda una serie de afirmaciones tenidas hasta el momento como casi inamovibles, van a ir acompañados asimismo de una continua matización cualitativa de las ideas invasionistas. Es de este modo que cada vez hablemos menos del término «invasión», y una vez superada la idea cuasi militar de la misma (Baldellou 1982; Ruiz Zapatero 1983-85: 1038; Fernández Castro 1988: 25; Burilo en prensa), comencemos a asistir cada vez con mayor frecuencia a la utilización de expresiones tales como «migraciones», «movimientos de gentes» (Arteaga 1978: 15 - 30), «aportes étnicos» (Baldellou 1982: 97; Ruiz Zapatero 1983-85: 1044-1045) o «penetraciones de reducidos grupos suprafamiliares» (Ruiz Zapatero Idem), que a mi entender, una vez definido qué se entiende por unidad suprafamiliar, reflejaría perfectamente el nuevo estado de la cuestión(51).

La presunta connotación violenta de la llegada de nuevas gentes al Valle del Ebro, es un claro error de los arqueólogos, que formados en una concepción clásica de los estudios históricos, identificaban invasión y violencia. El paralelismo más claro sobre el tema y del que posiblemente se ha tomado esta idea lo presentarían las invasiones bárbaras que asolan y acaban con el Imperio Romano (Ruiz Zapatero 1983-85: 25). Los más recientes estudios sobre el tema sin embargo observan que los poblados indígenas del Bronce final oscense, no observan un cambio brusco en sus modos de vida con la llegada de las nuevas gentes(52) (Baldellou 1982: 97). Por otro lado los datos arqueológicos tampoco nos hablan de acciones violentas e incluso parece apreciarse que son los <<supuestamente invadidos los que colaboran en la propagación del nuevo estado de cosas» y continúan habitando los poblados, por lo que parece que no cabe hablar de procesos guerreros destructivos (Arteaga 1978: 28). Por otra parte no podemos decir nada sobre los mecanismos de integración de estas nuevas gentes (Baldellou: Idem), pero parece evidente que éstos son de carácter pacífico y que traerán como consecuencia cambios profundos y el crecimiento de la cultura de los Campos de Urnas (Arteaga: Idem). Lo que sí sabemos es que asistimos a un momento de cierta estabili-

(51) Sobre el término de «aporte étnico» ver la crítica que realizamos del uso inconsciente del mismo, en el capítulo titulado «la etnia en la documentación arqueológica».

(52) Este mismo proceso creo que podría ser perfectamente aplicable al resto del Alto Valle del Ebro.

zación, puesto que como ya advirtió Arteaga, nos encontramos poblados de larga duración, con viviendas construidas en materiales deleznable y situados en rutas de tránsito. Este mismo autor ha sugerido por una parte la dificultad que supone englobar a estos nuevos grupos dentro de un «cuerpo de civilización general» y la necesidad de ir conociendo progresivamente su ámbito territorial de modo que podamos contextualizarlos dentro de su «propio proceso histórico» (Arteaga 1978: 16-21). Hoy sólo podemos destacar que la llegada de estas nuevas gentes tiene como consecuencia cultural más importante en gran parte del Valle del Ebro el cambio en el ritual de enterramiento (Royo 1985: 53).

2.4.2. La causas de la migraciones.

Resulta paradójico como la pregunta clave sobre el por qué de las migraciones o invasiones ha ido pasándose por alto en la investigación peninsular. Es realmente ésta, la pregunta que primeramente nos deberíamos plantear al abordar este problema, pero en muchas ocasiones es más fácil presentar la forma de unos acontecimientos que el fondo de los mismos. Para que esto no ocurra tendremos que realizar una serie de preguntas, que si queremos poder abordarlas con unas mínimas garantías, habremos de enmarcar dentro de un planteamiento teórico que nos permita su confrontación dialéctica.

Son varias las hipótesis que se han planteado como las causantes de migraciones de gentes a partir del fin del segundo milenio. Entre ellas se han considerado como más importantes las hipótesis climáticas, económicas, demográficas, militares o incluso religiosas.(53)

Las hipótesis climático-económicas, siguiendo la tesis del Dr. Zapatero, consideradas ya desde el final de los años 20 (Kraft 1927), plantean un decrecimiento de la pluviosidad en torno al 1300-1200 a. de C. en Centroeuropa, Esto traería consigo la necesidad de acudir a colonizar otras tierras más altas o alejadas, que aunque puede que peores condiciones edáficas, cuenten con las lluvias suficientes como para seguir desarrollando una actividad mixta agrícola y ganadera.

Otro tipo de hipótesis, que también han estado y están en boga, son aquellas que afirman la existencia de un fuerte aumento demográfico en Centroeuropa. Es probable que esto pudiera suceder, pero no creo que fuera explicación en sí de movimientos migratorios, puesto como ya ha indicado el Dr. Ruiz Zapatero (Idem: 1037) cualquier hipótesis planteada debe tener presente este hecho.

También, durante muchos años la investigación, fundamentalmente pre y protohistórica, ha venido fundamentando la idea de la expansión de las nuevas innovaciones tecnológicas por medio de la expansión militar de los grupos que las originan y que portarían, casi traídos de la mano, estos nuevos elementos. Suponer esta afirmación como verdadera y observar el mapa de irradiación por todos los territorios continentales (Chapa y Delibes 1983: 492), traería como consecuencia el tener que afirmar, aun defendiendo un considerable aumento demográfico, un desbarajuste demográfico en Centroeuropa (Arteaga 1978: 28).

La generalización de la incineración en el rito de enterramiento, también ha querido ser vista como una causa que llevara a la explicación de éstos movimientos de gentes. Pero a mi modo de ver, esta circunstancia debe ser entendida más como una consecuencia que como una causa que explique el por qué de estos acontecimientos. Es decir no creemos que existiera un interés especial en difundir un modo de enterramiento o un rito religioso concreto,

(53) Un estudio y relación de estas hipótesis, con sus respectivas referencias, lo encontramos en la tesis doctoral de Gonzalo Ruiz Zapatero (1983-85: 1035-1040).

aunque no por ello infravaloremos la importancia que pudieran tener los factores espirituales e ideológicos.

No creo que podamos considerar como una y única la hipótesis que explique la causa de estos movimientos migratorios, sino que tendremos que considerar como varios e interrelacionados los factores causantes de los mismos. Trabajos como el de Ruiz Zapatero (1985: 91) o Arteaga (1978: 24-30) han añadido nuevas hipótesis de estudio al referirse a la búsqueda, por parte de estas gentes, de mejoras en las condiciones agrícolas, ganadera o mineras, sin descartar la posibilidad de mejorar simples exploraciones del terreno. Oswaldo Arteaga (Idem) por su parte, ha observado que la práctica de actividades como la ganadería, el pastoreo y la transhumancia no son novedosas de estos momentos y que, practicadas en nuestra región desde el Eneolítico, fueron posiblemente importantes factores que ayudaron en la indoeuropeización peninsular. Las propias comunidades indígenas cercanas a las fuentes de recursos fueron las que favorecieron este proceso de aculturación (Idem: 30).

2.4.3. Las rutas(54)

Junto al desarrollo de las distintas teorías invasionistas, el ir configurando el mapa de penetración de estas penetraciones indoeuropeas, ha venido siendo hasta ahora un trabajo prioritario. Tras muchas polémicas en relación a cuáles eran los pasos pirenaicos empleados por estas nuevas gentes, que llegan en torno a los comienzos del primer milenio a la Península Ibérica, Maluquer de Motes (1958:131) hace la primera crítica, aunque un tanto somera, a su estructuración general. Considera como un «error inconsciente» el hecho de que porqué existan pasos fáciles por el Pirineo Vasco se tenga en cuenta todo origen remoto europeo en torno a ellos. Esta propuesta quedará matizada con la idea de las «hermandades», considerando, de este modo, la existencia de relaciones muy fluidas a través de los pasos orientales, algo menos por los occidentales y aún en menor grado por los centrales (Maluquer de Motes 1968; 1971). Aunque no explícitamente, en estas teorías subyace la idea que estas relaciones funcionaban desde bastante antes del primer milenio. Teniendo todo esto presente Maluquer de Motes (1958: 124) afirma que la población más antigua que se establece en Cortes, llegaría remontando el Ebro y no a través de los pasos Pirenaicos Occidentales Es de este modo que queda abierta la posibilidad de las redes hidrográficas como caminos naturales y en algunos casos, si consideramos su navegabilidad (Castiella en prensa), serían las auténticas arterias de vida económica. Dentro de un esquema general del Valle, el río Ebro quedaría como el eje central de llegada, tanto de influencias culturales como de gentes (Maluquer de Motes 1968; Mohen 1980: 222; Castiella 1986:148 y en prensa; Royo 1987: 74;). Junto a éste, como mejor ruta para los Campos de Urnas de las áreas más mediterráneas, también se presentaría la marcada por la cuenca del río Garona(%) (Arteaga 1976: 19; Mohen 1980: 222). Investigaciones ya más de carácter local, han venido reafirmando la importancia de las cuencas fluviales como vías de comunicación (Llanos 1978 a: 120; Castiella en prensa; Mohen 1980; Almagro Gorbea 1986 b: 377-380; Burillo 1981; Rey 1987 y Maya 1981).

A pesar de que ya han pasado bastantes años desde el planteamiento de las primeras hipótesis sobre las rutas seguidas por las «invasiones» de los Campos de Urnas, se ha conti-

(54) Seguimos en este apartado el mapa 9.

(55) No debe olvidarse por todo ello la existencia también de relaciones que, con un «carácter interno», cruzaban continuamente el Pirineo (Arteaga 1976: 19).

nuado abundando en el tema. De este modo Llanos (1978 a) y Baldellou (1982: 96), remarcan la existencia de estímulos orientalizantes, como en su día ya lo dijera Maluquer de Motes (1958), llegados principalmente a través de la Cerdeña.

Somos conscientes que la localización de yacimientos de este momento, nos pueden indicar un jalonamiento en las distintas rutas seguidas por sus gentes. También debemos tener en cuenta, que estamos asistiendo a un aumento en el número de éstos yacimientos en la medida que se van realizando proyectos serios de investigación que contemplen la realización de prospecciones sistemáticas. Estas, hoy cada vez más, nos están acercando a una realidad que nos muestra que en el Nordeste Peninsular son pocos, y cada vez ya menos, los vacíos arqueológicos(56). Si atendemos a esta circunstancia, observamos que estaríamos configurando una vasta red de comunicaciones por todo el valle del Ebro, en el que su arteria fundamental estaría marcada por el río del mismo nombre. Oswaldo Arteaga (1976: 19) ha observado por otro lado, una continuidad en la utilización de las vías de comunicación, frecuentadas asimismo por las poblaciones indígenas como por parte de las gentes de los Campos de Urnas. Esto además de confirmarnos la importancia de los cauces fluviales como auténticas vías de comunicación, nos informa de una estrecha convivencia entre los grupos de los Campos de Urnas e indígenas, que denominamos del Bronce Final (Idem).

Con todo ello cabe afirmar que son muchas las rutas y no una única las empleadas por los Campos de Urnas en su despliegue por el Alto Valle del Ebro. Queda como sólida hipótesis de trabajo que la ruta del río Ebro y, para el otro lado de los Pirineos, la del Garona son las principales vías de tránsito y comunicación.

Como otra hipótesis de trabajo, está la posibilidad de estudio de la vía natural que forman las cuencas prepirenaicas, que desde la de Tremp (Lleida), hasta la misma Llanada Alavesa, están perfectamente comunicadas por corredores interiores. No sería difícil contemplar la posibilidad de la bajada de gentes desde éstas hacia la Ribera del Ebro, a través de las redes hidrográficas que las drenan de Norte a Sur, planteando de este modo unas nuevas vías naturales de comunicación. Estas ideas, que ya han sido anotadas someramente por algunos investigadores, creo que deberán ser tenidas muy en cuenta en posteriores trabajos.

No debemos olvidar la ruta del comercio del estaño, planteada por la Protohistoria tradicional como la que cruzaba todo el Cantábrico y llegaba al Mediterráneo a través de Gibraltar. Sobre este tema, de nuevo Arteaga (1976:18), ha planteado una necesidad de evaluar esta incidencia y asimismo considerar la mayor sencillez que supone la comunicación del comercio Atlántico y Mediterráneo a través del istmo de Aquitania en vez de la travesía marina alrededor la Península Ibérica. Esto quedaría más reforzado aun, si se tiene en cuenta la existencia de fuertes contactos durante el Bronce Final y el Hierro Antiguo entre el Languedoc Occidental y esta mismas tierras Aquitanas.

Somos conscientes que el trazado de estos trayectos se ha venido realizado, en algunos casos de modo apriorístico, y por otro condicionados en cierto modo por los estudios de carácter geográfico; pero por otro lado, es a mi entender necesario la realización de planteamientos teóricos de base, que con hipótesis de trabajo como las aquí expuestas, lleguen a ser contrastadas en serios y completos proyectos de investigación.

(56) Véase el caso de prospecciones, que como las realizadas en los Monegros (Maya 1981) o en las Bardas reales de Navarra (Sesma 1988), han demostrado la existencia de un poblamiento importante en el pasado en estos territorios. Tradicionalmente estas dos regiones semi-desérticas, y por un traslado de las condiciones ambientales del presten al pasado, habían sido consideradas por los investigadores en general, y entre ellos Maluquer de Motes (1971:115), como inadecuadas para la ocupación humana (Ruiz Zapatero 1988: 37).

2.4.4. Los cálculos

Un interesante capítulo dentro de este tema lo presentan los distintos estudios, que desde planteamientos matemáticos y estadísticos, se han venido realizando en torno a las poblaciones indoeuropeas. Los estudios realizados, fundamentalmente desde modelos poblacionales tomados de la Geografía. Gonzalo Ruiz Zapatero (1983-85: 1045-1051) presenta el único estudio, que englobando todo el Valle del Ebro y por lo tanto la cuenca alta del mismo, establece un modelo teórico de cálculo que considera dos aspectos fundamentales: por un lado estaría el cálculo poblacional y por otro el modelo de expansión.

El primero de ellos, teniendo como base los hábitats y necrópolis conocidos en esta área hasta 1983, cuenta con el problema que supone la desigualdad de prospección de las distintas regiones (Idem: 1045) por lo que el cálculo presentará un índice de error considerable por no ser representativo de toda el área. En su reconstrucción del modelo, Ruiz Zapatero presupone un mismo comportamiento poblacional para las gentes que llegan al Valle del Ebro que para los de otras regiones europeas. Esto, puesto en relación al número de necrópolis y hábitats conocidos hasta el momento en todo el Valle del Ebro, que por otra parte no son muy abundantes, le ha permitido suponer la llegada de unos pocos millares de inmigrantes, que para resolver con garantías una expansión geográfica rápida, tendrían que contar, con una tasa de crecimiento vegetativo relativamente alta, en torno al 08 % (Idem: 1046). La otra variante poblacional a tener en cuenta sería la duración temporal de la expansión. Esta ha sido cifrada en los 200 años, y sólo para los campos de Urnas antiguos.

En cuanto al modelo de expansión, Ruiz Zapatero (1983-85: 1047-1051) asume en su estudio para el Nordeste Peninsular y más concretamente para su región más oriental, el modelo teórico de «wave of avance» elaborado por Ammerman y Cavalli-Sforza (1973 y 1979) que según él, se ajustaría a la realidad migratoria de la región. Este modelo presentaría un tipo de expansión «continua y lenta con movimientos de cortas distancias y un índice de avance constante» (Ruiz Zapatero 1983-85; Renfrew 1990: 108-113). En él, tendríamos que contemplar la distancia desde los pasos Pirenaicos hasta el Ebro y su relación con las dataciones radiocarbónicas conocidas.

Creo interesante destacar esta propuesta de estudio como pionera de un planteamiento científica por primera vez en todo el Valle del Ebro. Esto ha sido realizado con el fin de calibrar lo más asépticamente posible la realidad poblacional desde los datos que disponemos. Anteriormente a este estudio, se había publicado otro, que contemplaba aplicación de variables estadísticas y sus correspondientes formulaciones para una aproximación de conocimiento a la demográfica del Sur de Euskalherria (Galilea 1983). Las variables que contempla este trabajo, están basadas en el número de evidencias funerarias conocidas, la cronología de las mismas y la vida media de la población. Posteriormente (Almagro Gorbea 1986 a; Ruiz Zapatero y Chapa 1990: 363-364) se ha presentado una propuesta metodológica para el estudio del poblamiento, inspirada en estudios recientes de necrópolis centroeuropeas del Bronce Final y Edad del Hierro. Aunque este estudio esté referido a otro ámbito cultural y momento cronológico, puede ser un ejemplo válido que nos marque nuevas perspectivas en el desarrollo de nuestra investigación.

Por otro lado no debemos caer en el error de presentar estos trabajos como paradigmas investigativos, porque además de no serlos, estamos jugando en todo momento con un tipo de variables dependientes de la calidad de recogida de datos, de la información de los mismos y el nivel de intensidad de trabajo en las regiones sobre las que realizamos el estudio, etc. Aunque podamos criticar algún tipo de inconcreción en estos dos estudios aquí citados,

cabe resaltar que suponen un primer paso importante en la elaboración una metodología científica. Hay que tener claro por otra parte, que estos estudios, sólo son un intento de aproximación a los números de la realidad poblacional del momento; que son un instrumento metodológico más con el que podemos contar; y que con la progresiva revisión, detección y corrección de sus posibles fallos de método, podemos llegar a alcanzar un mayor grado de desarrollo inferencial, que permita acercarnos de un modo más científico a la realidad arqueológico-cultural del final del segundo y comienzos del primer milenio.

2.4.5. La aportación antropológica al estudio y sus dificultades

El desarrollo de la investigación del alto Valle del Ebro, se encuentra con la gran dificultad del escaso conocimiento de restos antropológicos para el espacio temporal de estudio en el que nos movemos. A ello ha contribuido un mayor conocimiento de los hábitats, tanto cuantitativa como cualitativamente, y una escasa incidencia de las necrópolis, de las cuales apenas contamos con diecinueve (Royo 1990:126 y Llanos 1988:138) (Mapa 6). Consecuencia de esto va a ser el predominio casi exclusivo de la investigación de los primeros tipos de yacimiento en detrimento de los segundos. Por otro lado, debemos tener en cuenta que el escasísimo número de necrópolis conocidas para este momento, no permiten apenas estudios antropológicos, debido además que la práctica del rito de la incineración es general para este periodo. Con este panorama investigativo, distintos autores han venido resaltando las pocas aportaciones que caben realizarse en este campo, siendo por ello casi imposible distinguir razas (Bosch 1939; 1951;1960; García Bellido 1950;1951; Tovar 1957; Fernández Castro 1988: 25; Burillo en prensa) o determinar mediante comparación antropológica, si hubo algún tipo de aporte étnico (Baldellou 1982: 97). Algunos investigadores vienen proponiendo como línea de trabajo la identificación y diferenciación de «grupos», atendiendo a su realidad cultural (Burillo en prensa; Arteaga 1978: 29).

Pese a todo este latente pesimismo investigador, algunos estudios están permitiendo dar los primeros pasos sobre este dificultoso tema. Ruiz Zapatero, expone ya en su tesis doctoral (1983-85: 1009), la posibilidad del estudio de esquirlas óseas, que no habiendo soportado temperaturas muy altas en el proceso de incineración, han podido llegar hasta nosotros. Estos escasísimos restos, pueden ser susceptibles de ser estudiados y comparados, permitiéndonos de este modo abrir nuevos horizontes de trabajo en la investigación.

Aunque fuera de nuestros límites espaciales, el estudio antropológico (Lorenzo inédito) realizado en los túmulos de los Castelletts de Mequinenza (Royo 1987: 73), ha permitido, por las características de los enterramientos en este lugar⁽⁵⁷⁾ la identificación étnica que básicamente componen los restos inhumados y la posibilidad de suponer que no ha existido, con la llegada de los Primeros Campos de Urnas a esta zona, un cambio cuantitativo en la población.

Otro trabajo que cabe destacar es el realizado en el estudio de la inhumaciones infantiles del Alto de la Cruz en Cortes (Mercadal et alii 1990: 219-243), donde no se ha podido determinar etnia alguna, suponemos que por tratarse de individuos neo o perinatales. Por otro lado, sí que se hace un estudio de edades y de diferenciación de sexos aplicando para ello un análisis multivariante de los restos óseos de éstos individuos.

(57) Recordamos que en este yacimiento excavado por José Ignacio Royo, se documenta la existencia de los dos rituales de enterramiento (inhumación e incineración), coincidentes en un momento dado con las primeras aportaciones de los Campos de Urnas (Royo 1987: 73).

(58) Especialmente los de José Manuel Reverte Coma: Gonzalo Ruiz Zapatero y Teresa Chapa Brunet: y aunque más concretamente para un momento celtibérico, donde son importantes las fuentes escritas, ver el artículo presentado por Marisa Ruiz-Gálvez Priego.

El desarrollo de la investigación científica y el trabajo interdisciplinar, está permitiendo desarrollar nuevas técnicas con un sorprendente potencial de información (ver como ejemplo para el Valle del Ebro los artículos sobre este tema presentados en Burillo 1990 Coord.(58)).

Para finalizar este apartado, debemos remarcar la importancia que estudios como los de los Castelletts de Mequinenza o los del alto de la Cruz de Cortes de Navarra tienen para el desarrollo del conocimiento poblacional. Estudios de éste y otros tipos son necesarios como métodos de trabajo al servicio de nuestro planteamiento teórico de investigación, siendo en todo momento conscientes de que son un medio y no un fin en sí mismos.

A pesar de que el planteamiento teórico ideal debía ser así, debemos asumir la realidad material de la investigación del Alto Valle del Ebro, donde observamos, que cada vez se hace más urgente la realización de prospecciones sistemáticas que contemplen, además de las habituales localizaciones de poblados, las de sus correspondientes necrópolis. El desequilibrio de conocimiento entre unas y otras es tal, en el Alto Valle del Ebro, que indudablemente está afectando a los planteamientos teóricos de la investigación. Por otro lado las necrópolis existentes están en general mal estudiadas u olvidadas. Incluso, algunas de ellas, están en un serio peligro de destrucción (Burillo 1990: 377). Son muchas las posibilidades inferenciales que nos pueden ofrecer este tipo de yacimientos. Además son los lugares donde mayor y mejor información podemos obtener para la realización de estudios poblacionales, sociales y antropológicos, y por lo tanto será aquí donde podremos calibrar de un modo más o menos fehaciente la incidencia y características antropológicas de esas supuestas gentes nuevas llegadas al Alto Valle del Ebro.

2.4.6. La etnia en la documentación arqueológica

La realización de estudios antropológicos en el Alto Valle del Ebro ha estado casi exclusivamente orientada como un elemento de determinación de razas (braquicéfalos o mediterráneos gráciles), sexo de los individuos o edades de los mismos(59). Este tipo de estudios, ha traído como consecuencia la inconsciente identificación de éstos con la determinación de grupos étnicos(60). cuando en realidad sólo son datos de los que deberemos hacer un esfuerzo inferencial para la reconstrucción de nuestro pasado.

Francisco Burillo (en prensa) al referirse al concepto de etnia lo tacha de «ambiguo en su definición por su riqueza conceptual», que debe ser planteado, en el estudio de la documentación arqueológica, desde el marco de un proyecto teórico bien fundamentado. Distintos investigadores sí parecen estar de acuerdo en que no debe identificarse el concepto de etnia con una raza, una lengua o una cultura (Burillo en prensa; Renfrew 1990: 177). Por su parte Renfrew (Idem), desde sus propios posicionamientos procesualistas, añade a esta concepción de etnicidad, una idea tomada de la antropología(61): Propone, que para hablar de etnia, es necesaria la existencia por parte de un grupo de un reconocimiento propio de distinción, como parte de sus derechos de nacimiento. Por otro lado, y para definir mejor este concepto, también debemos matizar y tener en cuenta que aunque organización política y etnicidad suelen coincidir, esto no siempre tiene que ser así (Idem).

(59) Hay que indicar que estos análisis dejando aparte el realizado por Mercadal et alii (1990), han sido realizados fundamentalmente para otros momentos cronológicos fuera ya de nuestro ámbito de estudio.

(60) La aportación más extensa que encontramos al tema es la de Burillo (en prensa), al que sigo fundamentalmente en la realización de éste capítulo.

(61) Más concretamente de la definición que tomada de T. Dragadze (1980) y hace suya sobre el concepto de etnicidad.

Llegados a este punto, cabría preguntarse sobre la realidad étnica de los Campos de Urnas y qué es lo que podemos llegar a conocer de ellos desde la simple evidencia arqueológica. Las distintas investigaciones desarrolladas, como ya hemos visto anteriormente, parecen afirmar la existencia de nuevos aportes poblacionales en torno a los siglos cercanos al cambio del primer milenio. Estos han sido confirmados además por los estudios antropológicos (Ruiz Zapatero 1983-85: 1009-1012). Varias son las preguntas claves que deberemos realizarnos si en algún momento queremos hablar de estas gentes como «grupo étnico» y por tanto, asumiendo la definición planteada como «etnia», pertenecientes a un cuerpo de civilización. Más lejos todavía nos queda su idea o conciencia de pertenencia como elemento definidor de ésta, pero podremos establecer los mecanismos metodológicos que nos acerquen a ella.

Sobre este tema, investigaciones de carácter materialistas nos están permitiendo, por las propias inquietudes de sus planteamientos, obtener valiosas informaciones al respecto. Por primera vez en la investigación peninsular de los setenta, y ya cada vez más en los años 80, se comienza hablar de jerarquías sociales y de no productores para la pre y protohistoria, lo que nos permite pensar en la existencia de una organización suprafamiliar, origen a mi parecer de la diferenciación de los grupos étnicos(62).

Para los campos de Urnas afirmar la existencia de «aportes étnicos», conlleva intrínsecamente aceptar a estos grupos culturales, como partes integrantes de un cuerpo de civilización. Serían de este modo, parte de una estructura de organización jerárquica suprafamiliar y supracultural. Su penetración en el Valle del Ebro, supondría seguir aceptando, por parte de sus miembros, la validez de esa «superestructura» de la que seguirían formando parte.

En cuanto llegamos a los momentos de la Protohistoria que cuentan con la existencia de fuentes clásicas, este tema parece aclararse de algún modo, pero también la revisión crítica de las fuentes es necesaria en toda investigación. Renfrew (1990:175) ha advertido por ejemplo sobre la polivalencia conceptual de la palabra «celta» (63), que utilizada así por los romanos, no sabemos si se refiere a los que a ellos, desde su propia concepción del término, les aparecía como un grupo étnico concreto. También esta palabra, puede referirse a otros conceptos muy distintos, como el vocablo con el que estos pueblos se autodeterminaron, referirse a un grupo lingüístico, ser, para los arqueólogos, un complejo arqueológico de la Europa Centro-occidental que engloba varias culturas conocidas arqueológicamente, u otras muchas más acepciones que podamos pensar.

Vistos estos planteamiento y aceptando como válida a priori la definición que hemos dado de etnia, parece evidente que es difícil hablar y conocerlas en la protohistoria, y cuando se hace referencia a ellas, suele ser casi siempre para momentos tardíos de la misma y remitiéndonos a las fuentes escritas(64). Es quizás por esto que las distintas investigaciones no se hayan atrevido a abordar este tema, por lo dificultoso del mismo y por la necesidad de tener que elaborar un planteamiento teórico complejo, no muy común por otra parte para nuestra zona de estudio. Por otro lado con las evidencias arqueológicas que contamos, poco podemos llegar a inferir sobre este tema y menos aun sobre el sentimiento de pertenencia o la conciencia de diferenciación.

(62) Llevando a un extremo la definición de «grupo étnico» cabría plantearse la posibilidad del «clan familiar» como la unidad atómica de la etnia.

(63) Término que según las fuentes clásicas es referido a una etnia.

(64) Un ejemplo de esto lo podemos observar en el Congreso sobre «fronteras» que se celebró en el año 1989, donde el concepto de etnia quedó definido más que desde el conocimiento arqueológico, desde el conocimiento de las fuentes escritas.

Desde los posicionamientos que contemplan el estudio de la cultura material, parece existir un cierto escepticismo sobre el tema, mientras que se vislumbra alguna posibilidad inferencial desde postulados materialistas, que en este tema sería interesante desarrollar.

Creo por lo tanto necesario como un primer paso a realizar, la consolidación de una fase de definición y de conceptualización del término, cuáles son nuestros posicionamientos teóricos respecto al concepto de etnia y ser conscientes de su utilización, para que podamos elaborar a posteriori una metodología, que de acuerdo a nuestros principios, nos permita acercarnos a la determinación de su realidad.

2.4.7. El Problema de la lengua

Un tema sumamente problemático es el de los aportes lingüísticos, pero por otro lado, es éste uno de los muchos aspectos con el que contamos en la identificación de un grupo cultural y étnico (aunque no sea definitorio en sí mismo [Burillo en prensa]). Además de esto, nuestro momento de estudio es extremadamente delicado en relación a este tema, porque ya para un periodo cronológicamente posterior (a partir del siglo III a. de C., según Burillo en prensa), Observamos en las primeras inscripciones del Valle del Ebro, el claro establecimiento, ya en momentos anteriores, de lenguas de origen indoeuropeo. Todo esto ha sido relacionado con la llegada de nuevas gentes a la Península Ibérica (Baldellou 1982: 97) que llevarían a cabo la indoeuropeización del Valle del Ebro en general y más concretamente su parte alta y media en torno a los siglos IX-VIII a. de C. (Ruiz Zapatero 1983-85: 1003). Este planteamiento queda más enredado si cabe por la presencia del euskera, como lengua no indoeuropea, que pervive hasta nuestros días, pudiendo salvaguardarse del mismo modo que su cultura, al sobrevivir, según algunos autores, mejor que otras poblaciones a la mezcla genética de gentes que fueron llegando a esta zona a lo largo de la pre y protohistoria (Cavalli-Sforza 1988: 132). El Euskera está claro que es una lengua utilizada durante el fin del segundo y comienzos del primer milenio. Además en relación a ella, los investigadores parecen estar de acuerdo sobre su origen en momentos prehistóricos (ver por ejemplo entre otros: Barandiarán 1934; Barandiarán Maestu y Vallespi 1984: 212-213; Cavalli-Sforza 1988).

Entrando a analizar la teoría existente en relación a las implantaciones lingüísticas, Renfrew (1990:105) desde planteamientos procesualistas, ha desarrollado los modelos que según él, pueden llegar a hacer que una lengua se hable en un área determinada. Estos son, según este mismo autor y con el peligro de llegar a ser simplistas, los siguientes:

- la colonización inicial.
- la sustitución.
- el desarrollo continuo.

Dentro de los modelos de sustitución que, en principio, serían los aplicables al Alto Valle del Ebro con la llegada de lenguas de origen indoeuropeo, cabría plantearse si ésta se dio siguiendo los planteamientos de Renfrew, mediante lo que él ha llamado una contingencia «demográfico - subsistencial» o la llegada de una «élite dominante». Más fácil sería hablar del primero de los casos, que supondría la irrupción de un grupo de gentes que hablan una nueva lengua (Idem 107) y que se ha puesto en relación con los primeros Campos de Urnas (Ruiz Zapatero 1983-85: 1001) aunque algunos investigadores como Arteaga (1978: 25) han sugerido la idea de que sus raíces puedan ser anteriores a la llegada de éstos. Lo que sí parece claro es que las causas de esta irrupción son evidentemente exógenas, puesto que vienen acompañadas de otros elementos culturales nuevos, que ya han sido anteriormente evaluados.

Para un momento sensiblemente posterior caben, según las hipótesis expuestas por Ruiz Zapatero, la posibilidad que plantea Untermann (1963; 1965) de una evolución interna de las lenguas indoeuropeas dando lugar a las distintas lenguas celtibéricas posteriores, que son las bases lingüística de la Protohistoria que sí conocemos.

Por otro lado, metodológicamente hablando, durante estos últimos años, están proliferando cada vez más en nuestra zona de estudio, prospecciones que dan gran importancia a la toponimia. De este modo contamos para un mejor conocimiento del proceso de indoeuropeización del Valle del Ebro con la identificación tanto de hidrónimos, topónimos, como antropónimos y teónimos (Tovar 1957; Hoz 1963; Ruiz Zapatero 1983-85; Burillo en prensa). Algunos autores como Baldellou (1982: 97), considera como posible un «aporte étnico» centroeuropeo si atendemos a la abundante toponimia céltica existente. En un intento de llegar más allá de lo puramente lingüístico, y teniendo presente la última referencia citada, Ruiz Zapatero (1983-85:1002-1005) ha identificado, atendiéndose a la dispersión espacial de los yacimiento de Campos de Urnas Antiguos y el de los hidrónimos(65) indoeuropeos antiguos del NE. Peninsular, la estrecha correlación existente entre unos y otros, aunque éste dato nunca pueda ser concluyente.

Este tema ya complicado por sí mismo, ha sido en muchas ocasiones obviado deliberadamente. En otras muchas ocasiones, fundamentalmente desde planteamientos positivistas, se nos ha remitido a los lingüistas y por tanto no lo encontramos desarrollado. A ello se une la especial dificultad que presenta la Península Ibérica y por extensión el Valle del Ebro en relación a éste tema, tanto por su diversidad en la orientación geográfica como en su realidad cultural, que sólo podremos hacer avanzar, como hipótesis de trabajo a desarrollar, desde la colaboración con los estudios lingüísticos.

(65) Estos, han sido considerados por Tovar 1957; Hoz 1963 y Ruiz Zapatero 1983-85, como las más antiguas evidencia lingüísticas en relación con la indoeuropeización de la Península Ibérica.

III. PROPUESTA DE DESARROLLO INVESTIGATIVO

1. El desarrollo teórico

Comenzando con los planteamientos teóricos presentados en este trabajo, considero primeramente que las posturas basadas en un modelo de corte positivista, están hoy día agotadas en sí mismas. Los presupuestos difusionistas que las han acompañado, ampliamente criticados y revisados, las han encerrado en su propio nihilismo teórico (Triger 1986). Por ello, considero que este modelo, que tiene ya como objetivo único la obtención de secuencias estratigráficas, es en estos momentos repetitivo y no tiene otra orientación específica que la meramente museística. Asimismo, carece de fundamento teórico alguno y lo único que puede traer consigo en la arqueología es un daño irreparable en el patrimonio.

Otros posicionamientos como los funcionalista, estructuralista (entendido este como estudio de las estructuras materiales), o materialistas, están comenzando a aportar nuevos elementos para la investigación.

Para un buen desarrollo del trabajo de investigación, es necesario tener un mínimo conocimiento del medio ambiente, no entendido como un determinismo ecológico (funcionalismo), sino como un condicionante más del propio hombre dentro de su propio medio físico y dimensión social.

El materialismo, así como el funcionalismo en algunos casos, está aportando interesantes planteamientos y métodos de trabajo, que considero deben ser evaluados, experimentados y aplicados, probando de este modo su validez para el desarrollo de la investigación científica(66). Los postulados materialistas, en ciertas ocasiones quedan determinados por sus propios planteamientos, dándose situaciones que pueden llegar a encorsetar la evidencia arqueológica a una teoría predefinida. Por otro lado resulta interesante su capacidad de elaborar inferencias de carácter social, político y económico, no teniendo que por ello considerarlos como una panacea investigativa, sino como un medio de aproximación a una realidad, que cada investigador deberá plantear desde su particular perspectiva histórica.

2. Metodología

Muy relacionado con el planteamiento teórico, se echa en falta trabajos que contemplen el desarrollo de algunos aspectos metodológicos. Para ello deben plantearse con urgencia la elaboración de trabajos sistemáticos de prospección y en algunos casos de excavación, con una metodología adecuada a cada momento y lugar. Estos, deben ser englobados dentro de proyectos regionales que estén acotados, en el espacio, por límites de carácter natural (unidades geográficas estructurales) y no políticos. La prehistoria está claro que no entiende de fronteras actuales.

(66) Algunos de ellos ya ha demostrado exitosamente su posibilidad de aplicación (vease como ejemplo Burillo et alii 1981, Ruiz Zapatero y Burillo 1988).

En cuanto a las excavaciones a realizar, deben restringirse a los mínimos necesarios como complemento a información que no nos puedan aportar los trabajos de prospección.

El arqueólogo debe ser consciente de las necesidades metodológicas de cada momento y cuál es el fin que se persigue con ellas. De este modo podrán ser orientados los distintos trabajos de uno u otro modo. Durante estos últimos años la incorporación de nuevos criterios en la recogida de información (Ramos 1986) así como en el estudio de la génesis y desarrollo de los distintos procesos dentro de los mismos yacimientos (ver por ejemplo Schiffer 1983; Wood y Johnson 1979; Burillo et alii 1981; Ramos y Riesco 1982) deben contemplarse cada día más. Ello nos permitirá obtener una gran parte de la información, que con una metodología tradicional estamos perdiendo continuamente.

El desarrollo de la metodología de prospección durante estos últimos años está permitiendo realizar importantes inferencias espaciales de gran interés para el conocimiento social, económico y político. Los distintos proyectos de investigación deben tener cada día más presente esta técnica como un método de trabajo eficaz de acuerdo con su planteamiento teórico. La depuración y validez de las distintas técnicas están siendo continuamente revisadas en cuanto a su efectividad y validez(67) (Ruiz Zapatero y Burillo 1988; Ruiz Zapatero en prensa); están siendo complementadas con otras metodologías, que permiten crear un sólido cuerpo interdisciplinar de investigación (Burillo y Picazo 1983) que además permiten desarrollar eficazmente sus diseños.

Asimismo deberemos revisar, siguiendo el planteamiento del esquema propuesto por Schiffer 1988 y Ruiz Zapatero 1991, los trabajos de laboratorio como bases fundamentales para el posterior desarrollo de la inferencia. Para ello es necesario realizarlos del modo más objetivo posible de acuerdo a una metodología estadística o arqueométrica que nos facilite el manejo de información de cara a la realización de inferencias.

3. El proceso cultural

Con los términos «Bronce Final- Hierro I», se ha querido hacer, desde un normativismo cultural, una gran civilización para toda Europa, que basada en el estudio de «fósiles guía», uniformaba todas las culturas del continente como el primer origen político del mismo (Rowlands 1984). Es cierto que no podemos olvidar la existencia de grupos sociales, de fuera y dentro de la Península, que son englobados dentro de un cuerpo común de civilización indoeuropeo. Pero ello, ha traído de un modo no inocente la generalización de periodizaciones con criterios más tecnológicos (utilizados en Europa) que cronológicos.

Una vez definido primeramente qué es cultura y posteriormente qué es etnia, podemos identificar y definir los caracteres culturales de un grupo determinado y, en un estadio posterior, los elementos definidores que marcan su diferencia frente al otro.

La generalización de los fósiles guía(68) ha inundado la investigación arqueológica de influencias culturales más o menos lejanas. En Protohistoria éstos, están determinados fundamentalmente por algunas formas o decoraciones cerámicas. La generalización del C14, ha per-

(67) En este aspecto el Dr. Ruiz Zapatero ha definido dentro del desarrollo de la arqueología anglosajona de elaboraciones de proyectos multifásicos o la polémica suscitados entre la necesidad de realizar un aprobección intensiva o probabilística.

(68) La generalización de los fósiles guía (También llamados fósiles directores), fue junto a las dataciones radiocarbónicas los elementos que justificaban, hasta hace no mucho tiempo, los modelos difusionistas. Estos se basaban en el hallazgo de un nuevo elemento de estos para marcar los caminos por los que necesariamente tendrían que transitar los objetos y gentes desde un centro productor de los mismo hasta su destino final. Este esquema queda totalmente superado especialmente tras la publicación de Renfrew (1986).

mitido fechar con bastante exactitud algunas de ellas, pero creo que debemos contextualizar en su justa medida estos elementos. Por un lado deberemos definir si lo que éstos nos están indicando son realidades culturales (por ejemplo Cogotas), cronológicas (Bronce Final, Hierro I, etc...), o ambas a la vez. Por otro lado, una vez indicado esto, deberemos contrastar y constatar su validez para definir cultural y/o cronológicamente contextos arqueológicos cerrados.

4. El proceso histórico

A lo largo de todo este trabajo he ido definiendo cuál es mi idea de cambio histórico. En todo él, he dejado entrever que son principalmente los procesos sociales los que, según mi criterio, van a ir determinando éste. Entiendo por «cambio social» la dialéctica evolutiva engendrada por la relación hombre - hombre y su avance multilineal condicionado (que nunca determinado) por una serie de factores como pueden ser los ambientales, los culturales (definidos en su capítulo correspondiente), o los económicos. Sería absurdo hablar de protagonismos individuales o de colectividades como el hilo conductor del proceso histórico. La prehistoria juega con el gran inconveniente (que a mi modo de ver debe ser entendida como ventaja) del anonimato social e individual. Es por ello que estamos en condiciones de poder hablar de un proceso, que sólo podemos atisbar tenuemente desde el nivel de conocimiento de una restringida parte de la evidencia arqueológica. De todos modos nuestra hipótesis de trabajo se fundamentaría en la pervivencia de la tradición cultural anterior, que bien arraigada en el segundo milenio, no va a variar en algunos casos hasta mediados del primero.

Es posible pensar en la existencia de un cambio de las condiciones ambientales (Nuin y Borja 1991) que influyen en el desarrollo de los distintos procesos económicos. Posiblemente éste, fuera menos apreciable en la evidencia arqueológica de nuestra zona de estudio, pero lo suficiente como para comenzar, a partir del cambio de milenio, la ocupación definitiva de las tierras bajas.

El poco conocimiento que tenemos de las necrópolis (no relacionadas con el mundo megalítico), tanto de la segunda mitad del segundo milenio como del primero, hacen que nuestro esfuerzo inferencial en relación a los aspectos sociales sea mucho mayor y, en estos momentos, sólo podamos hablar de simples hipótesis de trabajo. Lo que sí podemos entrever, es que a partir de mediados del segundo milenio comenzamos a apreciar en torno a la Ribera del Ebro la existencia de evidencias protourbanas, que nos remiten a una clara necesidad de organización suprafamiliar. La zonas altas (ver distribución que proponemos en el mapa 8) seguirían con sus modos de vida tradicionales, bien arraigados desde los inicios del Bronce en el mundo megalítico, y que según algunos autores (Barandiarán Maestu y Vallespi 1984), quedaría patente en la generalización de cromlechs con incineraciones (Burrillo en prensa).

La llegada de los Campos de Urnas no parece suponer un cambio importante en los modos de vida indígenas. Sólo va traer consigo la construcción de poblados de nueva planta como El Castillar de Mendavia (Castiella 1985), El Alto de la Cruz de Cortes o Partelapeña en El Redal, todos ellos en torno al siglo VIII (Alvarez y Pérez 1987) o IX a. de C. (Maluquer de Motes 1958). Este hecho, traerá como consecuencia la consiguiente revitalización económica de la ruta del Ebro. El gran desarrollo de esta vía, en torno a los primeros siglos del primer milenio (posiblemente en torno al siglo VII a. de C.), va a permitir que las diferenciaciones sociales se ahonden con la aparición de una estructura jerárquica que organice los canales de distribución, el desarrollo del comercio y organización laboral. Esta diferenciación, creemos que puede estar basada en la acumulación de excedentes(69) para el intercambio comercial

y el acceso a objetos de reconocido prestigio(70). Este es el hecho que, a mi entender, marcaría en este momento el cambio histórico. En él, se generalizaría el comercio como actividad económica más importante, se marcaría el comienzo de las diferenciaciones sociales y étnicas y se supera el ámbito familiar como base fundamental de organización. Evidencias como la construcción de la muralla en el poblado de Cortes tras su destrucción violenta hacia el 700 a. de C.; la destrucción también en torno al 700 de poblados como El Castillar o Partelapeña (Burillo et alii), la detección de nuevas formas cerámicas (Maluquer de Motes 1958) o la generalización del enterramiento individual (incineración) marcarían, lo que a mi entender, convencionalmente se ha denominado los inicios de la Edad del Hierro, en los que Maluquer de Motes ya había apuntado procesos sociales (1958: 40). De este modo a la definición metateórica de la Edad del Hierro le damos una casuística de carácter político-económico que quedará perfectamente reflejada en la nueva organización y realidad social.

5. El desarrollo cronológico y temporal

Teóricamente urge distinguir y definir conceptos distintos, que tradicionalmente se han venido utilizando de modo poco crítico como sinónimos. Este es el caso de las realidades culturales, temporales y humanas, que deben ser perfectamente distinguidas. En algunos casos se ha venido utilizando el término «periodización» para referirse a aspectos culturales cuando la cultura, en sí misma, no es un argumento periodizativo.

Debemos tender a la utilización de criterios periodizativos, que basados en elementos climáticos o cronológicos como bases inamovibles, tengan en cuenta aspectos tecnológicos, económicos (siempre que éstos queden bien definidos en sus contenidos) o cualquier otro que podamos considerar.

Desde mi planteamiento de estudio considero válido el criterio estrictamente cronológico, pero asumiendo un criterio periodizativo masivamente utilizado como referencia temporal en el Alto Valle del Ebro, asumo también las dos realidades periodizativas existentes (La tecnológica y la cultural) como convencionalismos válidos (Martínez Navarrete 1988: 131 y ss.), pero referentes a distintas regiones. Una de ellas, aunque basada en un principio en criterios tecnológicos, se referiría a la realidad indígena existente, antes, durante y después de la llegada de los Campos de Urnas. Esta periodización sería válida en principio para las tierras altas de la Ribera del Ebro y para la zona Norte del Alto Valle del Ebro que hemos marcado en un mapa número 8. Asimismo, contemplo el inicio del Bronce, como una evolución sin apenas cambios de la realidad megalítica anterior, que iría hasta mediados del segundo milenio a. de C. En un momento posterior se sigue esta misma tradición megalítica con la construcción de cromlechs. Es en este momento cuando comenzamos, por una parte, a asistir al nacimiento de una organización urbanística, más o menos incipiente y al surgimiento de una sociedad jerarquizada, hechos que englobaremos dentro de los procesos característicos y definidores de lo que se viene denominando «Edad del Bronce».

Por otra parte asumo también la periodización de Campos de Urnas para la Ribera del Ebro, por ser por ahora donde se ha documentado su existencia. Por lo tanto a mi entender es válida la periodización que propone Almagro Gorbea (1977) y Ruiz Zapatero (1983-85) en esta zona.

(69) no sólo alimenticios sino también cerámicos, como se ha atestado en algunas casas de Cortes (Maluquer de Motes 1958: 142) o las llamadas «tiendas» de la Hoya (Arkeikuska 85), sino también de otro tipo de elementos que todavía no hemos determinado.

(70) Según Burillo (en prensa), estos productos suntuosos serían entre otros: «objetos de hierro, fíbulas, vasijas tanto de lujo como de recipientes de productos varios como vino, perfumes o aceite.

La destrucción y abandono de poblados y reconstrucción de otros de nueva planta, la aparición por primera vez durante el primer milenio a. de C. de cambios en la estrategia del asentamiento(71) la incorporación de nuevos elementos tecnológicos y la consolidación de una sociedad perfectamente jerarquizada (Maluquer de Motes 1958; Burillo en prensa), todo ello en torno a un momento muy concreto de comienzos del siglo VII a. de C., hace que podamos hablar de la existencia de un cambio tanto social, como económico y posiblemente político. Estas son razones suficientes para poder decir que entramos en una dinámica más o menos nueva, que existe una inflexión histórica y que deberemos ir calibrando su importancia. Todo este proceso ira paulatinamente avocando hacia una lenta formación y consolidación de las etnias que parecen ya sólidas unos siglos más tarde.

6. Ideas sobre los nuevos aportes poblacionales

La existencia de movimientos migratorios transpirenaicos parecen ser algo normal ya desde momentos anteriores al segundo milenio. Esto se refuerza aun más si tenemos en cuenta la relación existente entre los grupos sociales enclavados en torno a esta cadena cordillera montañosa. A pesar de ello, no parece ser que se hayan producido migraciones a gran distancia y sólo debamos hablar de los contactos normales que puedan existir entre poblaciones o grupos sociales vecinos.

En torno al cambio de milenio la llegada de grupos que practican la incineración, uno de los elementos culturales más llamativos que los arqueólogos hoy día podemos percibir, parece estar suficientemente bien documentada en los pasos pirenaicos orientales tanto Ampurdanenses, como los que llegan al Ebro a través del Cinca y el Segre. Por lo que se refiere a los pasos centrales y occidentales, no tenemos, tras 75 años de estudios sobre el tema, ninguna evidencia fehaciente de su utilización durante la protohistoria.

Como propuesta de estudio, y atendiendo a las últimas investigaciones realizadas, parece muy sugerente la posibilidad de que la difusión de los Campos de urnas que llegan al Alto Ebro, se produjera desde la zona del Cinca-Segre a través de la cuencas prepirenaicas(72) pudiendo en todo momento utilizar las vías fluviales que las drenan perpendicularmente, como posibles rutas para descolgarse hacia la Ribera del Ebro. Por ello parece fundamental el estudio y conocimiento de estas depresiones, prácticamente ignoradas hasta el momento, para conocer la incidencia real de los Campos de Urnas en ellas.

Parece reafirmarse la ruta del Ebro, tal y como ya han advertido algunos investigadores, como vía de comunicación principal, añadiéndose a ella, la hipótesis de la vía del Garona, que nos comunicaría la región Pirenaica con las Landas del SO. francés, Suponiendo de este modo la existencia de un goteo poblacional que, desde el Alto Cinca-Segre, discurriría a través de las dos vertientes pirenaicas. Es de este modo que consideramos la cordillera Pirenaica como un nexo de unión entre sus poblaciones, que por mimetismo y vecindad favorecen el desarrollo de los nuevos elementos culturales en sus poblaciones.

Debemos tener en cuenta la importancia del sustrato indígena, como clave para entender la verdadera dimensión de lo que son las tradicionalmente denominadas «invasiones indoeuropeas». Parece advertirse una pacífica convivencia entre los dos grupos (el indígena y

(71) Este sería el caso de la aparición, perfectamente documentada, de una muralla de adobe en Cortes (Maluquer de Motes 1958).

(72) Más aún si tenemos en cuenta que éstas están perfectamente comunicadas por corredores internos, paralelos a la cordillera Pirenaica, desde la Cuenca de Tremp (Lleida) hasta la misma Llanada Alavesa (Nuin y borja 1991).

el supuestamente invasor). Esto, a mi entender, podría explicarse de dos modos: o que los recién llegados son un grupo más o menos reducido de personas, que no manifiestan un peligro para los grupos asentados anteriormente y que influyen a la larga culturalmente en los grupos indígenas, o que los terrenos de nueva «colonización», ocupados por los grupos de C.U., no eran vitales o explotados por estos grupos indígenas. Esto supone para ellos más que una rivalidad, un complemento y enriquecimiento económico y cultural indirecto a través del intercambio, contacto y comercio con los nuevos vecinos.

Los Campos de Urnas tradicionalmente han venido siendo considerados como un pueblo agricultor, debido a que su patrón de asentamiento está localizado fundamentalmente en llanuras aluviales o cerca de ellas (consideradas tradicionalmente fértiles para el desarrollo de la agricultura). Es por ello que se ha supuesto su explotación. El problema se presenta cuando hacemos un reconocimiento de los resultados de los análisis faunísticos de los distintos yacimientos de Campos de Urnas que nos demuestran la importancia de sus cabañas ganaderas (Ruiz Zapatero 1985: 91).

7. Conclusiones al tema de la fase final de la prehistoria reciente en el Alto Valle del Ebro

Dejando de lado todo el tema de los posicionamientos teóricos, que ya hemos planteado anteriormente, podemos concluir ciertos aspectos sobre la prehistoria final en el alto Valle del Ebro.

Durante el final del segundo y comienzos del primer milenio, se produce la entrada por los pasos pirenaicos orientales de grupos de gentes. Estos son étnicamente distintos a los ya asentado en todo el Valle del Ebro. Su llegada no debe ser entendida como una invasión de carácter militar, hacia un territorio en concreto, sino como una arribada paulatina de personas que van buscando nuevas tierras y territorios con el fin de mejorar sus condiciones de vida. Esta búsqueda parece estar relacionada con un cambio en las condiciones climáticas, demostradas para este periodo (Burillo et alii 1981), y posiblemente con algún otro factor todavía por determinar.

Desde mi punto de vista los grupos que llegan y se establecen en el Alto Valle del Ebro, están estrechamente relacionados con los que cruzan los pasos pirenaicos catalanes. Las cuencas prepirenaicas y los ríos que las drenan perpendicularmente van a ser los caminos naturales de estos grupos primeramente hacia la Ribera del Ebro y posteriormente hacia la parte alta del Valle de este mismo río.

La diferenciación metateórica entre lo que es el Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Ebro vendría antecedido claramente por esta nueva realidad socio-cultural. La llegada de estos nuevos grupos, diferentes étnicamente a los ya asentados en el lugar, va a engendrar unas nuevas condiciones políticas, sociales y económicas. Socialmente la mutua aculturación entre los recién llegados y los elementos del sustrato indígena es evidente por la coetaneidad existente ambos. Este hecho comienza además a estar consolidado por las evidencias que están aportando recientes excavaciones arqueológicas. Es por ello que a partir de los primeros momentos del primer milenio a. de C. comienza a apreciarse un cambio evidente entre los distintos grupos establecidos en el Alto Valle del Ebro. Se pueden observar una formas de vida que, basadas cada vez más en una economía de intercambio, van a traer como consecuencia una organización social más compleja y estructurada en una red de control de carácter suprafamiliar. Este cambio queda también constatado por la evidente acumulación de excedentes, como podemos apreciar en el poblado

de Cortes de Navarra (Maluquer de Motes 1958) y en la posesión, cada vez de modo más individualizada, de objetos que conllevan un prestigio social.

Asistimos también a una jerarquización de la sociedad que queda perfectamente reflejada en ciertos elementos económicos. Esta nueva situación, también trae consigo la existencia de un control del comercio y sus vías y para ello es necesario la creación de unos medios de control y desarrollo de las mismas y que hasta ahora no estaban constatadas.

Todo ello definiría metateóricamente, en nuestra zona de estudio, dos periodos bien diferenciados desde un punto de vista socio-económico (Bronce Final y Hierro Antiguo), y que, hasta ahora, no habían sido identificados de modo diferencial por el hecho de buscar su caracterización desde criterios exclusivos de diferenciación de la cultura material.

Orkoien, 11 de Marzo de 1992

IV. BIBLIOGRAFIA

AA.VV.

- 1977: *Atlas gráfico del País Vasco*, Madrid.
- 1983: *Museo de Arqueología de Alava*, Vitoria.
- 1989: *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13, Teruel.

AGORRETA, J. A.; LLANOS, A.; APELLANIZ, J. M.; FARINA, J.

- 1975: «Castro de Berbeia. (Barrio-Alava). Memoria de excavaciones, campaña de 1972», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 8, Vitoria, pp. 221-292.

AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; FLORES, C. Y TORRE M.^º P. de la

- 1986: «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce final y su evolución», *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp. 33-58.

AGUILERA ARAGON, I.

- 1980 a: «El yacimiento protohistórico del «Cabecico Aguilera» en Agón (Zaragoza)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, V, Borja, pp. 83-118.
- 1980 b: «La Edad del Bronce: La muela de Borja», *Atlas de Prehistoria y Arqueología Aragonesas*, A. Beltran dir., Zaragoza, pp. 46-47.

AGUILERA, I.; PAZ, J. PEREZ CASAS, J.A.; ROYO, J. I.

- 1984: «Dos fechas radiocarbónicas para la protohistoria en la ciudad de Zaragoza. Gavini Sepulcro», *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3, Zaragoza, pp. 101-112.

AGUILERA, I. Y ROYO, J.I.

- 1978: «Poblados Hallstáticos del valle del Huecha», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, II, Borja, pp. 9-44.

ALMAGRO BASCH, M.

- 1935: «El problema de la invasión céltica en España según los últimos descubrimientos», *Investigación y Progreso*, Madrid.

- 1947-1948 «Sobre la fijación de las invasiones indoeuropeas en España», *Ampurias*, IX-X, pp. 326-329.
- 1952: «la España de las invasiones célticas. la invasión céltica en España. España protohistórica», *Historia de España*, Menéndez Pidal (Dir), tomo 1, vol,II, parte 1, pp. 1-278.

ALMAGRO GORBEA, M.

- 1973 : «C14,1973. Nuevas fechas para la Prehistoria y la arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, pp 9 -43.
- 1977 : «El Pícs dels Corbs de Sagunto y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica», *Saguntum*, 12, Valencia, pp. 89-141.
- 1986 a : «Aproximación inicial a la paleodemografía Ibérica», *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp. 177-293.
- 1986 b : «Bronce Final y edad del Hierro (La formación de las etnias y cultura prerromanas), *Historia de España, Prehistoria*, 1, Ed. Gredos, Madrid, pp. 341-532,
- 1989 «Las técnicas del radiocarbono», *A distancia*, Junio, Madrid, pp.54-60

ALTUNA, J.

- 1965 «Fauna del yacimiento «Castro de las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava)», *Boletín Sancho el Sabio*, 9, Vitoria, pp. 157-182.
- 1975 : «Fauna de mamíferos del Castro del Castillo de Henayo - Alava (Edad del Hierro)», *Estudios de Arqueología alavesa*, 8, Vitoria, pp. 213-219.
- 1980 : « Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización», *Munibe* 32, (1-2), Donostia.

ALTUNA, J. Y MARIEZKURRENA, K.

- 1983 : «Los restos más antiguos de gallo doméstico en el País Vasco», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, Vitoria, pp. 381. 386.

- ALTUNA, J.; MARIEZKURRENA, ARMENDARIZ, A. BARRIO, L. del; UGALDE, TX.; PEÑALVER, J.
- 1982: «Carta arqueológica de Guipúzcoa», Munibe, 34, San Sebastián, pp. 5-242.
- ALVAREZ CLAVIJO, P. Y PEREZ ARRONDO, CL.
- 1987 : *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Logroño.
- 1988 : «Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en La Rioja», *Cuadernos de investigación histórica*. Brocar número 14, Logroño, pp. 103-118.
- ALVAREZ GRACIA, A.
- 1987 : «El yacimiento protohistórico de Palermo en Caspe (Zaragoza). Aproximación a la secuencia cultural Bronce Final-Hierro en el valle medio del Ebro», *Arqueología Aragonesa* 1985, Zaragoza, pp. 75-77.
- AMMERMAN, A. J. Y CAVALLI-SFORZA, L. L.
- 1973 : «A population Model for the difusion of Early Farming in Europe», *The explanation of Culture Change*, Renfrew, C. (Ed.), London, pp. 343-359.
- 1979 : «The wave of avance. Model for the spread of Agriculture in Europe», *Transformations Mathematical Approaches to Culture Changes*, Renfrew, C. y Cooke, K. L. (Ed.), Academic Press, London, pp. 275-293.
- APELLANIZ, J.M.
- 1974 : «El grupo de los Husos durante la Prehistoria con cerámica del País Vasco», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7, Vitoria, pp. 7-409.
- 1975 : «Cueva de Santimamiñe», Munibe, XXVII, San Sebastián, pp. 3-136.
- APELLANIZ, J. M. Y FERNANDEZ MEDRANO, D.
- 1978 : «El sepulcro de la chabola de la hechicera (Elvillar, Alava). Excavación y restauración», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 9, Vitoria, pp. 141- 221,
- ARANZADIANA
- 1991 : *Aranzadiko Berriak 1990*, Sociedad de Ciencias Aranzadi Zientzi Elkarte, Donostia-San sebastian.
- ARKEOIKUSKA
- (1981/82-1991): Gobierno Vasco-Eusko Jaularitza, Vitoria-Gasteiz
- ARTEAGA, O.
- 1977: «Problemas de la penetración céltica por el Pirineo occidental (ensayo de aproximación)», XIV, *Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 549-564.
- 1978 : « Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas. Aproximación a la valoración de los elementos autóctonos», 2, *Col-loqui Internacional d'arqueologia de Puigcerdá*, Puigcerdá, pp.13-30.
- ARTEAGA, O. Y MOLINA, F.
- 1977 : «Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares», XIV, Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, pp. 567-586.
- BALDELLOU, V.
- 1982: «Estado actual de la prehistoria en el alto Aragón: Aspectos generales» ,4rt col-loqui internacional de arqueologia de Puigcerdá, *Homenatge al Dr: Miquel Oliva Prat* Puigcerdá, pp. 89-98.
- BALDEON A.
- 1983: «Raices en la Prehistoria», *Alava en sus manos*, 18, Vitoria, pp. 9-40.
- BARANDIARAN, J.M.
- 1934 : *El hombre primitivo en el País Vasco*, San Sebastián.
- 1964 : «Excavaciones en Solacueva de Lacoymonte (Jócano, Alava). Campañas de 1961-1962», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, VIII, 1, 2, Vitoria, pp. 5-28.
- 1968 : «Excavaciones en Solacueva de Lacoymonte (Jócano, Alava)», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3, Vitoria, pp.117-129.
- 1971 : «Excavaciones en Solacueva de Lacoymonte (Jócano, Alava). Campañas de 1961-62», *Investigaciones Arqueológicas en Alava*, Vitoria, pp. 111-145.
- BARANDIARAN MAESTU, I.
- 1973 : «Los cuencos de Axtroki (Bolívar, Escoriaza, Guipúzcoa)», *Noticario Arqueológico Hispánico*. Prehistoria II, Madrid, pp. 173-210.
- 1988 : «Antecedentes prehistóricos de Euskal Herria: Bases estratigráficas», II *Congreso Mundial Vasco*. *Congreso de Historia*, Tomo I, Vitoria - Gasteiz, pp. 15 -35.
- BARANDIARAN MAESTU, I. Y VALLESPI, E.
- 1984 : *Prehistoria de Navarra*, Pamplona.

- BARANDIARAN MAESTU, I. Y VEGAS ARAMBURU, J. I.
 - 1990 (Dir.): *Los grupos humanos en la prehistoria de Encia* y Urbasa: *Análisis cultural de asentamientos, sistemas de explotación, modos de vida y ritos desde el Neolítico hasta el final de la Edad Antigua*, Colección Barandiarán, 6, San Sebastián.
- BARKER, P.
 - 1989 : *Techniques of archaeological excavation*, B.T. Batsford Ltd., London.
- BARRIL, M.
 - 1979 : «Materiales cerámicos en la cuenca del río Sosa (Huesca): Una aportación al Bronce Medio-Final del valle del Segre-Cinca», *Memoria de Licenciatura*, Madrid.
 - 1982 : «Las hachas de rebordes del N. E. Peninsular» ,*Art Col-loqui Internacional d'arqueologia de Puigcerdà, Homenatge a/Dr. Miquel Oliva Prat*, Puigcerdà.
- BARRIL, M. ; DELIBES, G. Y RUIZ ZAPATERO, G.
 - 1982 : «Moldes de fundición del Bronce Final procedentes de «El Regal de Pidola, Huesca», *Trabajos de Prehistoria*, 39, Madrid, pp. 369-383.
- BARRIL, M. Y RUIZ ZAPATERO, G.
 - 1980 : «Las cerámicas con asas de apéndices de botón del NE. de la Península Ibérica», *Rabajos de Prehistoria*, 37, Madrid, pp. 181-219.
- BATALLER, R.
 - 1954 a : «Estudio de los restos animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra», *Excavaciones en Navarra*, vol. III, Pamplona, p. 57.
 - 1954 b : «Complemento al estudio de los restos animales procedentes de la estación protohistórica de Cortes de Navarra», *Excavaciones en Navarra*, vol. II, Pamplona, p. 119.
- BEGUIRISTAIN GURPIDE, M.^ª. A. Y JUSUE SIMONENA, C.
 - 1986 : «Prospecciones arqueológicas en el reborde occidental de la Sierra de Ujué (Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5, Pamplona, pp. 77-109.
- BELTRAN MARTINEZ, A.
 - 1960 : «La indoeuropeización del valle del Ebro», *Primer Simposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, pp.103-124.
- 1980 (Dir.): *Atlas de Arqueología y Prehistoria Aragonesas*, I, Zaragoza.
- BINFORD, L. R.
 - 1988 : *En busca del pasado*, Editorial Crítica, Barcelona.
- BLASCO BOSQUED, M.^ª. C.
 - 1973 : «Cerámica excisa de «El Redal» en el Museo de Logroño», *Miscelanea de Arqueología Riojana*, Logroño, pp. 101-126.
 - 1974 : «Notas sobre la cerámica de El Redal (Logroño)», *Miscelanea Arqueológica*, I, Barcelona, pp. 175 186.
 - 1982: «Consideraciones sobre el Horizonte Cogotas y algunos paralelos transpirenaicos», 4, Col-loqui Internacional d'arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, pp. 169-180.
- BLOT, J.
 - 1976: «Tumulus de la région de Sare (Labourdi) (Compte rendu de fouilles)», *Munibe*, 28, San Sebastián, pp. 287-303.
 - 1977: «Les cromlechs d'Errozaté et d'Okabé (Compte rendu de fouilles)», *Munibe*, 29, San Sebastián, pp. 287-303.
 - 1978: Le tumulus cromlech de Méatzé (Méatzé V) (Commune de Banca). *Compte rendu de fouilles*», *Munibe*, 29, San Sebastián, pp. 59-64.
 - 1979: « Les rites d'incineration en Pays Basque durant la Protohistoire», *Munibe (Antropologia-Arkeologia)*, 31, (3.4), San Sebastián.
 - 1984 a: «Les cromlech d'Apatesaro I et I bis (Compte rendu de fouilles),*Munibe*, 36, San Sebastián, pp. 91-97.
 - 1984 b: «Les cromlechs d'Apatesaro IV (Compte rendu de fouilles), *Munibe*, 36, San Sebastián, pp. 99-104.
 - 1986: «Le tumulus cromlech de Zaho II (Compte rendu de fouilles), *Munibe*, 38, San Sebastián, pp. 97-106.
 - 1987: «Le cercle de pierres de Sohandi II (Compte rendu de fouilles), *Munibe*, 39, San Sebastián, pp. 121-128,
 - 1988 a: «Le tumulus d'Apatesaro V (Compte rendu de fouilles), *Munibe*, 40, San Sebastián, pp. 89-94.
 - 1988 b: «Le tumulus cromlech de Millagate IV (Compte rendu de fouilles), *Munibe*, 40, San Sebastián, pp. 95-103.

- 1990 «L'Age du Fer en Pays Basque de France», Munibe, 42, San Sebastián, pp. 181 -187.
- BOSCH GIMPERA, P.
 - 1915 : «La cerámica Halstattiana en las cuevas de la provincia de Logroño y su ocupación en distintas épocas», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*.
 - 1921 : «Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica», *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas*, XXX, pp. 248-301.
 - 1923 a : «El problema etnológico vasco y la arqueología», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, Paris-San Sebastián.
 - 1923 b : «Notes de prehistoria Aragonesa», *Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia Etnología y Prehistoria*, t. 1, Barcelona, pp. 15-68.
 - 1932 a : *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
 - 1932 b : «Los celtas y el País Vasco», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, Paris-San Sebastián, pp 457-486.
 - 1933 : «La primera invasión céltica en España hacia el 900 a. de C. comprobada por la arqueología», *Investigación y progreso*, VII, pp. 343-350.
 - 1939 : «Two celtic waves in Spain», *The Sir John Rhys Memorial Lecture*, Londres, pp. 1-126.
 - 1944 : *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, Mexico
 - 1951 : «Celtas e ilirios», *Zephyrus*, 11, Salamanca, pp.141-154.
 - 1960 : *El problema indoeuropeo*, Mexico.
- BURILLO MOZOTA, F.
 - 1981 : «Hallazgos de la Primera Edad del Hierro en el curso final de la Huerva (Zaragoza)», *Bajo Aragón Prehistoria*, III, pp. 63-83.
 - 1990 (Coord.): *Necrópolis celtibéricas, II Simposio sobre celtiberos*, Zaragoza.
 - En prensa : «Sustrato de las etnias prerromanas valle del Ebro-Pirineos», *Congreso de paleontología de la Península Ibérica*, Madrid.
- BURILLO, F Y FANLO, J.
 - 1979 : «El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)», *Cesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 39-95.
- BURILLO MOZOTA, F.; GUTIERREZ ELORZA, M. Y PEÑA MONNE, J.L.
 - 1981 : «El cerro del Castillo de Alfambra (Teruel). Estudio interdisciplinar de geomorfología y arqueología», *Kalathos*, 1, Teruel, pp. 7-63.
- BURILLO MOZOTA, F. Y PICAZO, J.
 - 1983 : *La Hoya Quemada de Mora de Rubielos*, Teruel.
- BURLEIGH, R.; AMBERS, J. Y MATTHEWS, K.
 - 1983 : «British Museum Natural Radiocarbon Measurements XVI», *Radiocarbon*, 25, (I), London, pp. 39-58.
- CABRE AGUILO, J.
 - 1929 : «Cerámica de la segunda mitad de la Epoca del Bronce en la Península Ibérica», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología Etnografía y Prehistoria*, VIII, Madrid.
- CASADO, M.^a. P. Y HERNANDEZ VERA, J. A.
 - 1979: «Materiales del Bronce Final en la Cueva de los Lagos (Logroño)», *Cesaraugusta XLVII-XLVIII*, pp. 97-122.
- CASTAÑOS, P.
 - 1988: «Estudios de los restos óseos de «(Muru-Astrain)», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, Pamplona, pp.221.235.
- CASTIELLA RODRIGUEZ, A.
 - 1975: «Cata en el poblado de la Edad del Hierro de Muru-Astrain (Navarra)», *Noticiero Arqueológico Hispanice*, 4, Madrid. pp 243-264..
 - 1977 : *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, Pamplona.
 - 1979: «Memoria de los trabajos arqueológicos realizados en el poblado protohistórico de El Castillar (Mendavia)», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 1, Pamplona.
 - 1985: «El Castillar de Mendavia. Poblado protohistórico», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4, Pamplona, pp. 65-143.
 - 1986: «Nuevos yacimientos protohistóricos en Navarra», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5, Pamplona, pp. 133-173.
 - 1986-87: «Aspectos generales del poblado protohistórico de El Castillar de Mendavia (Navarra)», *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, pp. 239-250.
 - 1988: «Asentamientos prehistóricos de Sansol (Muru - Astrain, Navarra). Memoria de excavación 1986-87», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7,

- Pamplona, pp. 145-220.
- 1990: «Enterramientos en el contexto protohistórico de Sansol (Muru-Astrain, Navarra)», *Necrópolis Celtibéricas*, BURILLO, F. (Coord.), Zaragoza, pp. 149-157.
 - En prensa: « El Ebro, vía fundamental en la transmisión cultural protohistórica», *II Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona-Iruñea,
- CAVA, A. Y BEGUIRISTAIN, M.^ª. A.
- 1987: «Cronología absoluta de la estratigrafía del abrigo de la Peña (Marañón, Navarra)», *Veleia*, 4, Vitoria, pp. 119-126.
- CAVALLI-SFORZA, L.L.
- 1988: «The Basque population and ancient migrations in Europe», *II Congreso Mundial Vasco*, Munibe, Suplemento, 6, Donostia, pp. 129-137.
- CONTERAS CORTES, F.
- 1984: «Clasificación y tipología en arqueología. Un camino hacia la cuantificación», *Cuadernos de Prehistoria*, 9, Granada, pp. 327-385.
- CORCHON, M.^ª. S.
- 1972: «La estratigrafía de cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño)», *Noticario arqueológico Hispánico*, Prehistoria, I, Madrid, pp. 61-117.
- CHANG, K. F.
- 1976: *Nuevas perspectivas en arqueología*, Madrid.
- CHAPA, T. Y DELIBES, G.
- 1983: « El Bronce Final», *Manual de Historia Universal Nájera*, I, Prehistoria, Madrid, pp. 492-548.
- CHAPMAN, J. C.
- 1982: «The secondary products revolution and the limitations of the Neolithic» *Bulletin Institute of Archaeology*, 19, London, pp. 107-112.
- CHAUCHAT, C.
- 1974: «Trois datations radiocarbone concertant la préhistoire récente du Pays Basque», *Bulletin du Musée Basque*, Bayonne, pp. 227-229.
- CHILDE, V. G.
- 1956: *Piecing together the past. The interpretation of archaeological data*, London.
 - 1961: *The dawn of European civilisation*, London.
- DELIBRIAS, G.; GUILLIER, M.T.; EVIN, J.; THOMMERET, J.; THOMMERET, Y.
- 1976: « Datations absolutes des dépôts quaternaires et des sites préhistoriques par le Méthode du Carbone 14», *La Préhistoire Française*, Tome I y II, CNRS, París.
- DEREC, N.
- 1984: «Cultura», *Gran Larousse Universal*, Burrell i Floria, G. (Dir. Ed. Española), Plaza & Janés, Barcelona, pp. 3470-3472.
- DRAGADZE, T.
- 1980: «The place of «ethnos» theory in soviet antropology», *Soviet and wester Antropology* Gellner, E. (Ed.), Duckwork, Londres, pp. 161-170.
- EIROA, J. J.
- 1980: « Las migraciones célticas en Aragón», *Alcores*, 13, Huesca.
- ESPINOSA, U. Y GONZALEZ BLANCO, A.
- 1979: « Mas del Hambre. Un poblado de la primera edad del Hierro», *Bajo Aragón Prehistoria*, I, pp. 17-35.
- FATAS, G.
- 1974: « Los sedetanos como instrumento de Roma: La importancia y significación de la salduie Ibérica en la romanización de la cuenca del Ebro», *Homenaje a Pío Beltrán. Anejos del Archivo Español de arqueología*, VII, Madrid-Zaragoza, pp. 105-119.
- FERNANDEZ AVILES, A.
- 1956: «Excavaciones en Logroño. Campaña de 1945 Monte Cantabria y El Redal», *Berceo*, XI, Logroño, pp. 328. 343.
 - 1959: «Excavaciones en el Redal (Logroño)», *V Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 160-166.
- FERNANDEZ CASTRO M.^ª. C.
- 1988: *Arqueología Protohistórica de la Península Ibérica*. (siglos X a VIII a.C.), Madrid.
- GALILEA, F.
- 1983: «Aproximación a la demografía en Euskalherria Sur durante el III-II milenio a. C.», *Estudios de Arqueología Alavesa*, II, Vitoria, pp.35379.
- GARCIA BELLIDO, A.
- 1950: «Algunos problemas relativos a las invasiones indoeuropeas en España», *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, Madrid, pp. 487-496.

- 1951: «Esquema de la indogermanización de España», *Argensola*, II, número 8, Huesca, pp. 321-328.
- GIL FARRÉS, O.
- 1951: « Consideraciones sobre la Edad del Hierro en la cuenca del Ebro», *Archivos, Bibliotecas*, Museos, LVII, Madrid, pp. 212-214.
 - 1952: « Excavaciones en Navarra. Cortes II. Campañas de 1947 a 1949», *Príncipe Viana*, 46-47, Pamplona, pp. 9-40.
 - 1953: «Cortes de Navarra, III. Campañas realizadas en el Alto de la Cruz de Cortes de Navarra entre 1950 y 1952», *Príncipe Viana*, 50-51, Pamplona, pp. 9-46.
- GIL ZUBILLAGA, E. Y FILLOY NIEVA, I,
- 1986: «El poblamiento durante la Edad del Hierro en Treviño occidental. Ordenación y jerarquización del Hábitat», *Estudios de Arqueología alavesa*, 13, Vitoria-Gasteiz, pp. 149-217.
- GILMAN, A. Y THORNES, J. B.
- 1985: *El uso del suelo en la Prehistoria del Sudeste de España*, Fundación Juan March, Serie Universitaria, 227, Madrid.
- GONZALEZ DE DURANA, J. M. Y LLANOS ACEBO H. J.
- 1988: « Estado actual de las investigaciones arqueofísicas en la provincia de alava: la prospección por campos eléctricos de los yacimientos arqueológicos de La Hoya e Iruña», *II Congreso Mundial Vasco, Munibe*, Suplemento, 6, Donostia, pp. 73-81.
- HARDING, A. F.
- 1980 : «Radiocarbon calibration and the chronology of the european Bronze Age», *Archeologické Rozhledy*, 32, Praga, pp. 178-185.
- HARRIS, E. C.
- 1975: « The stratigraphic sequence: a cuestion of time», *World Archaeology* 7, nº 1, pp. 109-121.
 - 1991: *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona.
- HARRISON R.J.
- 1984: «Nuevas bases para el estudio de la paleoeconomía de la Edad del Bronce en el Norte de España», *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*, Salamanca, pp. 287-315.
- HARRISON, R.J. Y MEEKS, N.D
- 1987: «Gloss on flint tools from the Bronze Age settlement of Moncín, Borja (Prov. Zaragoza)», *Madridrer Mitteilungen*, 28, Madrid, pp. 44-50.
- HARRISON, R.J. Y MORENO, G.
- 1985: «El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios», *Trabajos de Prehistoria*, 42, Madrid, 51-82.
- HARRISON, R.J.; MORENO, G.; LEGGE, A.J.
- 1981: «New aspects of the Bronze Age in Aragón: excavation at Moncín, Borja (Prov. Zaragoza), Spain. Early settlement in the wester Mediterranean islands and peripheral areas». (W. Waldren et alii Ed.), *BAR international Series* 229, Oxford, pp. 1085-1092.
 - 1987: «Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I).», *Noticario Arqueológico Hispánico*, Vol. 29, Madrid, pp. 9-102.
- HATT J.J.
- 1961: «Chronique de Protohistoire V. Une nouvelle Chronologie de l'Age du Bronze Final; esposés critiques du système chronologique de H. Müller Karpe», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LVIII, Paris, pp. 185-195.
- HERNANDEZ VERA, J.A.
- 1983 «Difusión de elementos de la Cultura ¿? hacia el valle del Ebro» *Coloquio sobre Historia de La Rioja*, Logroño, pp.65-89.
- HOZ, J. De
- 1963: « Hidronimia antigua en la Península Ibérica», *Emerita*, 31, pp. 227-242.
- KIMMING, W.
- 1954: «Zur urnenfelder in Südwesteuropa», *Festschrift für Peter Goessler*, Stuttgart, pp. 67-87.
- KRAFT, G.
- 1927: «Beiträge zur Kenntnis der Urnenfelderkultur in Süddeutschland (Hallstat)», *Bonner Jahrbüchern*, Helf, 131.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A.
- 1970: «Excavaciones en el Castro del Castillo de Henayo, Alegría (Alava)», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 4, Vitoria, pp. 294-295.

- 1978 a: «El Bronce Final y la Edad del Hierro en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya», *2º Col·loqui internacional d'arqueologia de Puigcerdá*, Puigcerdá, pp.119-127.
 - 1978 b: «Bizkar: nuevo yacimiento de depósito en hoyos de incineración en Alava», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, Vitoria-Gasteiz, pp. 45-72.
 - 1981: «Urbanismo y arquitectura en el primer milenio antes de Cristo», *El hábitat en la Historia de Euzkadi*, Bilbo, pp. 49-73.
 - 1981/1982 1987 «Poblado de la Hoya», *Arkeoikuska*, Eusko Jaularitz, Vitoria-Gasteiz.
 - 1983: *La Hoya. Un poblado del primer milenio antes de Cristo*, Vitoria.
 - 1988: «Poblado de La Hoya (Laguardia, Alava)», *Celtiberos*, Zaragoza, pp. 68-71.
 - 1990: «La Edad del Hierro y sus precedentes en Alava y Navarra», *Munibe*, 42, San Sebastián, pp. 167-179.
 - 1991: «Dos nuevos yacimientos del horizonte Cogotas I, en Alava. El depósito en hoyo de «La Paul» y Cueva de los Goros» Cuadernos de sección. *Prehistoria-Arqueología/Eusko Ikaskuntza*, 4, San Sebastián, pp. 219-238.
 - En Prensa: «El Poblamiento en el Alto Valle del Ebro» *III Simposium sobre Celtiberos*, Daroca.
- LLANOS, A. ET ALII.
- 1987: *Carta Arqueológica de Alava*, Gasteiz.
- LLANOS, A.; APELLANIZ, J. M.; AGORRETA, J. A. Y FARIÑA, J.
- 1975: «El castro del Castillo de Henayo (Alegria, Alava). Campañas de 1969-70», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 8, Vitoria-Gasteiz, pp.87.212.
- LLANOS, A. Y VEGAS, J. I.
- 1974: «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6, Vitoria, pp.265313.
- MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J.
- 1954 : *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, Pamplona.
 - 1958: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*, Pamplona.
- 1968: «Panorama económico de la Primera Edad del Hierro», *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona.
 - 1971: «Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro», *The European Community in the Later Prehistory*, Londres, pp. 105-120.
 - 1985: «Cortes de Navarra. Exploraciones de 1983», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4, Pamplona, pp. 41-64.
- MALUQUER DE MOTES, J.; GRACIA, F. Y MUNILLA, G.
- 1986: «Alto de la Cruz, Cortes (Navarra). Campaña 1986», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5, Pamplona, pp. 111-132.
 - 1988: «Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-87», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, Pamplona-Iruñea, pp. 326-330.
 - 1990: «Alto de la Cruz Cortes de Navarra», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 9, número monográfico, Pamplona-Iruñea, pp. 1-247.
- MARIEZKURRENA, C.
- 1979: «Dataciones de radiocarbono existentes para la prehistoria vasca», *Munibe*, 31, Donostia, pp. 33 y ss.
 - 1990: «Dataciones absolutas para la prehistoria vasca», *Munibe*, 42, Donostia, pp. 241-252.
- MARIEZKURRENA, K.
- 1986: «La cabaña ganadera del Castillar de Mendavia (Navarra)», *Munibe*, 38, Donostia, pp. 119-169.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.^a. I.
- 1989: *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.^a. I. Y VICENT GARCIA, J.M.
- 1984: «La periodización: un análisis histórico-crítico», *Trabajos de Prehistoria*, 41, Madrid, pp. 343-352.
- MARTINEZ SANTAOLALLA, J.
- 1946: *Esquema paleontológico de la Península Hispánica*, Madrid.
- MAYA I GONZALEZ, J. L.
- 1981: «La edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en Huesca», *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, pp. 129-163.

- MERCADAL FERNANDEZ, O; CAMPILLO VALERO, D.; PEREZ-PEREZ, A.
- 1990: «Estudio paleoantropológico de los restos infantiles del Alto de la Cruz. Campañas 3/1987 y 4/1988», *Alto de la Cruz, Cortes de Navarra, Campañas, 1986-1988*, Maluquer de Motes et alii, Pamplona, pp.219.243.
- MILOJCIC, V.
- 1957: «Zur Anwendbarkeit der C14-Datierung in der Vorgeschichtsforschung», *Germania*, 35.
- MOHEN, J.P.
- 1980: «L'Age du Fer en Aquitaine», *Memoires de la Societe Prehistorique Française*, Tome 14, Paris.
- MOLINA, F. Y ARTEAGA, O.
- 1976: «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria*, 1, Granada, pp.175-214.
- MORALES MUÑIZ, A.
- 1990: « Arqueozoología teórica: usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos», *Trabajos de Prehistoria*, 47, Madrid, 251-290.
- MORENO LOPEZ, G.
- 1985: « Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja, Zaragoza)», *Arqueología Aragonesa*, 1984, Zaragoza, pp. 31-37.
- MORENO LOPEZ, G. Y ANDRES, T.
- 1987: «Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja-Zaragoza). Campaña de 1985», *Arqueología Aragonesa*, 1985, Zaragoza, pp. 61-64.
- NUIN CABELLO, J. Y BORJA SIMON, J. A.
- 1991: «El poblamiento holocénico y su medio en las cuencas prepirenaicas de Pamplona y Aoiz-Lumbier», *Cuadernos de Sección. Prehistoria -Arqueología / Eusko Ikaskuntza*, 4, San Sebastián, pp. 61-96.
- OLAETXEA ELOSEGI, C.
- 1991: «Prospección arqueológica orientada a la localización de poblados de la Edad del Hierro en Gipuzkoa, campañas de 1987-88 y 1989-90», *Cuadernos de Sección. Prehistoria - Arqueología/ Eusko Ikaskuntza*, 4, San Sebastián, pp. 197-218.
- ONA GONZALEZ, J.L.
- 1984: «El poblamiento rural de época romana en una zona de la ribera de Navarra» *Arqueología Espacial*, 5, Teruel, pp. 71-93.
- ORTIZ, L.; VIVANCO, J. J.; FERREIRA, A.; LOBO,-P.; MUÑOZ, M.ª. D. PINILLOS, R.; TARRINO, J. M.ª.; TARRIÑO, A.
- 1990: «El hábitat en la Prehistoria en el Valle del Río Rojo (Alava)», *Cuadernos de Sección Prehistoria-Arqueología / Eusko Ikaskuntza*, 3, San Sebastián.
- ORTON, C.
- 1988: *Matemáticas para arqueólogos*, Alianza Editorial, Madrid.
- PEÑALVER, X.
- 1987: «Mulisko gaineko indusketa arkeologikoa. Urnieta - Hernani (Gipuzkoa)», *Munibe (Antropología - Arkeología)*, 39, San Sebastián, pp. 93 -120.
- PEREZ CASAS, J. A.
- 1988: « La necrópolis del Cabezo de Ballesteros», *Celtíberos*, Zaragoza, pp.81.44.
- RADIOCARBON
- 1969: vol. 11, New Haven, p.82.
 - 1987: vol 29, p. New Haven, 193
- RAMOS MILLAN, A.
- 1986: «Procesos postdeposicionales y explotación eficaz del registro arqueológico. La recuperación de las coordenadas del posicionales del componente material)), *Arqueología Espacial*, 7, Teruel, pp. 81 - 108.
- RAMOS MILLAN, A. Y RIESCO GARCIA, J. C.
- 1982 : «La villa romana de Las Canteras (Chipiona, Cádiz). Procesos formativos y transformativos del registro arqueológico e inferencias preliminares del asentamiento», *Cuadernos de Prehistoria*, 7, Granada, pp. 375 y 416.
- REINECKE, P.
- 1902: «Zur chronologie der Zweiten Halfte des Bronzealters in Südn und Norddeutschland», *Correspondensblatt der deutschen Gessellschaft für Anthropologie*, pp. 17-27.
- RENFREW, C.
- 1986: *El alba de la civilización. La revolución del radiocarbono y la Europa prehistórica*, Madrid.

- 1990: *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona.
- REY, J.
- 1987: «La población prehistórica del interfluvio Fumen-Alcanadre», *Bolskan*, 4, Huesca, pp. 67-122.
- ROWLANDS, M. J.
- 1984: «Conceptualizing the european Bronze and early Iron Ages» *European social evolution. Archeological perspectives*, Bintliff, J. (Comp.), Bradford Univesity, pp. 147-156.
- ROYO GUILLEN, J.I.
- 1985: «El yacimiento de «los Castellets de Mequinenza» (Zaragoza) y su necrópolis tumular de inhumación e incineración, Campañas 1983 y 1984», *Arqueología Aragonesa* 1984, Zaragoza, pp 47-54.
- 1987: «La necrópolis tumular de «Los Castellets» de Mequinenza (Zaragoza). Campaña de 1985», *Arqueología Aragonesa*, 1985, pp. 71-74.
- 1990: «La necrópolis de los Campos de urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico», *Necrópolis celtibéricas, II simposio sobre celtíberos*, Burillo, F. (Coord.), Zaragoza, pp.123.136.
- RUIZ RODRIGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M. Y HORNOS MATA, F.
- 1986: *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén.
- RUIZ ZAPATERO, G.
- 1979: «El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los C.U. del Bajo Aragón», *Trabajos de Prehistoria*, 36, Madrid, pp, 247-287.
- 1982: «El poblado prehistórico de Siriguarach (Alcañiz, Teruel)», *Teruel*, 67, Teruel, pp. 23-54.
- 1983-85: *los Campos de Urnas de/ NE. de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid.
- 1984: «Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas en el Alto Duero», *Actas del Primer Symposium de Arqueología soriana*, Soria, pp.171.185.
- 1985: «Una cabaña de «Campos de Urnas» en los Regallos (Candasnos, Huesca)», *Bolskan*, 2, Huesca, pp.77. 109.
- 1988: «La prospección arqueológica en España: pasado, presente y futuro», *Arqueología Espacial*, 12, Lisboa-Teruel, pp. 33-47.
- 1991: «Teoría y Metodología en Arqueología», *XX, Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 11-21,
- RUIZ ZAPATERO, G. Y BURILLO MOZOTA, F.
- 1988: «Metodología para la investigación en arqueología territorial», *II Congreso Mundial Vasco, Munibe*, suplemento, 6, Donostia, pp. 45-64.
- RUIZ ZAPATERO, G. Y CHAPA BRUNET, T.
- 1990: «La arqueología de la muerte: Perspectivas teórico-metodológicas», *Necrópolis Celtibéricas*, Burillo, F. (Coord.), Zaragoza, pp. 357-372.
- RUIZ ZAPATERO, G. Y FERNANDEZ MARTINEZ, V.
- 1985: «Cortes de Navarra: un modelo económico de la Iª Edad del Hierro en el Nordeste de la Península Ibérica», *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp. 371-392.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO ALVARADO, A.; MARTIN HERNANDEZ, M.
- 1986: «Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico», *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp. 79-101.
- SAENZ DE URTURI RODRIGUEZ, F.
- 1983: « Estudio de las cerámicas grafitadas en yacimientos alaveses», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, Vitoria-Gasteiz, pp. 387-405.
- 1981/82-1990: «Castros de Lastra», *Arkeoikuska*, Eusko Jaularitz, Vitoria-Gasteiz.
- SANCHEZ DELGADO, A.C. Y UNZU URMENETA, M.
- 1985: «Prehistoria y Edad del Hierro en Navarra», *Panorama*, 2, Pamplona.
- SCHIFFER, M. B.
- 1983: «Toward the identification of formation processes», *American Antiquity* 48, (4), pp. 675 -706.
- 1988: «The structure of the archaeological theory», *American Antiquity*, 53, (3), pp. 461-485.

SCHUBART, H.

- 1971: «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el sur y oeste peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 28, Madrid, pp. 153-182.

SESMA SESMA, J.

- 1988: «Prospecciones en la Bardena Blanca», *Trabajos de Arqueología Navarra*, 7, Iruñea, pp. 355-359.
- 1991: «Monte Aguilar: Un poblado del Bronce Medio-Tardío en las Bardenas Reales de Navarra», XX *Congreso Nacional de arqueología*, Zaragoza, pp. 307-313.

SESMA SESMA, J. Y GARCIA GARCIA, M.ª L.

- 1991: «Prospecciones en la Bardenas Reales de Navarra: 1990», *Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología/Eusko Ikaskuntza*, 4, San Sebastián, pp. 97-120.

SHERRAT, A. G.

- 1981: «Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution», *Pattern of the past*, Hodder, I; Isaac, G. and Hammond, N. (Eds), London, pp. 261-305.

SULLIVAN, A. P.

- 1978: «Inference and evidence: a discussion of the conceptual problems», *Advances in archaeological method and theory*, Schiffer, M. B. (Ed.), vol. 1, New York, pp. 105-141

TARACENA AGUIRRE, B.

- 1940: «La antigua población de La Rioja», *Archivo Español de arqueología*, 40, Madrid, pp. 157-176.

TARACENA AGUIRRE, B. Y GIL FARRÉS O.

- 1951: «Cortes de Navarra I. Los poblados de la edad del Hierro, superpuestos en el «Alto de la Cruz». Excavaciones en Navarra», *Príncipe de Viana*, XII, Pamplona, pp. 211-232.

TOVAR, A.

- 1957: «Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico», *Zephyrus*, VIII, pp. 77-83.

TRIGER, B. C.

- 1986: «Prospects for a World Archaeology», *World Archeology* 18, (1), pp. 1-20.

UGARTECHEA, J.M.; LLANOS, A.; FARIÑA, J.; AGORRETA, J.A.

- 1965: «El Castro de las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava), I, II, III. Campañas de excavaciones, 1964,1965,1966», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, IX, 1-2, Vitoria, pp. 121-156.

- 1969: «El Castro de las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava), IV campaña de excavaciones 1967» *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, XIII, Vitoria, pp. 211-220.

- 1971: «El Castro de las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava)», *Investigaciones Arqueológicas en Alava*, Vitoria, pp. 271. 263.

UNTERMANN, J.

- 1963: «Estudio sobre las áreas lingüísticas pre-romanas de la Península Ibérica», *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, pp. 165-192.

- 1965: «Elementos de una atlas antroponímico de la Hispania Antigua», *Biblioteca Praehistórica Hispánica*, VII.

VEGAS ARAMBURU, J. I.

- 1985: «Excavaciones en las campos de Itaida», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 12, Vitoria, pp. 29-58.
- 1988: «Revisión del fenómeno de los cromlechs vascos», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 16, Vitoria, pp. 235-444.

VILASECA, S.

- 1963: «La necrópolis de Can Canyis», *Trabajos de Prehistoria*, 9, Madrid.

WERNER, S.

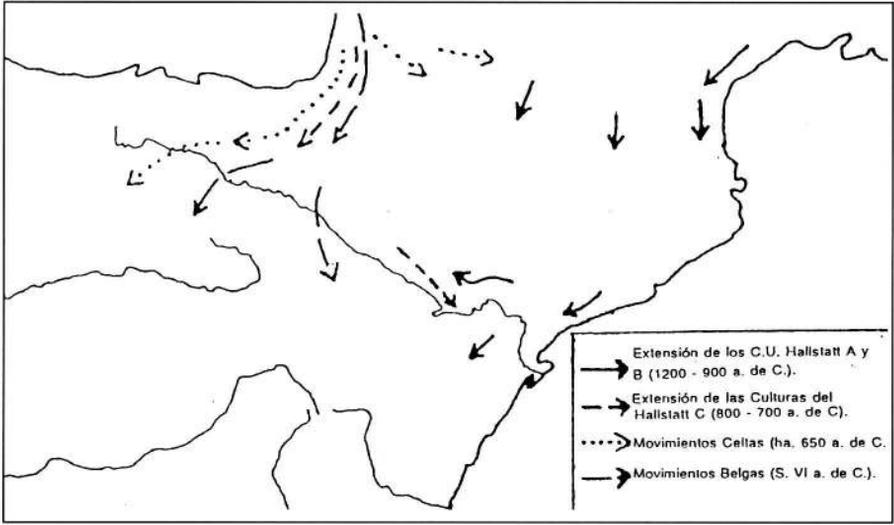
- 1987-88: «Consideraciones sobre la cerámica con decoración grafitada de la Península Ibérica», *Kalathos*, 7-8, Teruel, pp. 225-234.

WOOD, W. R. Y JOHNSON, D. L.

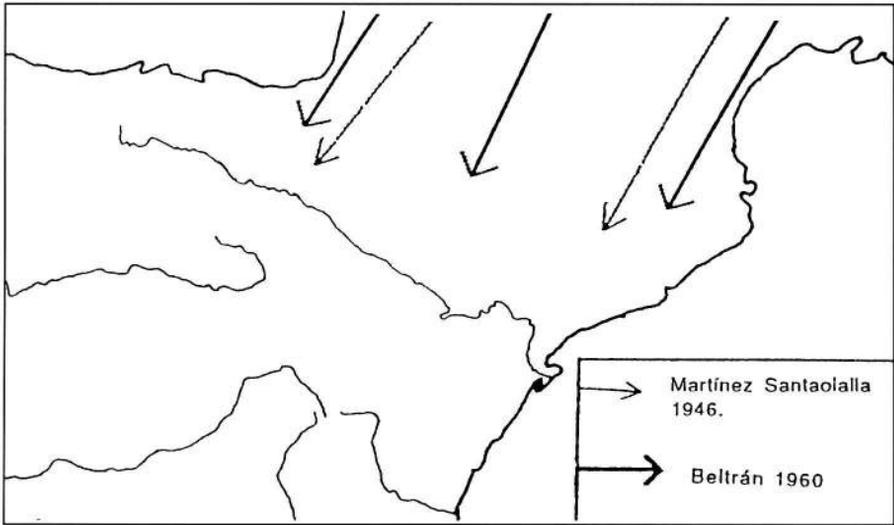
- 1979: «A survey of disturbance processes in archaeological site formation», Schiffer, M. B. (Ed.), pp. 315-381.

ZULUETA, M. J. Y ZUMALABE, F. J

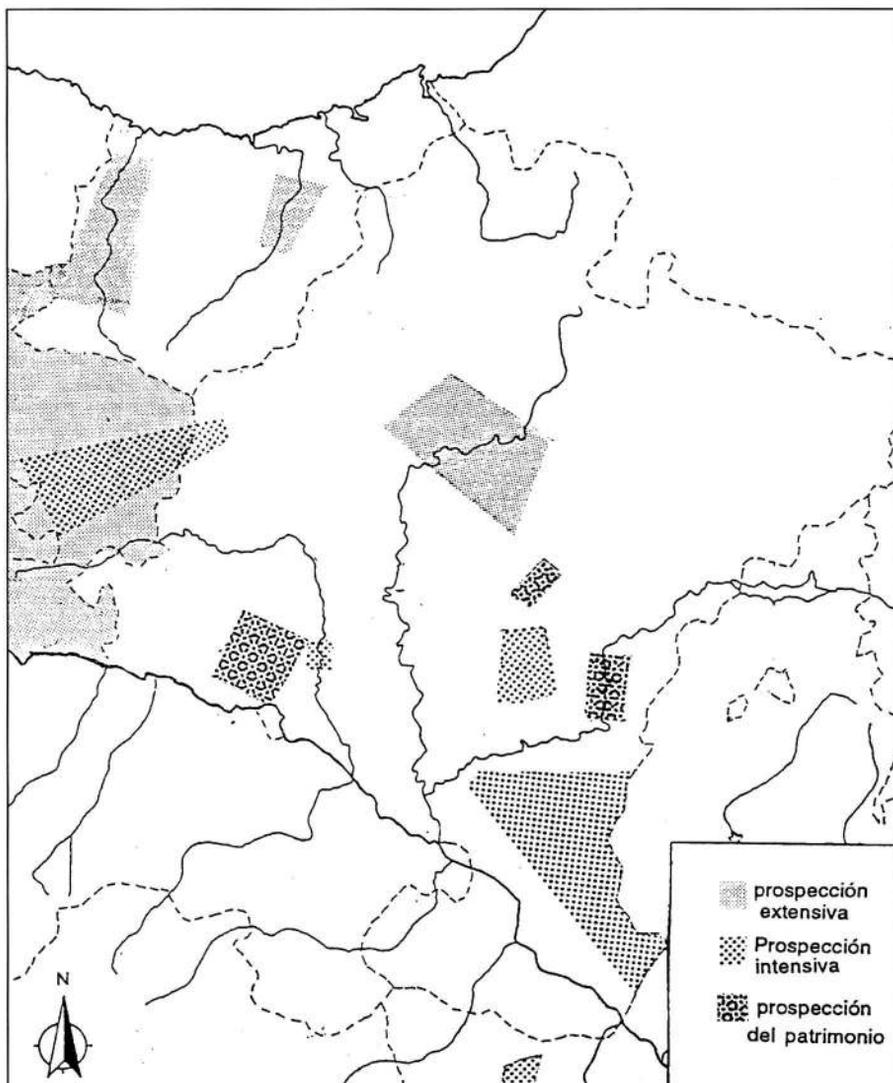
- 1990: «Cartografía de los yacimientos Pre y Protohistóricos del País Vasco», *Munibe*, 42, San Sebastián, pp. 305-317.



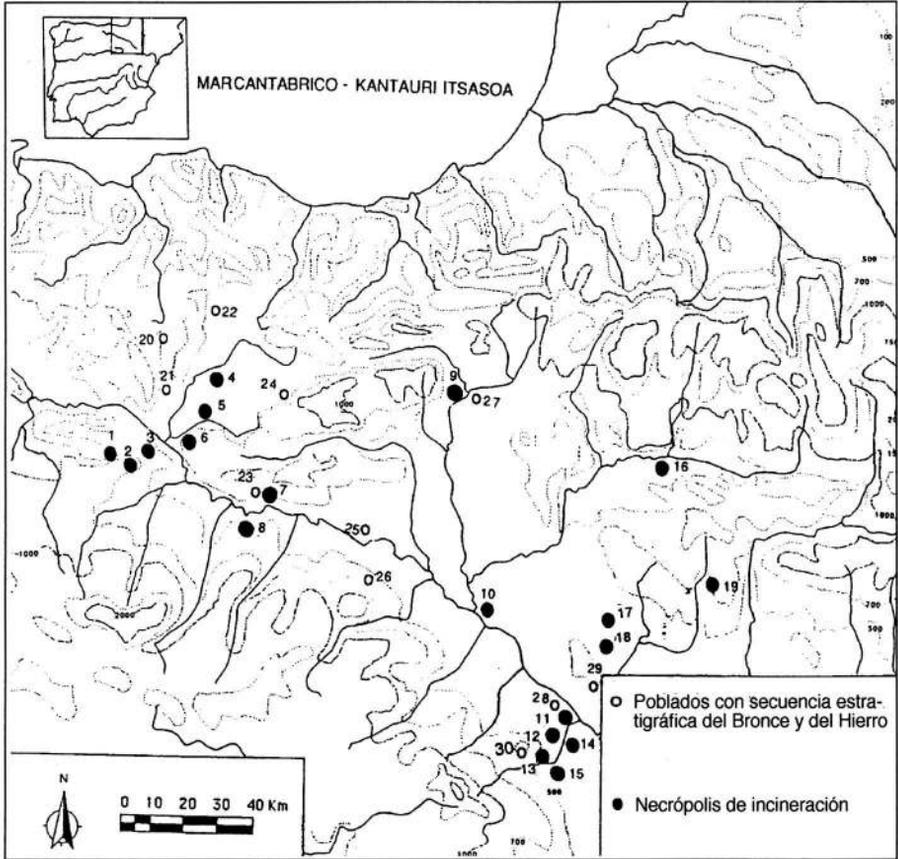
Mapa 3. Invasiones indoeuropeas según Bosch Gimpera (1939).



Mapa 4. Invasiones Indoeuropeas según Beltrán y Martínez Santaolalla (vid. leyenda).

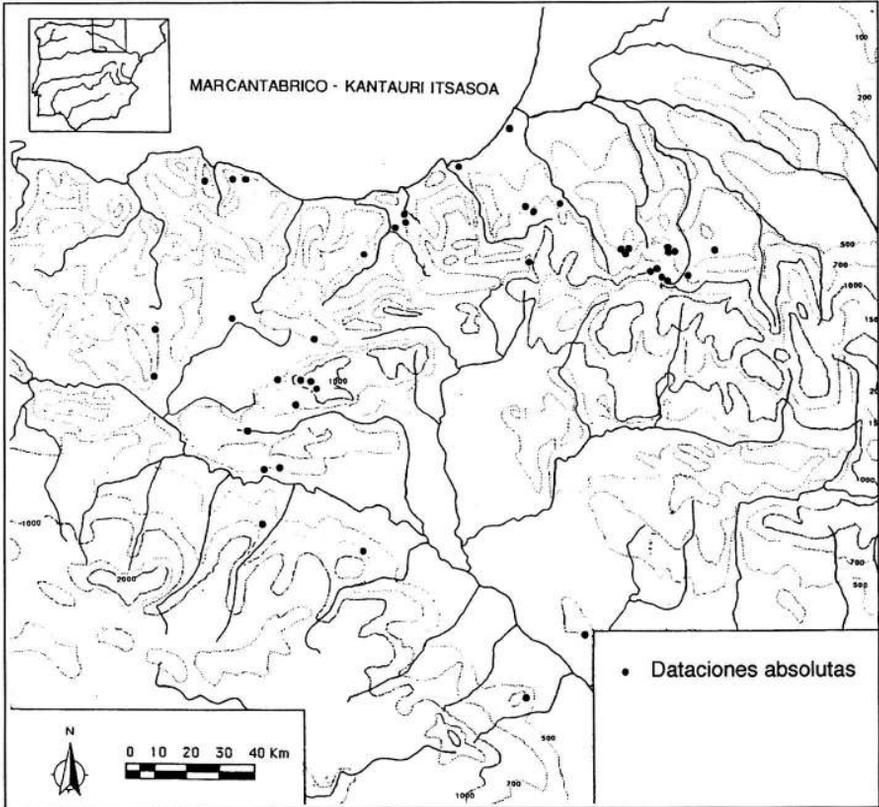


Mapa 5. Distribución de las prospecciones intensivas, extensivas y del patrimonio en el Alto Ebro (Según Texto del punto 2.2.1.).

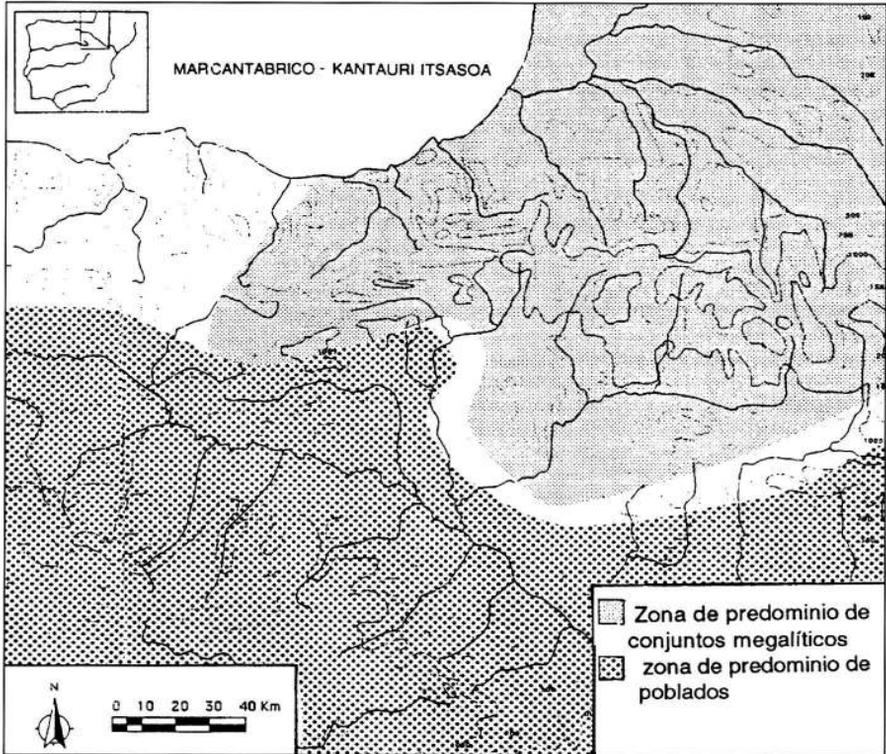


Mapa 6. Distribución de las necrópolis de incineración (según Royo 1990 y Llanos 1990) y secuencias estratigráficas de la fase final de la Prehistoria en el Alto Valle del Ebro (basado en el texto. Compárese su distribución con la propuesta del mapa 8.

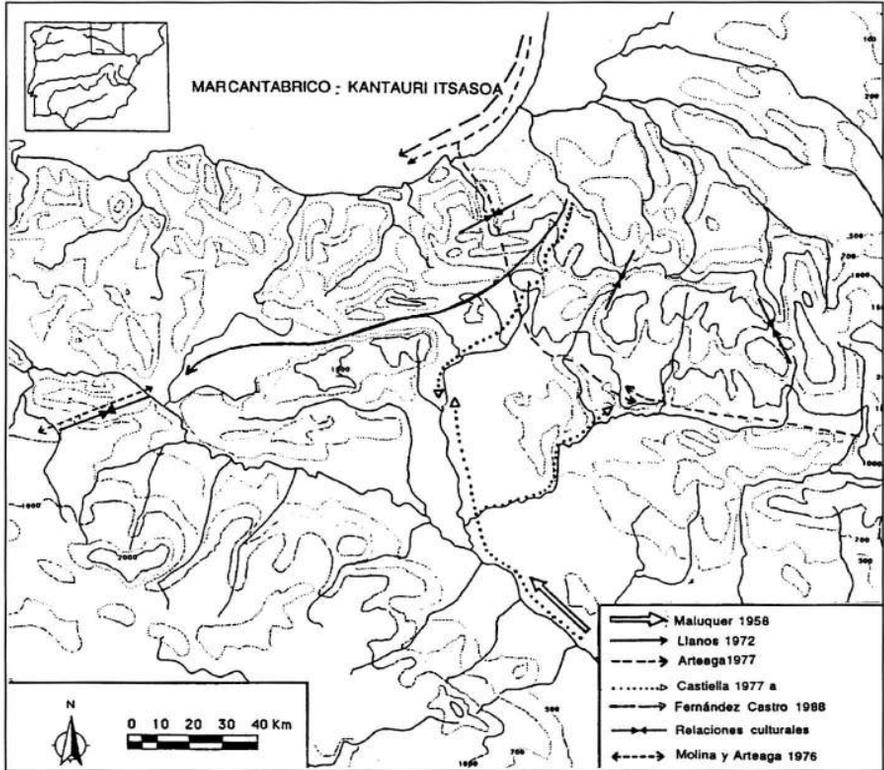
1. Quintalenez (BU); 2. La Cascajera (BU); 3. Miraveche (BU); 4. Doroño (AL); 5. Landatxo (AL); 6. Arce Mirapérez (BU); 7. La Hoya (AL); 8. La Redonda (RI); 9. Etxauri (NA); 10. La Torraza (NA); 11. La Atalaya; 12. Mallén (ZA); 13. Cabezo de las Viñas (ZA); 14. Burrén y Barrena (ZA); 15. El Quez (ZA); 16. Embalse de Yesa (ZA); 17. Busal (ZA); 18. Corral de Mola (ZA); 19. Tiñica (ZA); 20. Castros de Lastra (AL); 21. Castro de Berbeia (AL); 22. Castro de las Peñas de Oro (AL); 23. La Hoya (AL); 24. Castillo de Henaio; 25. El Castillar de Mendavía (NA); 26. Partelapeña (RI); 27. Muru-Astrain (NA); 28. Alto de la Cruz (NA); 29. Monte Aguilar (NA); 30. Moncín (ZA).



Mapa 7. Distribución de las dataciones realizadas en yacimientos del Final del Bronce y Edad del Hierro.



Mapa 8 Distribución general y línea divisoria entre las zonas con predominio de evidencias megalíticas y de poblados respectivamente. Esta distribución puede aplicarse con carácter más general al concepto de «tierras altas y tierras bajas» que hemos venido utilizando a lo largo del texto.



Mapa 9. Rutas de penetración indoeuropeas en el Alto Valle del Ebro. (Según distintos autores).